

UNA LÁGRIMA

S O B R E

LA TUMBA DE TRES SOLDADOS.

ESCRITOS COLECCIONADOS Y PUBLICADOS

P O R

MÁRCOS PAZ.

*Amar á la patria es un deber, MORIR
POR ELLA ES UNA GLORIA.*

Martin A. Piñero.
(Principios de Educacion.)

BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de Mayo, calle de Moreno núm. 241

Plaza de Monserrat

1 8 7 3.

ALGO REFERENTE
A LA PUBLICACION DE ESTE LIBRO.

ADVERTENCIA.

Como nuestros amigos Juan J. Leguizamon, y José M. Gorostiaga, hicieron un llamado á la juventud, para que la publicacion de este libro tuviese la popularidad que requería, segun ellos, pues se trataba de soldados que habian conquistado las simpatías del pueblo por el heroismo con que murieron;—declaramos con profundo sentimiento que la juventud no concurrió al llamamiento de esos amigos; circunstancia que nos obliga á hacer la publicacion con nuestros propios recursos, como lo habiamos pensado, cuando tuvimos la idea de dedicar una memoria á nuestros queridos compañeros. Algunas personas, sin embargo, cooperaron á la realizacion de la idea iniciada por Leguizamon y Gorostiaga.

Es justo, pues, que grabemos aquí esos nombres, como una prueba de nuestro sincero agradecimiento:

S^{ra}. D^a. Petrona V. de Cordero—Micaela C. de Paz—Sr. D. Juan A. Cascallares—Comandante R. Morales—Una amiga de los mártires.

No obstante lo ocurrido en este asunto, damos publicidad, en seguida, á lo que apareció en los diarios de esa época referente al mismo objeto.

MÁRCOS PAZ.

Noble propósito.

Los Señores Gorostiaga y Leguizamon nos piden la siguiente publicacion, á que accedemos gustosos, reconociendo la nobleza del objeto que se proponen, y asociándonos de corazon á ese propósito que revela, no solo, que vive en sus almas generosas el recuerdo de los amigos, sinó que la admiracion por el patriotismo, por la generosa abnegacion que los condujo al martirio, ha hallado éco en sus corazones, templados al calor de sus republicanos sentimientos.

Ellos hacen un llamamiento al pueblo, á la juventud, siempre pronta á acudir á esas nobles in-

vitaciones; y no dudamos que, siguiendo el impulso generoso que la anima, ha de responder dignamente á ella.

Aplaudimos la idea de los jóvenes Leguizamon y Gorostiaga.

En la vida de las democracias, el recuerdo de sus conciudadanos, es el mas heróico galardón, el premio mas digno que pueda acordarse á los que se sacrifican por la Patria.

(Rio de la Plata.)

Á los amigos de Julian Portela, Timoteo Callba y Francisco M. Paz.

A LA JUVENTUD.

AL PUEBLO.

Las cartas que al pié publicamos, mostrarán á aquellos que interesándose en los nombres con que encabezamos estas líneas, se dignen leerlas, la santa causa que nos trae á la prensa.

Para nadie es un misterio los méritos que adornan el nombre de aquellos, que un dia cuando resonaba aquel grito de venganza, vigoroso y ter-

rible, en los ámbitos todos de la República, abandonaban el hogar y la patria, para ir á salvar la dignidad de la Nacion, comprometida por ese bárbaro tirano que hoy hace vestir luto á su patria. Si algo fuera necesario decir bastaria recordar que murieron luchando por la gloria argentina, y la libertad de un pueblo.

Los nombres de Portela, Paz y Caliba, unidos á esa pléyade de valientes, que fueron á inmolar su vida en áras de la Libertad, son uno de los timbres mas gloriosos que adornan la frente de la Pátria Arjentina.

Qué mas podriamos decir nosotros, sin temor de ofuscar la gloria de aquellos, que empapados en las lágrimas del pueblo, bajaron al sepulcro!

Nada hay mas justo, nada hay mas grande en la vida que honrar la memoria de los mártires. Y es en nombre de ellos que nosotros venimos hoy á la prensa, inspirados en los mas santos deberes del patriotismo, á pedir á la juventud, al pueblo todo, venga á rendir el homenaje de veneracion á ellos, que han dejado un recuerdo de gratitud en todas las almas buenas.

Las cartas que al pié publicamos completan la explicacion de nuestro pensamiento.

Existe, como se verá por esas cartas, en nuestro poder, una obra que contiene cuanto la prensa

ha dicho al recuerdo de estos tres soldados, á mas la biografía de cada uno.

El costo de su publicacion es demasiado pequeño para que no pudiera ser costeadó por su autor, nuestro amigo Márcos Paz, ó á falta de éste, por algunos amigos de los malogrados jóvenes.

No es, pues, la cantidad la que nos trae á la prensa; es el honor para el nombre de aquellos soldados, lo que en nosotros motiva estas líneas.

Queremos que sus amigos, la juventud, el pueblo, sean los que contribuyan á la publicacion de esta obra, para realzar así, la gloria que va unida á estos tres nombres.

Queremos una suscripcion popular, que responda á esos sentimientos de simpatia con que todos acojiamos aquellos restos queridos, despedazados por la metralla enemiga.

Hé aquí nuestro pensamiento.

Cada uno podrá depositar aquello con que pueda y quiera contribuir á tan noble objeto.

Señalamos como puntos de suscripcion á mas de nuestra casa calle 25 de Mayo N.º 127 las siguientes: Bonifacio Lastra, Florida 135—Máximo Lopez-Torrez, Parque N.º 237—é Imprenta del Plata, Potosi 198.

Un dia, cuando á nuestra playas llegaban los

restos queridos de Paz, Caliba, Portela, y tantos otros mártires argentinos, todos unidos íbamos á la mansion de los muertos, á depositar allí nuestro tributo de gratitud, á regar con una lágrima aquellas tumbas, como la mas tierna y grata recompensa hácia aquellos, cuya única guia habia sido el sacrificio por la patria.

Era entónces, que la juventud y el pueblo todo se alzaba, para bendecir admirando aquellas almas juveniles, que celosas de la honra de la patria, grandes hasta el sacrificio, presentaban en lugar de una vida florida y hermosa preñada de esperanzas y de glorias, una sombra querida, revestida con la pompa de los héroes y la sublimidad del martirio.

Para aquellas sombras queridas aun hay una lágrima en los ojos del pueblo, una espresion de gratitud en aquellos que recuerdan su martirio; y cuando venimos en nombre de esa idea, cuando hablamos en nombre de esos sentimientos generosos que invocamos, ¿no habrá un éco que responda á nuestra voz?

Cuando está aun vivo ese grito tierno con que respondian los hombres de corazon al escuchar el ¡ay! de los que morian en tierra estrangera, no habrá una espresion de simpatia ahora que venimos

en nombre de esa idea, en nombre de ese sentimiento?

Dejaremos, por ventura, sin desmentido aquellas palabras pronunciadas sobre el féretro mismo de uno de los mártires: «Al borde de la tumba, todo muere»?

J. M. GOROSTIAGA.

JUAN J. LEGUIZAMON.

Buenos Aires, Setiembre 12 de 1869.

Sr. D. Márcos Paz.

Estimado amigo :

Debemos á la amabilidad de vd. haber podido ver, con gran satisfaccion é interes á la vez, parte de la laboriosa coleccion que vd. ha hecho, de todas las palabras que la prensa ha dicho, respecto de los malogrados jóvenes Timoteo Caliba, Julian Pörtela, y Francisco M. Paz: haciéndose el éco, interpretando fielmente, los sentimientos que abrigaban todos los corazones ante aquel sublime sa-

crificio:—vd. ha reunido á la vez las biografias de los tres, escritas por los jóvenes B. Lastra, A. del Valle y A. M. Pinto.

La idea que lo ha movido á hacer esta coleccion ha sido la de publicar, como nos ha manifestado, todo reunido, encabezando el libro con la biografia de cada uno.

La impresion que en nuestra alma ha producido esa lectura, no puede ser mas hermosa, y que otra cosa podiamos sentir al recorrer esas páginas preciosas, nosotros que bendecimos y admiramos la memoria de aquellos mártires!

Hay ciertos actos de la vida, querido amigo, hay ciertas manifestaciones del sentimiento, á cuya contemplacion se trasluce una alma noble y generosa:—para aquellos que hacen abstraccion del hecho, para juzgar la intencion, no importa la forma en que venga envuelta, nada vale la accion que ellos ejerzan, el sentimiento que obra, sino siempre es el tópicó verdadero, es en donde en realidad se puede juzgar la causa legítima que motiva el hecho;—cuando la idea es grande, qué importa la forma, el diamante siempre es precioso, aun cuando no esté pulido.

Para aquellos que juzgan la causa haciendo abstraccion del hecho, tiene vd. un aplauso sincero; el laborioso trabajo que hemos tenido en nuestras

manos, muestra el recuerdo que tiene vd. para aquellos amigos queridos, que con su sangre fueron á lavar una mancha, arrojada por un adversario innoble á la bandera Argentina. Esto basta, y sobra para juzgar los sentimientos jenerosos que nos ha mostrado existen en su alma, consagrando de esa manera, ya que no es posible de otra, el tributo de gratitud que debemos todos á la memoria de los que hemos querido.

Nosotros, como vd., bendecimos la memoria de aquellos mártires, y hasta ahora, como nos ha sido posible, hemos tambien rendido el culto, que como argentinos debemos, á aquellos que hacen el sacrificio de su vida, buscando la gloria y el lustre de la bandera Nacional.

Pero nosotros creemos, al menos ese es el sentimiento que se abriga en nuestra alma, que jamás alcanza á pagar la deuda de veneracion, que tienen los hombres y los pueblos libres, para aquellos que en los albores de la vida, olvidan todo, para luchar y morir, allí donde se combate por la Patria, allí donde se muere por la Libertad.

Tal es al menos lo que nosotros pensamos y sentimos.

Ahora, permítanos vd. decirle, que ha emprendido la realizacion de una obra que no es, que no puede ser suya. Los sentimientos de veneracion

hacia los mártires está vivo aún en el corazón del pueblo; vivo aún, hablando con su lenguaje mudo y sublime, esa manifestación de simpatía con él respondía á su sacrificio, cargando sobre sus hombros sus restos queridos, para ir á depositar allí, sobre sus tumbas mismas esa lágrima tierna y sublime, que hace nacer á los hombres para la inmortalidad.

Nosotros que conocemos su pensamiento, nosotros que sabemos va á realizarlo, no podemos permitir sea suyo solamente; el debe ser la obra del pueblo, la obra de esa juventud generosa de cuyo seno salieron, y en cuyo nombre se sacrificaron.—Al pensar así, no dudamos un instante que nuestro pensamiento es el pensamiento de todos; por que todos juntos lloramos su muerte; por que todos juntos bendecimos su memoria.

Nosotros venimos en nombre de esos mártires, en nombre de esos sentimientos generosos que invocamos, á pedir á vd. ese libro precioso que encierra la vida de aquellas sombras queridas, para que la realización de un pensamiento, que responde á los sentimientos de gratitud que viven en todas las almas buenas sea la obra de todos.

Nosotros hablaremos á la juventud, al pueblo todo, para que muestre él, cual es la recompensa, que tienen aquellos que luchando por la pa-

tria, caen gloriosamente al pié de la bandera de los hombres libres.

Accediendo á nuestro pedido, habrá Ud. respondido á los sentimientos que viven en su alma para aquellos amigos queridos, y á los que en el alma del pueblo viven hácia aquellos que, grandes hasta el sacrificio, le presentan ahora su memoria, orleada por la aureola del martirio.

Nuestro nombre, vd. sabe, ningun apoyo puede prestar á la realizacion de ese pensamiento; pero hasta eso mismo responde á nuestros sentimientos.

Aunque generalmente se piense que hasta las grandes ideas necesitan el apoyo y prestigio que les dan el nombre de personas encumbradas, nosotros creemos que cuando ésas ideas son sentimientos que viven en el corazon del pueblo, no solamente ese apoyo no es necesario, sino que es mas grande y meritório alcanzar su realizacion, cuando como ahora, solo presenta á su pié dos nombres humildes, cuya sola aspiracion es rendir homenaje á los hombres de corazon, al valor, y al patriotismo.

Esperamos con ãnsia su respuesta, para ver si á nosotros tambien, nos cabe la gloria de concurrir con nuestras débiles fuerzas á hon-

rar la memoria de aquellos cuyo heroísmo admiramos.

Como siempre sus amigos

JOSÉ M. GOROSTIAGA.

JUAN J. LEGUIZAMON.

Buenos Aires, Setiembre 15 de 1869.

Señores D. Juan J. Leguizamon, y D. José M. Gorostiaga.

Mis buenos amigos:

El 12 del que corre, tuve la satisfacción de recibir la carta que vds. se han servido dirigirme.

Su lectura, mis amigos, me ha llenado de entusiasmo y de júbilo: emociones dulces y ajenas para mí desde algun tiempo á esta parte, han reanimado á mi espíritu, fatigado ya por el peso de sucesos harto desagradables, que han venido y vienen desarrollándose unos tras otros.

¿Qué más he de agregar sobre la impresion grata y profunda que la carta de vds. ha producido en mi alma?

¿Ni qué puedo decir yo que alcance á encomiar con el colorido que merece este proceder de vds., tan desprendido como digno, tan elevado como *escepcional* en estos tiempos en que el egoismo ha llegado á su apogeo, y el *mercantilismo* á la senda que conduce al santuario del corazon, y al sagrado altar de la conciencia?

Mis amigos; doy á vds. las gracias por las benévolas espresiones que me prodigan en la que contesto; acepto y agradezco á vds. en lo mas íntimo tan espontáneo y generoso pedido,—propio de almas templadas al calor de nobles recuerdos y sanos sentimientos!

Mi aceptacion al desinteresado ofrecimiento de vds. me pone en el caso de entrar á ciertas consideraciones que, aunque pequeñas, las creo indispensables; puesto que versan sobre el objeto y fin que tuve al formar lo que impropriamente talvez, llamaré—*un libro*.

He admirado como el que mas, la abnegacion y patriotismo de toda esa pléyade de jóvenes entusiastas, que convirtiéndose en soldados en un dia, se hicieron los defensores de un pueblo ultrajado, y los libertadores de otro que yacia oprimido por la mano salvaje de un déspota inhumano.

Conmovido me he sentido ante la aureola de gloria y la palma de martirio que orlan la frente de

esos dignos soldados, que cayeron heroicamente en la demanda, y moran hoy en regiones mas serenas que éstas en que vivimos nosotros.

Y es por esto, que, si me hubiera sido posible, habria coleccionado las «Biografias» de todos aquellos soldados que han perecido en esta guerra del Paraguay; y las ofreceria á la República entera, para que conociera á los que se han sacrificado por su honra, á los que con su noble mártirio, han aumentado y enriquecido con páginas de oro los anales de su corta, pero brillante historia.

Mas, como tan atrevida empresa no estaba á mi alcance, he tenido que limitar mi trabajo á solo tres de aquellos mártires, con quienes me han unido los vínculos de la mas estrecha amistad.

Hablo de soldados á quienes el sano corazon de vds. los recuerda todavia: de jóvenes para quienes mi cariño ha sido siempre el mas leal y sincero.

Hablo de compañeros que han endulzado los primeros años de mi existencia, y á quienes no puedo olvidar; pues que, á despecho del tiempo que hace por extinguirlo todo, siento aun el vacio inmenso que han dejado á mi lado;—vacio que solo pueden sentirlo y comprenderlo aquellos que hayan perdido á sus amigos, como yo perdí á los míos, entre la polvareda de los combates.

Hablo, por fin, de;—JULIAN PORTELA, DE TIMOTEO CALIBA, Y DE FRANCISCO PAZ—á quienes he querido dar en esas páginas, impelido por un deber sagrado que los buenos amigos nos imponemos, el adios de ultra tumba;—ya que los sucesos me separaron de ellos en momentos que el peligro se cernia sobre sus cabezas, en momentos que la muerte helaba sus corazones tan sanos y tan buenos.

Otros mas competentes han de venir á hacer lo que yo no pude, otros tributarán un homenaje mas digno que el mio á jóvenes que he estimado y cuya muerte lamentaré siempre, como—Diaz, Roca, Darragueira, Del Valle, Ugalde, Boneo, Cadiz, Guillon, Gomez, Hidalgo,—y tantos otros que han sucumbido, lidiando á la sombra de ese estandarte que el Capitan Bouchardo, hizo recorrer triunfante desde las aguas del Plata, hasta las del proceloso Océano.....!

Otros han de venir, repito, á hacer lo que yo no pude, y abordando la tarea dolorosa pero grande, bosquejarán la vida de los inteligentes—Ricardo Sola, Domingo Sarmiento, Pedro Nicolovich, y P. Iparraguirre,—quienes como estudiantes, han dejado gratos recuerdos en el templo de las letras, como soldados de la libertad despues se han distinguido en las batallas; y mas tarde,

con su sangre preciosa, inscribieron sus nombres en el catálogo de los fieles y escasos servidores de la patria.....!

Tiempo hacia, mis amigos, que deseaba rendir mi culto á la amistad íntima que me ligaba al ilustrado Caliba, al estimable Portela, y á mi inolvidable hermano.

Pero golpes funestos que he recibido y obligaciones imperiosas que me han absorbido el tiempo, han obstado á que dedicase mi atención á este pensamiento que hace dos años habia concebido, y que hoy, pronto ya y con elementos para realizarlo, se presentan vds. haciéndome el honor de pedirme ese libro,—que he formado, como mis quehaceres me lo han permitido, y dádole á las materias que lo componen, el orden que me ha parecido mejor.

No puedo resolverme á cerrar esta carta, sin consignar en ella el agradecimiento á que estoy obligado con mis amigos,—Aristóbulo del Valle, Anacleto M. Pinto, y Bonifacio Lastra,—por la deferencia que han tenido al obsequiar mi trabajo con los «Apuntes biográficos» que han hecho de Caliba, Portela y Paz, accediendo gustosos á la indicacion que, para el objeto, les habia hecho.

Ingrato seria si mi reconocimiento, no alcan-

zase hasta el inteligente Dr. D. Leandro N. Alem, quien desde el extranjero, y á consecuencia de haberle pedido su opinion sobre lo que pensaba publicar, me ha dirigido una carta que encierra conceptos que me favorecen particularmente, y que solo pudo dictarlos la bondad de su corazon.

Simpatizando con el amigo, y admitiendo las ideas desconsoladoras pero ciertas, que desarrolla en su hermosa carta, con ese lenguaje sencillo y elegante con que vierte siempre sus bellos pensamientos, me he resuelto á agregarla al libro, como encabezamiento de la publicacion que hago. .

La fina accion de estos cuatro amigos, ha venido á dar importancia á la modesta ofrenda que pensaba presentar sobre la tumba de aquellos desgraciados soldados; pues que ella estaba encomendada á mi solo y débil esfuerzo.

Voy á concluir ésta que ya se hace demasiado larga, declarándoles del modo mas formal, que sí el libro llega á ver la luz pública por el medio que vds. me indican, ó por cualquier otro, la responsabilidad de todos y de cada uno de los escritos que lo forman, es mia, mis amigos, exclusivamente mia;—y con tanto mas empeño exijo ésto y no lo cedo, cuanto que en esas pájinas encontrarán algunas que se relacionan enteramente conmigo, y no quiero que ellas acarreen compromisos, ni á

Vds. ni á los amigos que me han ayudado en mi tarea; pues unos y otros son ajenos completamente á todo lo que lleva mi nombre al pié.

Parece que no es fuera de lugar agregarles, que esta declaracion, no importa la pretension de disputar propiedades que seria ridículo de parte mia, como tampoco la intencion de ofender en lo mínimo á aquellos que hayan redactado lo que he coleccionado, ni á los amigos que me han favorecido con sus producciones.

Sé que la mayor parte, ó que todos esos escritos no me pertenecen; sé que en algunos de ellos se hallan ideas y apreciaciones políticas que no me son simpáticas; pero yo asumo su responsabilidad con tanto gusto, cuanto que no hago mas que llenar por completo el deber que me he impuesto, para con aquellos bravos é infortunados patriotas, que habrian hecho por mí mas quizá de lo que yo hago hoy por ellos.

Ahora, solo me resta pedir á las señoras á quienes dedico mi trabajo, y á las personas con quienes tengo relacion, quieran aceptar con la indulgencia que necesito lo que para ellas he hecho y arreglado; que, en cuanto á las demas, «mi corazon tranquilo por el cumplimiento de un deber sagrado, no teme ni á la crítica de su pensamiento, ni á la crítica de su obra.»

Crean vds., mis amigos, que con su proceder de hoy se acarrearán siempre el aplauso de los buenos, las simpatías de los que saben apreciar el mérito de los que se sacrifican en holocausto de una idea, y la gratitud de un servidor de vds.

Siempre seré el mas leal de sus amigos

MÁRCOS PAZ.

Acto generoso.

Un amigo, que conserva en el fondo del alma el cariño que en vida supieron conquistarse Francisco Paz, Julian Portela y Timoteo Caliba, concibió la noble idea de formar un pequeño y modesto libro, conteniendo el bosquejo de esas fisonomias jóvenes, pero á las que ha iluminado la aureola del sacrificio.

Tal tributo á la memoria de esos mártires del patriotismo, está consagrado á la vez que á conservar vivo en la memoria de la juventud el recuerdo de sus virtudes cívicas, á servir de estímulo por el ejemplo que encierra, en los momentos supremos para la patria.

Al efecto, háse iniciado una suscripcion, en la que se pide á cada amigo, á cada jóven, un óbolo para cubrir la edicion.

Los compañeros de gloria de dos de esos mártires han respondido á ese llamado.

Del campamento se ha recibido la carta que vá al pié, cuyos nobles conceptos honran sobremanera al distinguido gefe que los vierte, como á los bravos oficiales que le secundan.

Al publicar estas líneas, nos proponemos tan solo hacer conocer del público la generosa cooperacion que los camaradas de Portela, Caliba y Paz, traen á la modesta obra.

Cuando el pueblo se preparará á recibir á los que han sobrevivido entre vítores y palmas, justo es tributar á los que cayeron, el homenaje á que son acreedores.

Contribuya la juventud, para que la suscripcion iniciada, en vez de ser una manifestacion de la amistad, sea como debe ser una manifestacion popular.

(La Discusion.)

Patiño-C é, Diciembre 5 de 1869.

Sr. D. Bonifacio Lastra.

Muy señor mio:

Habiendo visto en algunos periódicos la invitacion hecha por vd. y otros, á los amigos y compañeros de armas de los malogrados oficiales Francisco Paz, Julian Portela y Timoteo Caliba; y encontrándome no solamente yo, sino la mayor parte de los oficiales que tengo el honor de tener á mis órdenes en tal concepto de amigos y compañeros, muy particularmente de Paz y Portela, que en las filas del cuerpo que mando rindieron su vida en holocausto de la patria;—me dirijo á vd. pidiéndole se sirva suscribirme á veinte ejemplares de la biografia de nuestros compañeros de armas y distinguidos amigos, y esté vd. seguro que los gefes, oficiales y tropa de la «Lejion Militar» tendrán muchísimo placer en tener entre ellos tan gratas biografias.

Aprovecho la ocasion para repetirme de vd.

Su affmo. y S. S.

RAMON G. MORALES.

Digno proceder.

Acompañado de mil pesos, los Sres. Leguizamón y Gorostiaga han recibido el siguiente billete;—y en nombre de esos amigos, agradecemos á la incógnita que lo ha remitido, su digno proceder:

Sres. Leguizamón y Gorostiaga.

Le envío á vd. esa pobre ofrenda para que sirva de algo á esas páginas de oro que en memoria de esos corazones patriotas vá vd. á publicar—*Hoy 22 de Setiembre hacen tres años que Francisco Paz recibió su última herida!*

UNA AMIGA DE LOS MÁRTIRES.

(La Discusion.)

DEDICATORIA

Y

CARTA DEL DOCTOR ALEM.

✻

DEDICATORIA.

*A las madres de nuestros amigos Julian Portela,
Francisco M. Paz, y Timoteo Caliba.*

Señoras:

A nadie sinó á vosotras, que habeis sufrido y llorado, pertenecen estas páginas, cuyo contenido iba sepultando el tiempo en los abismos del olvido.

Recojidas en momento oportuno, hacednos la gracia de aceptarlas con la benevolencia que ellas requieren.

Vuestro servidor

MÁRCOS PAZ.

Abril de 1869.

CARTA DEL DOCTOR ALEM.

Rio de Janeiro, Julio 7 de 1869.

Sr. D. Márcos Paz.

Distinguido amigo:

Habiéndome hablado vd. en vísperas de mi viaje para esta Capital, cuyos preparativos me absorvieron todas las horas de esos días, me fué forzoso retardar esta carta, para enviársela de aquí.

Favorecido por vd. pidiéndome mi juicio sobre el folleto que vá á dar á la luz pública, conteniendo todo cuanto se ha dicho y escrito por los amigos de los malogrados jóvenes argentinos, Francisco M. Paz, Julian Portela, y Timoteo Caliba, con el agregado de algunos apuntes biográficos aún iné-

ditos, de la vida de esos patriotas:—me hago un deber de emitirle francamente mi opinion, aunque me sienta débil y consiguientemente temeroso, para el acto.

El pensamiento que vd. ha concebido y está pronto á realizar, tiene que atraer forzosamente el aplauso y la simpatia de todo buen ciudadano, de todo patriota honrado y generoso, de toda persona en fin, que haya sentido alguna vez agitarse su corazon al impulso de las nobles emociones; que haya sentido elevarse su espíritu en álas de uno de esos sentimientos que, desprendiéndonos de la mezquina materialidad del mundo, nos conducen á otras esferas mas elevadas, en donde solo vivimos inspirados por el amor á lo bello, á lo grande y á lo bueno.

Es entonces que entendemos y aplicamos la justicia, que apreciamos los actos de la vida en su verdadero valor, y nos esforzamos por dar la debida recompensa, al que la ha merecido á costa de sus sacrificios.

Pero desgraciadamente esta pureza de sentimientos se encuentra muy raras veces en el estado actual de nuestras sociedades, que materializadas, si se puede decir, y desliziándose, tan solo, por la corriente del mas estrecho y enervado mercantilismo todo lo ven al traves del tanto por ciento,

juzgando las acciones mas hermosas de la humanidad, como hijas de los sueños de la niñez, ó ilusiones de románticos poétas.

Se trata de elevar un pueblo á la alta dignidad del hombre libre, de consagrarle sus mas importantes derechos, combatiendo legalmente por la práctica de sus instituciones, que formuladas en un código, son sin embargo, desconocidas y holladas por los malos mandatarios, y . . . todo es una farsa, se dice, una verdadera locura entregarse á esas luchas *infructuosas*, que en definitiva, solo dejan momentos de agitacion y perjuicios positivos, *teniendo que descuidar, por ellas, los negocios!*

Pelagra la independencia de la patria; la honra nacional ha sido horriblemente ultrajada; un enemigo extranjero y aleve se encuentra á nuestras puertas, en nuestro mismo territorio, amenaza nuestras vidas y el honor de nuestras familias, y hay que empuñar la espada, ó el fusil para castigar tamaño desacato, para defender nuestra propia libertad:—y oiga vd. un momento lo que dice la mayor parte de las gentes:—

• —¡Salir á campaña!—¡Esponerse á perder la vida!—¡Abandonar los intereses!—¿Con qué necesidad?—¡Que vayan los patriotas, ya es tiempo de no ser tontos!

Y esperan todos muy tranquilos y resignados, sin duda, á sorportar el yugo, si se los ponen.

Mientras tanto, y como la corrupcion no ha invadido todavia todos los centros, hay una pléyade de virtuosos jóvenes que, como tocada por un resorte eléctrico, se levanta unánime y vigorosa, corriendo apresurada al puesto del deber, al campo del honor y de la gloria; por que no hay gloria mayor que combatir por el hermoso pabellon á cuya sombra se ha nacido, y exhalar el último suspiro contemplando sus colores inmaculados!

Ah!—no es posible comprender el heroismo santo, el sacrificio grandioso, la abnegacion sublime de esos niños, que, acostumbrados solamente á las dulzuras del hogar doméstico, á las tiernas caricias de la familia, á todas las comodidades, en fin, y divisando próximo en lontananza, un porvenir halagueño y sonrosado, todo lo dejan de lado, todo se hace para ellos, sino indiferente, inferior ante el peligro de la patria, y en un instante, sin sentir mínima vacilacion, se resuelven y se lanzan á sufrir todos los rigores, todas las amarguras y privaciones de una cruzada de ese género, y á perder y dejar su existencia lejos de los seres mas queridos de su alma!.....

Esto, mi amigo, nunca se valora bien por la ge-

neralidad de las gentes. Y sinó ahí tiene vd. la prueba.

Uno de esos héroes sucumbe al pié de su bandera, batallando con la frente inspirada y el corazón hirviendo de entusiasmo.

¿Ha visto vd. las señales del duelo que ha debido causar la fúnebre noticia de su muerte?

¿Ha visto vd. un esfuerzo, siquiera, para honrar esa memoria como se merece?

Desde luego preveo su triste y desconsolada sonrisa, al leer esta pregunta!

¡Sí!—apenas, mi amigo, si se oye una espresion de lástima, que muchas veces solo se escapa de los labios fementidos, de los que en vida rodearon y envidiaron, talvez, al que les humillaba por las condiciones de su carácter y la superioridad de su espíritu; y ésto, cuando no se ultraja descaradamente la memoria de la ilustre víctima, recriminándola, porque *sin necesidad ni obligacion*, corriera en busca de los peligros, que pudo muy bien evitar siguiendo el ejemplo de *esos discretos*.

Comprendo que estas reflexiones, son un poco severas y acaso amargas para muchos; preveo un juicio desfavorable de todos aquellos cuya conciencia no permanecerá tranquila si en un mal momento llegasen á leerlas;—presumo, en fin, que he de aparecer como un *desgraciado misántropo*

ante la consideracion de los halagados por la fortuna, y cuya vida se desliza de continuo entre el deleite de los régios festines y las sonrisas de los aristocráticos salones; pero acostumbrado desde niño á decir la verdad y siempre la verdad, sin circunloquios ni ambigüedades, no han de ser esos los obstáculos que me contengan para manifestar las ideas y sentimientos que me animan en este instante.

Pensando, pues, y sintiendo de este modo : ¿ qué puedo decirle, mi amigo, respecto á su trabajo ?

Yo solo tengo palabras de encomio para su propósito, sintiendo la mas viva simpatia por las nobles y bellas tendencias que manifiesta su jóven corazon.

Caliba, Paz y Portela eran unos niños con alma de gigantes, que, hallándose en las circunstancias ante-dichas, fueron de los primeros que se arrojaron al combate á que nos provocó el dictador del Paraguay: y firmes en el puesto de su deber, siempre contentos, siempre entusiastas, sin demostrar la menor señal de desaliento, permanecieron imperturbables, hasta el momento fatal en que el soplo de la vida dejara de animarles.

La sangre generosa de sus venas ha regado la tierra en donde por mucho tiempo, ha vivido un Pueblo oprimido y desgraciado; y ella contribuirá talvez, á que el árbol preciado de la liber-

tad nazca, y se arraigue allí para en adelante.

Los nombres de Paz, Portela, Caliba, Solá y de tantos otros jóvenes patriotas, deben estar grabados con caracteres muy sensibles en el gran libro del martirologio argentino; y vd. cumple con un imperioso y sagrado deber, tendiendo á perpetuar encuan-to sea posible, la memoria de sus amigos.

Es muy probable que su folleto sea leído por muy pocos, y conservado aún por menos; pero vd. no debe desalentarse por ésto, y debe quedar con la conciencia satisfecha, y la confianza de que su proceder será simpático para algunos mas generosos!

Si los amigos de Sarmiento, de Solá, de Iparra-guirre y otros, no han cumplido todavia con este deber, talvez serán impulsados á la obra, por la conducta de vd.

No ha de ser por falta de voluntad,—no lo creo— Las sombras del escepticismo no han dominado el alma viril y bien templada de esa nueva generación, de que formaban parte las gallardas figuras que cayeron.

Talvez hay un poco de desaliento en el corazon, al pensar que sus esfuerzos no encontrarán el apoyo merecido, para que esa página de gloria de la corta vida de sus amigos y compañeros de fatiga, vuele y recorra todos los ámbitos de la República,

conservándose, al mismo tiempo, como un depósito sagrado en el seno de los verdaderos hijos de la Patria.

Alguno habia de ser el primero en iniciar la lucha, desafiando todas esas dificultades;—y vd. conquista ese mérito.

Mas veo que ya ultrapaso los límites que me habia demarcado al principiar esta carta, y termino pidiéndole que sea indulgente en su juicio, al leer las ingenuas consideraciones que he apuntado y que me han sido sugeridas, por el pensamiento que vd. ha concebido y se propone realizar.

De vd. afectísimo amigo y S. S.

L. N. ALEM.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE

CALIBA, PORTELA Y PAZ.

•



H. S.

TIMOTEO CALIBA.

I.

Apartémonos del bullicio enloquecedor del mundo—olvidemos por un instante los placeres que nos embriagan y los dolores que nos aquejan, para dedicar un recuerdo á los que han muerto en torno de la bandera de la patria.

II.

Une nuit je rêvais et dans mon rêve sombre,
Autour d'un ténébreux autel,
Passaient, passaient, toujours des victimes sans nombre,
Les bras tendus vers l'Eternel.....
.....

* *A. Barbier.*

Al principiarse el segundo tercio del año 1865, las fiestas y bullisiosa alegría de nuestras ciudades eran substituidas por el llanto, el luto y la desolacion.

La guerra, como el monstruo de cien cabezas de la antigua mitolojia, empezaba á devorar hombres en quienes se habian cifrado esperanzas de gloria para la patria y para la causa del bien.

Las madres y las esposas elevaban desde el hogar sus plegarias al Eterno, buscando fuera de la tierra un consuelo, para las desgracias que en ella las amenazaban.

Y como un contraste del cuadro doloroso y triste que presentaba el hogar, veíanse á los hombres jóvenes y viejos, animados por bélico entusiasmo en presencia del ultraje que el déspota paraguayó habia inferido á la bandera Argentina.

Los batallones que se organizaban con la premura exigida por inminentes peligros engrosaban sus filas con rapidez asombrosa.

Centenares de voluntarios se presentaban anhelosos en los cuarteles, pidiendo una espada ó un fusil para marchar en busca del laurel destinado á los héroes, ó de la gloria que circunda la tumba de los mártires.

Parecía que el fuego que animó á los guerreros de nuestra independencia, ardía de nuevo, haciendo jerminal en todos los corazones la abnegacion y el patriotismo.

III.

Desde entónces solo han pasado tres años.....
¿Por qué ese entusiasmo, ese fuego sagrado que á tantos animaba nó vive ya sinó en la memoria de los que presenciaron sus efectos?

¿Porqué la nueva de los triunfos que las armas argentinas obtienen, no despierta en el corazon del pueblo, ni la orgullosa satisfaccion del vencedor, ni la alegría purísima del que vé aparecer una aurora de paz, despues de una noche de tempestad y de desastres?

¿Acaso la sangre derramada le habrá debilitado hasta hacerle insensible á la tumultuosa alegría de la victoria?

¿O será que los triunfos empapados en sangre, horrorizan y oprimen el corazón, aun del mismo que los obtiene?

¡Oh no! El pueblo argentino no flaquea durante el peligro; ni tampoco pueblo alguno del universo es susceptible de sentimientos tan generosos y humanitarios como para deplorar sus triunfos por haberlos adquirido á costa de la destrucción y de la muerte.

Un hombre individualmente se horroriza de la gota de sangre que mancha sus vestidos, pero un pueblo no se espanta jamás ante la carnicería de un combate.

Solo las naturalezas privilegiadas lloran sobre la tumba de su enemigo.

Hay otra causa para que el pueblo no festeje sus victorias.

Hay otra causa que apaga el eco de las campañas, cuando lanzan sus sonidos al aire anunciando una nueva gloria obtenida en el combate.

Esa causa, es la intuición de un porvenir amenazador y luctuoso.

El pueblo vencedor se entristece por que donde ve caer un enemigo ve levantarse otro; mas te-

mible; por que es mas poderoso, mas diestro, mas astuto.

I V .

Timoteo Caliba nació en la Provincia de Catamarca el 24 de Enero de 1844.

Sus padres pertenecian á una familia humilde, pero honrada y digna.

Los primeros años de su vida los pasó Caliba al lado de sus padres, riendo y llorando como lloran y rien todos los niños, sin causa para la risa ni motivo para el llanto.

Tenia siete años cuando sus padres murieron dejándole en la horfandad.

Una tia anciana le llamó á su lado y le trajo á Buenos Aires.

¡Pobre señora! la muerte de su sobrino hubo de hacerle perder la razón.

Todo el amor, toda la ternura que era capaz de sentir su alma jenerosa la habia dedicado al pequeño huérfano que la suerte habia convertido en su hijo.

A los cinco años de estar en Buenos Aires, Ti-

moteo entró al Seminario Eclesiástico donde permaneció hasta 1859.

En esa época se había hecho ya distinguir entre sus compañeros por la jenerosidad de su alma, la rectitud de su intelijencia y su contraccion al estudio.

Abandonó el Seminario donde había cursado el latín y la filosofía para buscar, con su trabajo diario, el pan que había de alimentarle, y el vestido que había de cubrir su desnudez.

La pobre tía no podía costear por más tiempo su educación.

Quince años tenía Caliba cuando las necesidades de la vida empezaron á hacerle sentir la maldición que pesa sobre la humanidad entera y especialmente sobre los que nacen pobres. Tenía que trabajar para vivir y quería estudiar, porque sentía en su alma la fuerza de los grandes obreros del progreso y de la libertad.

Es necesario haber sido pobre, es necesario haberse encontrado en condiciones análogas á las de Caliba, mirando á la miseria frente á frente, luchando desde niño con los obstáculos que esa misma miseria enjendra, para comprender cuanta enerjía, cuanta perseverancia exige la realización de un proyecto, la prosecución de una idea, de un

plan, de un pensamiento cualquiera, que no sea el del vicio ó el de la corrupcion.

¡Cuantos abismos encuentra el pobre en su camino!

¡Cuantas espinas desgarran sus carnes si quiere atravesar la linea que le separa de los honores, de la gloria, de la felicidad!

El que no ha sido pobre no puede saber lo que es esa lucha eterna, ese batallar continuo contra las mil exigencias de una sociedad que aprecia á los hombres por el peso de sus bolsillos.

Que se les pregunte á los que, como Caliba, no tienen mas riqueza que su honradez, ni mas apoyo que el que les presta una alma enérgica y una conciencia tranquila, que se les pregunte cuántas veces han estado á punto de desmayar y de rendirse!

Y si con el orgullo de su miseria nada contestan, que se procure observarlos, cuando, léjos del bullicio del mundo, en el silencio de la noche, elevan al cielo sus ruegos y dan expansion á su alma comprimida por tanto sufrir.

Entónces se comprenderá que para el pobre la vida es siempre un combate sin tregua ni descanso.

Entónces se comprendera que hay verdadera grandeza en los que se elevan sobre la vulgaridad,

sin mas elementos que su voluntad, su inteligencia y sus virtudes y la sociedad respetará al que, huérfano y desvalido, hace su camino con la cabeza erguida, sin dejarse fascinar por sus riquezas.

Entónces no se lanzará irónica carcajada al rostro del que solo tiene esperanzas y fé inquebrantable en el porvenir, cuando se le vea marchar con la ciega tranquilidad del creyente en pos de la felicidad.

La vida de Caliba es la vida de todos los hombres que anhelando la ciencia, sintiendose con fuerza bastante para profundizar sus misterios se ven, sin embargo, cada dia, cada hora, cada instante, detenidos en su marcha por necesidades que no pueden satisfacer sino á costa de sacrificios penosos que los distraen de su punto objetivo y esterilizan una gran parte de sus esfuerzos.

Asi, luchando brazo á brazo con la fortuna, hizo Caliba todos sus estudios preparatorios.

Querido por sus compañeros, distinguido por sus catedráticos, creia por ultimo, que las horas serenas se acercaban.

Ingresó en las aulas de Jurisprudencia con la mente llena de ilusiones risueñas.

Veia aproximarse el término de su carrera y el camino se le presentaba facil, sin obstáculos.

Caliba viviria, seria abogado, seria rico, quizá

seria feliz si hubiera sido egoísta, si hubiera mirado los dolores de los demás por el prisma de sus intereses.

Pero esto era imposible teniendo una alma como la suya.....!

Solo muy pocos días pudo asistir á las aulas de Jurisprudencia.

Mezclada con la voz tranquila del Catedrático que lo iniciaba en los secretos de la ciencia, oyó la voz angustiada de su provincia natal, que jimiendo bajo el yugo que le imponía un mandón bárbaro é ignorante reclamaba el auxilio de todos sus hijos.

La voz del deber sofocó la del interés.

Caliba escuchó el llamado del suelo en que nació, sintió sus dolores y sus desgracias, y abandonó la Universidad para ir á ofrecer su contingente á la causa de la justicia y de la moral.

V.

- Era el año 1864.

Catamarca se doblegaba ante el déspota Maubecin, conociendo que le faltaban fuerzas para sacudir su tiranía.

Solo algunos hombres animosos, entre los que figuraban la mayor parte de los Diputados, no desesperaban y en medio del mas profundo secreto se preparaban para el dia de la lucha.

En esta situacion encontró Caliba á Cata-marca.

Averiguó, buscó, indagó hasta que al fin supo que habia otros hombres, jenerosos como él, como él llenos de patriotismo que estaban dispuestos á luchar é ir hasta el sacrificio, para asegurarse libertades.

Se acercó á ellos, les contó su corta vida y les ofreció el contingente de su inteligencia, y de su brazo.

Fué comprendido por los que iban á jugar su existencia en la empresa que proyectaban, y la conspiracion contó con un miembro mas.

Los Diputados que eran los directores de la conspiracion hicieron á Caliba Secretario de la Cámara.

Alli se discutia, se formaban planes, se estudiaban todas las ideas, todos los proyectos que se presentaban, tendentes á destruir el poder de Maubecin.

Todo el mundo comprendia que se conspiraba.

Se veía nacer la revolución, desarrollarse y amenazar al tirano.

Se crearon clubs, se fundaron periódicos de oposición.

Y en esos clubs y en esos periódicos se alzaba la voz de Caliba impregnada de amor hacia la libertad.

La conspiración estaba á punto de estallar cuando fué descubierta por Maubecin.

Sérios peligros amenazaban á todos los conspiradores.

Tuvieron que emigrar á Santiago del Estero, yendo con ellos Caliba.

Desde allí veían á su Provincia agitarse, sin poder romper las cadenas que la oprimían.

Caliba no temió volver á ponerse al alcance de Maubecin.

Desafiando los peligros entró de nuevo á Catamarca y fraguó otra conspiración.

Pero parecía que la providencia estaba en contra de los buenos.

Maubecin descubrió la nueva mina que se preparaba bajo su planta y la policía multiplicó sus pesquisas.

Caliba no podía permanecer allí sin ser aprehendido y tuvo que emigrar otra vez á Santiago, donde permaneció hasta que se trasladó á Córdoba.

En esta docta Provincia continuó sus interrumpidos estudios de Jurisprudencia, esperando mejores horas para ir á luchar por la libertad de Catamarca.

Esas horas no llegaron para nuestro desgraciado amigo.

La guerra con el Paraguay le distrajo nuevamente de sus estudios.

El llamado de la patria encontraba siempre eco en el corazón de Caliba.

Su alma jenerosa se agitaba con el entusiasmo; y ese entusiasmo le llevó al martirio.

VI.

Cuando se aceptó la guerra á que el Paraguay nos habia provocado tan audazmente, hubo en todas partes manifestaciones que demostraban cual era el estado del espíritu público.

El pueblo se reunia con cualquier pretesto, y al recordar la ofensa que se le habia inferido, rujia como ruje el mar cuando la tempestad ajita sus ondas.

Los estudiantes de Córdoba se reunieron en un meeting con el objeto de organizarse y ofrecer su contingente á la patria.

En medio de los ardientes aplausos de sus compañeros, Caliba pronunció las siguientes palabras:

« *Señores :*

« En el gran cuadrante de las épocas están marcadas las horas de prueba, por que han pasado las naciones que han conquistado el título de libres.

« En él, la República Argentina ocupa un lugar prominente.

« Ilustrados estudiantes : no ignorais que antiguamente, las hoy Provincias Confederadas, fueron miserables colonias sùmidas en la huella de servidumbre que dejaba en pos de si, el carro del Conquistador español. »

« Recorramos los envejecidos mapas, y veremos que la gran Nación Argentina ocupaba un triste lugar en las posesiones españolas. »

« ¿Qué otra cosa podria ser, Sres?

« Sin nombre, sin leyes própias, su destino era satisfacer las pasiones de orgullosos monarcas, ó talvez la liviandad de sus favoritos. »

« Sin embargo de todo esto, lucieron los rayos del 25 de Mayo de 1810; dia de regeneracion política; dia grande en sus resultados: dia en que debian cortarse eslabon por eslabon las férreas cadenas que nos aherrojaban al trono español. »

« En las márgenes del majestuoso Plata, resonó el estentóreo grito de *independencia*, arrojado por la viril voz de nuestros antepasados: su éco impelido por las brisas de la libertad, que se respiraba en la América, repercutió en el gran continente de Colon; y sus hijos todos se pusieron de pié para coadyuvar á tan santo pensamiento. »

« De alli, asi como de la sangre de Urano deramada en la mar, y á impulsos del choque de los elementos, surgió del centro del océano la mitológica Venus, asi tambien, de la sangre de nuestros padres vertida en cien combates, y al impulso del choque de las armas, surgió magestuosa la Nacion Argentina; y de alli la gran idea de nuestra democrácia. »

« Para realizar tan noble fin, las Provincias del Plata carecian de rentas, carecian tambien de ejércitos, pero en cambio, les sobraban hijos que aspiraban á ocupar un puesto entre los hombres libres. »

« Los jóvenes, niños aun, trocaron los tiernos

abrazos de las madres, por el rudo fusil que debía libertar á la patria comun. »

« Los Colegios se convirtieron en cuarteles; los estudiantes en soldados; y éstos en héroes. »

« El arrogante Español se transformó en pigmeo, y las miserables colonias en gigante. »

« Tal metamórfosis asombró al viejo mundo; y al nuevo, le conquistó un puesto entre las naciones soberanas. »

« Asi procedian nuestros padres en las horas de pruebas. »

« Casual coincidencia, Sres: un buque de la escuadra Argentina que lleva el mismo nombre del glorioso dia de Mayo, ha sido piráticamente apresado por el déspota del Paraguay; nuestros hermanos han sido traidoramente asesinados y su sangre ha enrojecido las cristalinas aguas del Paraná,—en una palabra, *la bandera argentina ha sido ajada.* »

« Estudiantes; ¿que haremos nosotros? ¿Permaneceremos impasibles? ¿Seremos acaso, hijos degenerados? »

« No, mil veces nó! »

« Probaremos al mundo que aun bullen en la mente de la generacion presente las nobles ideas de San Martin, Paz y Belgrano. »

« Los estudiantes hijos de la democracia, pro-

baremos que esta es un hecho, y que está encarnada en nosotros. »

« Los estudiantes que talvez, están llamados á rejir los altos destinos de la patria, probaremos que somos argentinos, no tan solo para recibir la remuneracion de los empleos; sino tambien para escudar con nuestros pechos el sagrado legado de Mayo; y para derramar nuestra sangre en aras de la patria si necesario fuere. »

« Nuestros hermanos en Corrientes estan con el fusil al hombro, para rechazar al invasor. »

« A la fecha se habrán cubierto de gloria, ó habrán perecido en la demanda. »

« Volemos á cubrir los ralos que deje el plomo enemigo. »

« Uno de los Sres. Catedráticos acaba de decir con propiedad, que este es el deber de todo argentino. »

« Como tales cumplámoslo, y si el deber implica gloria, la conquistaremos. »

« Hagamos un paréntesis á nuestras tareas escolares: y luego que háyamos cumplido nuestro deber como Argentinos, arrojaremos el traje del soldado para sentarnos de nuevo en el banco de los estudiantes. »

En el «Eco de Córdoba» se leian poco tiem-

po despues las siguientes líneas, escritas por su amigo Márcos Paz, que residia entonces en aquella provincia :

Un voluntario.

« Estamos convencidos. »

« Jamás en nuestro pais aparecerán en la primera fila de los patriotas, aquellos jóvenes que, despojados de una necia vanidad poseen, por el contrario, esa cualidad que caracteriza el mérito: la modestia. »

« Timoteo Caliba, pertenece á esa clase de jóvenes, que la humildad y prudencia adorna, y la modestia eleva y recomienda. »

« Es por esto, que su espontáneo ofrecimiento para marchar á combatir contra las huestes Paraguayas, ha estado sumido en el silencio; y quizá permanecería siempre asi, si nosotros no nos permitiésemos hacer conocer tan patriótico proceder. »

« Los lastimeros ayes de nuestros hermanos de Corrientes, han repercutido en el alma de este aventajado estudiante; y con un ardoroso entusiasmo ha tomado la espada, y deja los libros. »

« Abandona por un momento las aulas, para

encerrarse en un Cuartel, compartiendo las fatigas con los soldados que, en breve, contribuirán á salvar el honor de esa bandera bicolor, jamás humillada, jamás vencida. »

« Caliba, jóven patriota é inteligente, vino á esta ciudad á continuar sus estudios de Jurisprudencia; pero, el grito salvaje, dado por el sicario Lopez, allá en la desgraciada Corrientes, ha tocado las fibras de su generoso corazon; y el antiguo estudiante, es, hace algun tiempo, Oficial del Batallon que organiza el distinguido Comandante D. Juan Ayala. »

« Saludamos al amigo; y al soldado le deseamos dias felices para él, y gloriosos para su bandera. »

Y en efecto, en la primera fuerza que marchó de la Provincia de Córdoba, iba Caliba con el grado de Subteniente de una compañía de Cazadores.

Pronto iba á tener ocasion de probar lo que valia.

Antes de llegar al Paraguay se sublevó esa fuerza.

Pocas escenas hay mas terribles que la que presenta un Batallon que se subleva entero contra su gefe y oficiales, en medio de la soledad de la campaña y de las tinieblas de la noche.

La sublevacion del Batallon « Córdoba » puso á prueba el valor de sus oficiales.

En medio de la noche los tiros y los gritos de los sublevados despertaron á Caliba, que dormia ajitado por ensueños de gloria.

Levantóse presuroso, tomó su espada, y se lanzó fuera de la carpa.

Entonces fué que conoció cual era el peligro que los amenazaba.

Se reunió con su Jefe y otros oficiales que como él estaban dispuestos á cumplir con su deber, y á fuerza de heroismo sofocaron la sublevacion.

Su conducta en esa noche de conflicto mereció ser recomendada especialmente por el gefe del cuerpo.

El Batallon « Córdoba » llegó por fin á incorporarse al grueso del ejército que operaba contra el Paráguay.

VII .

En los primeros meses de su llegada al teatro de la guerra, Caliba no nos ofrece nada de notable en su vida.

Cumplia su deber de soldado, como todos los argentinos, que desnudos, impagos y hambrientos, solo deseaban el día del combate para dar gloria á la patria, y cubrir de laureles sus rostros quemados por un sol tropical.

En los momentos en que escribimos estas líneas tenemos ante nuestra vista una gran parte de la correspondencia de Caliba con uno de sus amigos mas queridos.

El patriotismo mas puro, la abnegacion mas noble se refleja en cada una de sus cartas.

En uno de esos momentos de expansion en que el corazon se muestra tal cual és, escribe á su amigo Márcos Paz lo siguiente, á propósito de sus proyectos para el porvenir: *es muy probable que en el primer combate en que nos encontremos mande mi compañía en calidad de Capitan, y como tengo intencion de seguir la carrera militar, pienso, en ese dia, conquistar el derecho á que se me reconozca como oficial de linea, ó hacerme matar.*

Anhelando ver llegar, el día de la batalla, le decia en otra carta: *deseo con vehemencia el momento del combate, momento supremo en que el hombre no se pertenece á si mismo, sinó á su patria y á su honor.*

Si no hubiéramos conocido á Caliba, su corres-

pondencia nos habria bastado para apreciar el temple de su alma: grande y fuerte como la de un espartano cuando se trataba de la patria, tierna y melancólica cuando se ocupaba de su anciana tia á quien idolatraba, ó de sus amigos á quienes queria con toda la lealtad de su corazon honrado y jeneroso.

El primer combate sério en que se encontró Caliba fué en el del 24 de Mayo de 1866.

Sucedió lo que parecia haber previsto.

Deseando conquistar el derecho á que se le reconociera como oficial de linea, encontró la muerte.

Una bala le atravesó el cuerpo.

Al caer, dirijiéndose á uno de sus soldados, dijo: *este es el bautismo de sangre de nuestro Batallon.*

Al dia siguiente un féretro toscamente construido era depositado en una fosa por varios jóvenes de figura distinguida, en cuyos rostros tostados se percibian las huellas de un dolor intenso.

Ese féretro encerraba el cadáver de Timoteo Caliba, y esos jóvenes que lo acompañaban, eran estudiantes y soldados como él, que iban á despedirse del condiscípulo y del compañero de armas á las puertas del sepulcro!

La vida de Caliba es corta como la de un niño;

pero tiene páginas que honrarian la biografía de un anciano.

Su carácter era noble y generoso.

Al nombre de la patria su sangre se enardecía y el entusiasmo le dominaba; pero su entusiasmo iba siempre acompañado de la reflexión.

Reunía á la cabeza del pensador, el corazón del soldado y del héroe.

Su constitución moral exhuberante y poderosa, le llamaba hacia las empresas difíciles.

Nacido para la lucha, los obstáculos no le hacían retroceder; por el contrario, despertaban su actividad y centuplicaban su energía.

Amaba la ciencia y habría sido uno de sus apóstoles, si hubiera vivido más y hubiera tenido que batallar menos con las necesidades de su posición.

Sus convicciones hijas del raciocinio desapasionado y juicioso, eran incommovibles.

Perseverante en sus propósitos, no desmayaba ni se aburría jamás.

Cuando emigraba por segunda vez de Catamarca perseguido y amenazado, se conformaba diciendo: yo he de volver.

Y habría vuelto y habría conspirado tres y cuatro veces más, si la muerte no le hubiera arrebatado cuando solo tenía 23 años.

VIII.

Algun tiempo despues del combate del 24 de Mayo, los restos de Caliba fueron conducidos á esta ciudad y depositados en el cementerio.

Humilde es su sepulcro, como fué humilde su existencia; pero en él pueden encontrar inspiracion los corazones virtuosos que se educan con el doble amor de la patria y de la justicia.

A. DEL VALLE.

Diciembre de 1868.



Julian Portela

JULIAN PORTELA.

Un recuerdo á la amistad.

I.

Los guerreros y aun los bridones de la batalla existen para atestiguar las victorias de mi brazo: debo mi renombre á mi espada.

Antar.

Al imponernos la tarea de consignar un recuerdo al amigo que rindió su vida en los altares de la patria, no tenemos la pretension de presentarlo como un trabajo acabado, pues no teniendo suficientes datos que arrojen bastante luz para escribir la biografia de este valiente, no nos es dado entrar en pormenores sobre las diversas facetas que representó su vida y que formarían una página brillante reservada á fuerzas superiores á las nuestras.

Solo algunos apuntes consignaremos á grandes rasgos que suministren alguna idea, para que otros con mas inteligencia y conocimientos emprendan la tarea de hacer conocer al modesto soldado que tan heroicamente se sacrificó por las libertades de su patria.

Este trabajo solo es un tributo que dedicamos á la memoria del amigo; así el juicio imparcial de la crítica nos disculpará de las faltas que contenga, recordando el móvil que inspira estas líneas.

Lo que nace del corazon debe ser respetado; pues aun cuando la forma en que se presente no corresponda al objeto y carezca de método, siempre vá en ella envuelto un sentimiento noble y santo del corazon humano que escapa á todas las censuras, é inspira un religioso respeto.

Conociendo, pues, nuestro móvil, estamos seguros de ser considerados con benevolencia.

II.

Julian Portela nació en «Rio Grande» el 27 de Junio de 1846 durante la emigracion, cuando su honorable padre el Dr. D. Ireneo Portela abandonó su patria para refugiarse en el extranjero á consecuencia de las persecuciones de que era víc-

tima en aquella época calamitosa, en que el furor de los bandos políticos iba hasta arrancar la vida de aquellos ciudadanos con quienes disentan en opiniones.

Niño aun conoció y sufrió las privaciones que el destierro originaba á su padre, como los sobresaltos continuos que la actitud ardiente de los partidos producía en aquellos que esperaban en el derrocamiento de un órden de cosas contrario á los principios de la libertad, el triunfo de las ideas por las que venía batallando de tiempo atras el gran partido de la libertad argentina.

Aquella época de elaboracion convulsiva de los destinos sociales y políticos de la República Argentina, pugnaba sin cesar por manifestarse en la vida práctica del pueblo para reconquistar los grandes beneficios de la civilizacion importada de Europa á la América.

Desgraciadamente nuestras cosas y nuestros hombres no se adaptaban á la costumbre de imprimirles direccion: no obstante en aquella época se echaba la semilla que debia dar su fruto mas tarde sazónada por el patriotismo y la perseverancia, aun cuando no faltaba una mano maldita que viniera á sacar de raiz la planta y á corromper la tierra destinada á fecundarla.

Casi todos los pueblos de la tierra: es decir, aque-

llos que ejercen los derechos inherentes á la soberanía, sin restriccion de ningun género, han tenido que atravesar un periodo luctuoso en su historia luchando contra abusos y hábitos arraigados en la sociedad, para alcanzar un dia cierto grado de espectralidad entre las naciones civilizadas y abrir ancho campo á las nobles aspiraciones, tendentes siempre á realizar grandes conquistas.

Esta ley invariable á la que están sujetas las sor-das agitaciones del espíritu de los pueblos cuando se ha dado forma práctica al pensamiento que entrañan, es la que por mucho tiempo ensangrentó los partidos en la República Argentina.

Los acontecimientos, precipitándose unos sobre otros, las ideas que de vez en cuando iluminaban el fondo oscuro de ese cuadro en que se veían las manchas de sangre con que se deshonraban los partidos, no eran otra cosa que manifestaciones de esta ley que hacia fuerza por abrirse paso á través de los escombros que el viejo réjimen habia amontonado y dominar los sucesos y los hombres.

Parece que la idea deberia dominar toda resistencia y concluir con aquellos que representan un poder personal y vejatorio, restableciendo el dominio del hombre bajo el amparo de sus magníficas preeminencias: pero desgraciadamente nuestra historia no consagra este principio.

No comprendemos que causas misteriosas produjeron temporalmente este trastorno en los acontecimientos torciendo el rumbo que las ideas de un partido ilustrado debería haber dado á la actualidad, cuando fuerzas tan poderosas se agitaban en busca del ideal de las sociedades modernas.

Pero, posteriormente se conoció el hecho positivo que no todas las raíces fueron tronchadas por la mano de la barbarie y que mas tarde se han cosechado los frutos obedeciendo á la ley que coloca la idea sobre la fuerza, destinándola á preponderar y regir los destinos de la humanidad.

Asi, en nuestro pais, en medio de ese choque espantoso de ideas, de pasiones y de intereses contrarios que se agitaban en el teatro de la lucha produciendo los relámpagos de la anarquía; en medio de esa tormenta que envolvió en una ola de sangre á los combatientes, fué levantado mas tarde el código de los derechos del pueblo por la fuerza irresistible del sentimiento público, triunfando sobre el error que habia ensangrentado los partidos y confundiéndolos bajo la bandera de la confraternidad en el mismo campo donde la ceguedad de los unos habia asesinado la idea, manchando las bellas pájinas de la tradicion gloriosa que la posteridad admira.

Julian tenia un temperamento fogoso y no es de

extrañar que el rumor de aquellas escenas sangrientas de la tiranía hiriesen vivamente su imaginación, haciendo despertar en su alma una aversión profunda por los tiranos y un amor ardiente por la libertad.

Los buenos consejos y la experiencia de las desgracias son la fuente de los arranques generosos del corazón. Julian se había educado en esta escuela.

Después le hemos visto luchar con abnegación y heroísmo en los campos de batalla por el honor de su país.

Cuando estalló la guerra con el Gobierno del Paraguay cursaba las clases de Matemáticas, y tuvo que cerrar sus libros para empuñar la espada en defensa de la libertad de su patria.

La fatalidad de su destino lo empujaba al sacrificio!

III.

Noble y generoso, de corazón ardiente y apasionado por las grandes conquistas del espíritu humano, era su ideal la igualdad que debía habilitar á todas las clases sociales para la gestión de los intereses públicos, bajo el amparo de instituciones li-

bres que garantiesen aquel derecho, y que debia verificarse por la abolicion completa de todo privilegio, y por el respeto á los derechos del hombre.

Esta fuerza secreta que se agitaba en sus entrañas, este fuego sagrado que ardia incesantemente y que en otras organizaciones robustas produce aquellos acentos inspirados del apóstol puestos al servicio del interes lejítimo de los pueblos, como los bellos arranques del furor revolucionario que en la Francia, recorrió todos los tonos de la elocuencia, como en América sobrepujó y abatió el poder dictatorial de los usurpadores de la España, debian encaminarle al último grado de espectabilidad ó hacerle sucumbir batallando en defensa de las prerrogativas humanas.

Julian en todo se manifestaba grande y generoso.

No solo en los instantes supremos de angustia hacia conocer los sentimientos viriles y elevados del patriota, sino que, como hijo era un modelo de virtud y abnegacion.

Tenemos en nuestro poder innumerables cartas dirigidas á su Sra. Madre que deseariamos presentarlas á nuestros lectores pero se estenderia demasiado este trabajo, solo consignaremos una de pésame del Coronel Charlone dirigida á la Sra.

de Portela manifestándole su sentimiento por la pérdida de Julian, en la cual se verá la estimacion del Gefe por el soldado valiente y pundonoroso; y otra del malogrado Francisco Paz.

Campamento en Tuyuty, Junio 28 de 1866.

Sra. Da. Amelia A. de Portela.

Sra. de mi mayor aprecio:

La infausta noticia que ha llegado hoy á este campamento de la muerte del Teniente Portela, su digno hijo, me ha consternado el alma del mas profundo sentimiento, y ha dejado los numerosos amigos del finado postrados en el dolor.

El jóven Portela, arrebatado por el fatal destino en la flor de sus años, ha dejado un vacio entre todos los que les ha cabido la honra de apreciar sus méritos y virtudes, que nunca se podrá llenar.

Vd., Sra., deplora la pérdida de un dócil y afectuoso hijo inmolado á la patria, y de quien esperaba consuelo y apoyo en el porvenir.

Yo he perdido un valiente oficial y un amigo íntimo.

Me es sensible Sra. el no poder espresar perso-

nalmente á Vd. el profundo sentimiento de que estoy poseido por la irreparable pérdida que vd. ha experimentado; me limito por ahora á ofrecerle mis débiles servicios en lo que vd. los considere útiles, declarándome.

S. S. S.

JUAN BAUTISTA CHARLONE.

Campamento en Tuyuty, Julio 19 de 1866.

Sra. Da. Amelia A. de Portela.

Respetable Señora:

El golpe funesto que recibí por la desaparicion de Julian me llenó de pesar y no pude espresarle á vd. mi sentimiento, esperando tambien que pudiera consolarse un tanto pasado algun tiempo.

El era para mí el amigo de la infancia, el compañero de colegio, fué mas tarde el oficial valiente, pundonoroso y decidido con quien compartí las fatigas y peligros, haciendo esta mútua participacion muchos mas sólidos los vínculos de amistad que nos unia. Deploro sinceramente, Señora, esa pérdida, pues de vd. se ha separado para siempre

un digno hijo, de mi el compañero y amigo mas querido.

Escuso ofrecer á vd. mis servicios y repetirme su atento y

S. S. Q. B. S. M.

FRANCISCO M. PAZ.

IV.

Despues de un periodo de paz y de concordia cuando los pueblos de la República Argentina se iniciaban en la labor fecunda de su desarrollo moral y material para fortalecer los vínculos que habia mantenido rotos el vaiven de los acontecimientos políticos; cuando nuevos horizontes se dibujaban al travez del cuadro desgarrador que habia cubierto de luto y salpicado con la sangre de las luchas fratricidas el Testamento glorioso que nos legaron nuestros padres; y en esta aurora de la libertad naciente escitados los ánimos por los resplandores de un espíritu de conciliacion para llevar á cabo la obra grandiosa de la fraternidad y reconstruccion nacional, la mano aleve de un cacique sin títulos ni derecho vino á conmovier profundamente los cimientos del edificio y á sacar á los argentinos

de sus hogares para vindicar el sangriento ultraje inferido á su bandera.

En esos momentos que la Nacion fué sorprendida en medio de la confianza con que acometia la obra de afianzamiento y desarrollo de sus instituciones, y con la fé en los grandes destinos que la Providencia nos reserva; en esos momentos decimos, en que el pais se encontraba escaso de recursos por la deuda que pesaba sobre su crédito, sin elementos organizados para responder á la gravedad de la situación, bastó el entusiasmo para proporcionar al pueblo los medios con que se opuso al enemigo de la Patria, al vándalo que á título de defender los dogmas inmortales de la democracia violaba los principios del derecho de las naciones que se deben entre sí respeto, sancionando con un atentado sangriento la ridícula pretension de guardar el *equilibrio* de las Repúblicas del Plata.

Profunda fué la indignacion que este hecho bárbaro produjo en las conciencias honradas de los buenos patriotas sublevando el espíritu de los verdaderos amantes de la democracia, salvo uno que otro que, engañados por la fatuidad del caudillo y por el falso amor que profesaba á los principios abrazaron su causa dándole la espalda al suelo donde nacieron, sin comprender que la prédica

incesante que levantaron para defender el mas despótico de los gobiernos personales, en el extravio de la pasion política, debilitaba el esfuerzo comun de los argentinos y alentaba al enemigo aleve que falsamente se apellidaba el campeon de los derechos, aparentando defender, arrastrado por su ambicion de dominio, los hermosos principios de dignidad de los pueblos.

Ruborizada la patria argentina de ver traidores en su suelo redobló sus esfuerzos y la juventud se lanzó ávida de gloria y sacrificio á la gran cruzada de reparacion.

Julian Portela, en cuyo pecho se agitaba el alma antigua de los gigantes y la fibra patriótica que se sobrepone al terror que suele con frecuencia dominar las almas vulgares, abarcó de una sola mirada el oprobioso rol que le tocaria representar á la República Argentina, si el esfuerzo comun de sus hijos no se oponia al salvajismo que invadia ya el territorio de la patria.

Convencido de esta verdad y lleno de santo entusiasmo por la causa que defendia corrió á alistarse como voluntario en la «Legion Militar» al mando del intrépido Coronel Charlone, que á la sazón estaba designado para marchar en el cuerpo de ejército que tuvo la gloria de ser el primero en humillar las protervas huestes del cau-

dillo Lopez en el glorioso asalto de Corrientes.

En este memorable combate donde por vez primera se encontraba el esforzado campeón, demostró un valor poco común que le mereció la entusiasta aclamación de sus compañeros de armas.

Y en verdad que en este hecho se necesitaba del alma serena de los héroes para arrostrar los peligros y vencer las fuerzas enemigas, colocadas en situación más ventajosa que las nuestras que se batían á cuerpo descubierto.

Julian sintió en esos momentos difíciles correr por sus venas el entusiasmo sublime de las grandes causas y se lanzó como un león sobre los parapetos enemigos, clavando la bandera que conducía en sus manos; ese símbolo de nuestras glorias inmortales á cuya sombra los pueblos sintieron agitarse por el soplo vibrante de las ideas, buscando nuevos horizontes en la religión sagrada del derecho.

En este combate cayó herido después de haber luchado heroicamente.

Forzoso le fué regresar á Buenos Aires, y restablecido un tanto no esperó la orden de su Gefe, para volver al puesto donde le llamaba su deber.

Nuevamente en el ejército asistió á la mayor parte de los combates.

En estas escaramusas salió siempre ileso y cubierto de gloria; pues siempre el mismo valor y la misma decision mostraba en todos los momentos en que habia que hacer un esfuerzo ó es- poner su vida para salvar de las sangrientas garras de la tirania las instituciones que á costa de cruen- tos y dolorosos sacrificios se habia dado la patria de Belgrano y San Martin.

Mas un nuevo sacrificio le esperaba.

El 24 de Mayo de 1866, dia glorioso para las armas argentinas, se libró en los campos de Tuyu- ty la batalla mas sangrienta y encarnizada que se registra en los anales de la epopeya Americana.

Aquel dia fué funesto para nuestro amigo.

Despues de haber recojido el laurel de la victo- ria y entretejido en la corona cívica que ostentaba sobre su frente una nueva hoja inmortal, tenia que abandonar el campo de la gloria para volver al seno de su familia á curarse nuevamente de las heridas recibidas en aquel dia de sangre y de es- terminio.

Pobre Julian.....!

Aquella despedida debia ser la última!

La hermosa perspectiva que le sonreia iba ocul- tándose tras los celages de una noche sin tér- mino!

La muerte le esperaba á su regreso.....!

V.

Nuevamente en el seno de su familia donde venia á buscar el reposo á las fatigas de una larga y penosa Campaña, si reposo puede hallar el alma en el lecho de dolor y cuando se encuentra lejos del teatro donde la gloria ofrece su palma á los que impelidos por un espíritu generoso y ardiente solo encuentran en medio del humo de los combates y en el estruendo del cañon el éco que preconise sus nombres.

Este era un doble sufrimiento para el valiente que veia extinguirse su vida, sin poder ofrecer su brazo y su servicios á la patria que tanto amaba.

Ya su vida tocaba su término y era necesario resignarse.

Nada bastó, ni los cuidados de la familia, ni los ausilios de la ciencia para cortar el mal que le arrebatava á la Patria uno de sus mejores hijos.

Su destino se cumplia.

Cuando aun el clarin de la guerra convocaba á los argentinos y el pais requeria nuevos esfuerzos que dieran por resultado el triunfo definitivo de sus armas y la revindicacion de sus derechos desconocidos, Julian exhalaba su postrer adios á los

amigos que le rodeaban en aquel momento supremo de la vida en que se despedía para siempre de los suyos, dejándoles el recuerdo vivo de sus virtudes cívicas que le habian dado las simpatias y el respeto de sus compañeros de armas.

El sufrimiento que producía en Julian dejar á su patria empeñada en la guerra que tanta sangre le costaba aceleró su muerte.

Sus últimos momentos fueron crüeles...!

Una nube sombría veló su frente donde antes brillaba la majestad de la gloria, y se le vió reconcentrarse en si como herido por un recuerdo al exhalar en esa actitud desgarradora su última palabra!

VI.

Despues de un acontecimiento doloroso como este, ¿qué queda á los que sobreviven?

¿Que diversos sentimientos se agolpan al corazón y bajo que faz se mira los acontecimientos donde ha jugado un rol brillante el que se inmoló á la pátria?

Acaso el recuerdo de una tumba puede ser borrado por esas escenas grandiosas de la tragedia en que se juegan los destinos de un pueblo!

La sombra de la muerte desaparece en un día, ó se pierde en el bullicio de los acontecimientos bajo la algazara salvaje de los que sobreviven á la inmolacion!

Nó! aquel espectro se alza cada vez mas imponente en medio de las congojas y desolacion que ha dejado!

Y en esta amarga desesperacion, cuando la copa de las angustias se ha colmado, ¿qué consuelo cabe á los que lloran?

Y si esa sangre no basta, y si sobre el sepulcro de los mártires no se deponen las armas con que se despedazan los pueblos, para estrechar los vínculos de la fraternidad y restituir al pueblo lo que por derecho le toca, ¿cual es entonces el grado de abatimiento al ver violados los preceptos de la ley moral?

Felizmente la ciencia y la conciencia universal han pronunciado su terrible anatema contra estas inmolaciones que no son otra cosa que el asesinato en masa de los pueblos.

Los patíbulos se suprimen, la ley criminal atenúa su rigor y de entre el vapor que aun se desprende de los charcos de sangre de la barbarie se levanta majestuoso el testamento que los revolucionarios de todas las épocas y de todos los países han legado al mundo, para que, siguiendo

el itinerario glorioso que regaron con su sangre derramada por la inmortalidad de un pensamiento humano, los que le sucedan se inspiren en este noble y generoso ejemplo.

Es por esto que nunca los pueblos deben abandonar el teatro donde están llamados á ejercitar los derechos que la ley democrática acuerda á todo ciudadano. Un principio de orden y que responde á la estabilidad de una situacion constitucional, obliga á todo pueblo, á la sociedad como á cada individuo que la compone á permanecer alerta siempre y decidido en el deber de mantener instituciones, leyes y principios sobre que se funda la organizacion democrática que rige la sociedad.

La ingerencia inmediata de los ciudadanos en la jestion de los intereses públicos es de absoluta necesidad, no solo por que responde á la esencia de sistemas adelantados, sino por que en ella reposa el movimiento regular de las instituciones libres.

Los Estados Unidos son un ejemplo palpitante de esta verdad.

La Inglaterra, tambien, aun cuando allí, si bien es un hecho que la libertad tiene su gran apoyo en el sentimiento público que se muestra siempre decidido en defensa de las prerrogativas populares, no sucede lo mismo en las clases privilegiadas que pugnan por conservar tradiciones contra-

rias al espíritu y esencia de la forma representativa del Gobierno Republicano.

¿Qué fenómeno político es este?

Acaso su legislacion le impone deberes imprescindibles, el carácter del pueblo inglés obliga á la sociedad á permanecer fiel á la tradicion histórica; ¿ó es un sentimiento innato el que obliga á desmentir en la forma lo que en la práctica es una religion?

No comprendemos este misterio.

Lo que sabemos es que la humanidad marcha en busca de su ideal, batallando, por el perfeccionamiento de aquella forma que consagra todos los derechos con que el hombre vino al mundo y que están escritos, puede decirse, en el código divino.

Esta es la ley y el camino á seguir de todos los pueblos que quieran ser grandes y felices.

Este es, amigo mio, el tributo que te dedico como la espresion ingenua de la amistad que nos unia; acéptalo pues, y desde el mundo de gloria en que resídes, envíame un destello de la eterna luz que ilumine mis pasos en el áspero sendero que sigo.

A. M. PINTO.

Noviembre de 1868.



H.S.

Francisco Paz

FRANCISCO M. PAZ.

“Dí muerte, ¿dó lo ocultas!”

Ligados por el triple vínculo de la juventud, de la amistad, y del sacrificio, juntos se presentan tres nombres, á reclamar su puesto en el panteon de la patria:

Portela—Caliba—Paz.

Tócanos la melancólica tarea de consignar en estas pájinas lo que de Francisco puede escribirse, pues como en otra ocasion lo hemos dicho, su vida fué muy corta, y bastaria para encerrarla, una hoja en que se leyera: *¡Francisco M. Paz, niño aún, murió por su patria!*

res, y el Coronel, Dr. D. Márcos Paz, cuyo notable papel en la política del país es conocido de todos.

Desde sus primeros años mostró el carácter cariñoso, que tantas simpatías le había de conquistar más tarde.

La instrucción de primeras letras la recibió en el *Seminario Ingles*, colegio dirigido por el laborioso educacionista Señor Don Salvador Negrotto, actual Rector del *Seminario Anglo-Argentino del Caballito*.

Allí fué querido de sus maestros y compañeros, por su buena conducta, su contracción é inteligencia.

De allí pasó al *Seminario Anglo-Frances*, que regentea el Señor Don Guillermo Parody, establecimiento en que cursó los diversos ramos de enseñanza, que abrazó su vasto Programa, y permaneció hasta mediados del año 1859, en que salió para ingresar á las aulas de la Universidad, contando por consiguiente, trece años.

Estudió allí Latin, bajo la dirección del Señor D. Eduardo Gigena, y del Doctor Don Juan Mariano Lársen, ambos Catedráticos de dicha asignatura.

La misma conducta seguida en la Escuela, fué su norma en las bancas universitarias; y sus nuevos compañeros vieron en su corazón uno que lo era digno de compartir sus ingenuos placeres.

En Diciembre de 1860 rindió exámen del curso general de latinidad, mereciendo la aprobacion de la mesa examinadora, que la componian los Señores Catedráticos, Doctor Don Miguel Villegas, Don Juan Eugenio Labougle, Doctor Don Juan Mariano Lársen, Don Eduardo Gigena, bajo la presidencia del Señor Rector, Doctor Don Antonio Cruz Obligado.

Bien pronto apesar de su corta edad habia de sentir la influencia de su patriotismo, en su porvenir.

Dividida la República en dos fracciones poderosas, representada la una por el Gobierno del Paraná, y por el partido dominante en Buenos Aires la otra, el Doctor Don Márcos Paz se afilió en esta última, y con su palabra y su influencia trabajó siempre por que se allanáran los obstáculos, que mantenian en continua alarma á los pueblos.

Sus esfuerzos como los de tantos otros patriotas fueron inútiles, y en breve dos numerosos Ejércitos, al son del mismo himno, y enarbolando la misma bandera, se aprestaron á la lucha.

Lucha dolorosa en que iban á darse muerte los propios hermanos!

• El Doctor Paz, que tomó una parte activa en los sucesos, que dieron por resultado la batalla de Pavon, recibió del Gobierno de Buenos Aires una

comision para las Provincias del Interior donde habia sabido conquistarse el prestigio, que merece siempre el ciudadano que sirve á su pais con honradez y patriotismo.

Acababa de descender del Gobierno de Tucuman, provincia de su nacimiento, y en la que habia adquirido el título de haber hecho el Gobierno mas ilustrado y progresista que hubiera existido hasta entonces.

El éxito de la empresa confiada á su patriotismo, no fué el que se esperaba, y el Doctor Paz, hecho prisionero en la Provincia de Córdoba por los soldados del Presidente Derqui, fué conducido engrillado á la ciudad del Paraná, en donde como en Córdoba y de paso en el Rosario, mas de una vez peligró su vida.

Este acontecimiento como era natural habia de repercutir en el corazon de sus hijos, cuyos estudios se interrumpieron en esa época.

En 1862, llamado el Doctor Paz á regir los destinos de la provincia de Córdoba, pasó á ella Francisco, y permaneció allí hasta que nombrado su padre Comisionado Nacional en las Provincias del Norte, se formó la columna espedicionaria, que constaba de setecientos hombres mas ó menos, y en cuyas filas ingresó Francisco en clase de Subteniente á guerra, en el Estado Mayor.

Contaba entonces diez y seis años, y empezaba á ser útil á su patria, sirviendo una causa que creia justa, porque simbolizaba el triunfo de la libertad, y la organizacion nacional.

Mas tarde, conociendo mas las cosas y los hombres, hemos de ver como anatematiza la guerra civil y cuales eran sus nobles promesas.

En esa espedicion hizo toda la campaña de Catamarca, Santiago y llegó hasta Tucuman, regresando al seno de su familia á fines del mismo año.

En Febrero del siguiente ingresó al Colegio Nacional, que acababa de reorganizarse bajo la Direccion del Doctor Don Amadeo Jacques.

Tomó con ahinco el estudio de las Matemáticas, en el que se hizo distinguir de su profesor el malogrado Señor Mauguin.

Su predileccion por las ciencias exactas era correspondida por su clara inteligencia.

Durante dos años, 63 y 64, vivió entregado al estudio.

En Enero de 1865, rendia su exámen final de matemáticas, con tanta lucidez, y mostrando tan bellas dotes, que mereció una notable é inusitada distincion.

• El ilustrado Dr. Jacques, tributando el homenaje debido al talento, y con ese noble entusiasmo que inspira en el hombre de saber, se puso de pié

y tendiendo su mano al jóven estudiante, le dijo con voz conmovida:

—Jóven Paz, felicito en Vd. al mejor estudiante que he visto, desde que enseñó matemáticas!

Cuanto vale este juicio lo dirán los que, apesar de todo, reconozcan en el Señor Jacques una de las primeras ilustraciones, que haya pisado nuestras playas.

El aplauso era digno del aplaudido.

En las luchas políticas de ese entonces se le vió siempre en los Clubs y en los Comicios, al servicio de la idea que representaba el *Club del Pueblo*.

Admirador entusiasta del ardiente tribuno Juan Chassaing, estaba siempre á su lado en los momentos de peligro, que rodean siempre nuestras luchas electorales.

Pundonoroso en extremo, tuvo en una ocasion un lance de honor, provocando á aquel de quien se conceptuó injuriado, y si nó se llevó al terreno su terminacion, fué debido á que sus padrinos, los D.^{ros}

Juan Chassaing, y Manuel G. Argerich se declararon satisfechos con las esplicaciones obtenidas, bien honrosas por cierto para su representado.

Contraído, como hemos dicho á sus estudios, pasaba sus horas de ocio ocupado en escribir sus sentimientos íntimos, ó en hacer algunas traducciones del francés, trabajos que ha dejado entre sus papeles.

Sus producciones estan escritas con la bella elocuencia del corazon, y en el silencio de la vida íntima; quizá nunca pensó Francisco que tales fragmentos fueran leídos por otro que él, sin antes haber sido corregidos y pulidos por su mano.

La fatalidad del destino humano, que todo lo rije á su capricho, quizo que asi no fuera.

Hasta aqui hemos hablado del niño, en la escuela, en su casa, en la Universidad; idolatrado de sus padres, y amado de sus compañeros de fatigas, como lo atestigua el homenaje rendido á sus cenizas.

Tócanos ahora hablar del niño héroe,—del martir de la patria.

II.

La Presidencia del General Mitre, despues de la batalla de Pavon, parecia venir á emprender la obra de reparacion.

Tan largos años de lucha y de sacrificio, debieran traer en pos de sí un tiempo de anhelada tranquilidad, en que empleando la sociedad todos sus elementos de vida, se entregára pacífica á elaborar su porvenir.

Tan risueña esperanza habia de disiparse bien pronto.

La historia juzgará si las calamidades que nos han agobiado en estos últimos seis años deben imputarse á una mala política, que surgiera con el nuevo orden de cosas, ó á las leyes fatales del destino que quieren aún poner á dura prueba el patriotismo del pueblo de Mayo.

La política del Brasil en el Rio de la Plata no habia descuidado la que se desarrollaba en el Paraguay, ligado por vínculos de conveniencia con el Estado Oriental, regido entonces por el Presidente Don Bernardo Berro.

La Monarquía esclavócrata miraba con ojos recelosos el poder autocrático, que en su frontera, adquiria dia á dia mayores fuerzas.

La guerra debia estallar de un momento á otro.

La alianza funesta del General Flores con el Imperio para derrocar el Gobierno blanco, fué para el Paraguay el pretesto.

El éco del último cañonazo, disparado por los heroicos defensores de Paysandú, fué la señal de ataque, esperada por las legiones del Mariscal Lopez.

Estas se lanzaron sobre la Provincia de Matto-Groso, y á principios de 1865 la guerra estalló.

La República Argentina estaba quizá llamada á ser tranquilo espectador, en la sangrienta lucha que comenzaba.

Una política ajena á aquellos sucesos la hu-

biera garantido de todo peligro por entonces.

Mas, no fué así.

La arrogancia del Presidente Lopez era demasiada para pretender buscar garantías por los medios diplomáticos, que usan las naciones civilizadas.

Alzando el guante, que creia ver arrojado á su rostro, lanzó su escuadra y sus soldados sobre la República, que recibió un ultraje sangriento en el aprisionamiento alevoso de dos de sus buques de guerra, y la invasion á la Provincia de Corrientes.

El pueblo viril de 1810, no necesitó mas para armarse y entrar en la lid.

La injuria era demasiado patente para que hubiera un solo corazon argentino, que trepidara en clamar venganza.

La juventud la primera, sintió herida la noble fibra de su patriotismo, y reclámó un puesto de gloria en las filas del Ejército, que se improvisaba.

Francisco M. Paz, que contaba apenas 19 años fué uno de los primeros en reclamar ese puesto.

En Enero de ese año acababa de rendir su examen final de matemáticas, como hemos dicho anteriormente.

Las palabras que mereció de su profesor, el Doctor Jacques, revelan cual era la elevacion de su inteligencia.

En presencia, pues, del grandioso porvenir en perspectiva, su amor á las ciencias se estimula, y forma la resolucion de marchar á Europa á perfeccionar sus estudios y dedicarse á la carrera de Ingeniero, para la que se sentia atraído.

Obtiene programas y datos necesarios, para llevar á cabo su propósito.

Estaba decidido su viaje; el buque en que debia zarpar lo esperaba por momentos, cuando el éco de los tripulantes del «25 de Mayo» asesinados cobardemente, pidió á sus hermanos venganza, y la voz de la patria llamó á sus hijos para exigir del invasor extranjero una satisfaccion, tal cual merecia su honor mancillado.

Cual fué el efecto que esto produjera en su alma jóven, júzguese por sus propias palabras escritas á su hermano Márcos (residente entonces en Córdoba) en fecha 20 de Abril de 1865.

Hé aqui los párrafos á que nos referimos:

«Querido hermano:

«Un acontecimiento notable ha venido á llenar de entusiasmo á esta poblacion. Parece que todos los corazones laten impulsados por una misma idea, esta es: la de formar parte del ejército espedicionario al Paraguay».

Y despues de narrar las primeras noticias re-

cibidas en Buenos Aires del atentado del 13 de Abril, agrega :

«El insulto, que se ha arrojado sobre nuestra bandera es atroz; solamente el cañon es el que tomará la palabra, y decidirá la cuestion en favor de aquel, que representa la civilizacion, la santa causa, cuyos representantes somos los argentinos, que al mismo tiempo de lavar una mancha, arrojaremos lejos ese aire fétido de tirania, que oprime al pueblo paraguayo, para sustituirle por otro aire, cuyo principio sea encarnado en la Soberania del Pueblo.»

Tres dias despues hablaba así á su hermano. Léase con atencion las primeras palabras, en que parece vislumbrar entre sombras, la deplorable suerte, que le estaba deparada.

« Todas mis esperanzas se nublaron; todo mi porvenir parece caido yá. Al mismo tiempo que el sol de Mayo era ultrajado por los piratas del Paraguay, se rompía la niebla, que me ocultaba á la vista mi destino futuro, y se presentaba el horizonte descubierto poco á poco, por el último rayo del sol! »

« Soy militar; pienso tomar la carrera con toda la asiduidad posible, seré un oficial modesto y retirado; procuraré esmerarme en el estudio y esto será para mí mismo una gran satisfaccion. »

« La campaña al Paraguay es grande y no es de ningun modo una *batalla de Pavon.* »

« Soy Subteniente, Abanderado de la «Legion Militar».

« Le he manifestado á tata las razones que tenia para no embarcarme, (se refiere á su viaje á Europa) y ha quedado completamente satisfecho, de lo que me alegro infinito, porque mi decision era irrevocable. »

« Marcho, pues, á campaña con la conviccion profunda de la causa que defiendo, y prometo algo mas que haber cumplido el deber de Subteniente á mi vuelta á esta ciudad. »

Palabras tan nobles y sinceras son la expansion del corazon en el seno de la familia.

Embarcóse el 23 de Abril en el puerto del Tigre, formando parte del batallon « Legion Militar,» mandado por el entonces Comandante Don Juan B. Charlone; y pocos dias despues (el 3 de Mayo,) escribia al jóven Santiago Medrano estas elocuentes y entusiastas palabras:

« Probablemente, de aqui á unos dias tendremos un encuentro con los paraguayos, segun aseguró anoche el Comandante Charlone.»

« Amigo, me cabe la gloria de hacer tremolar nuestro sol de Mayo, en el primer campo de batalla contra los salvajes del Paraguay.»

« Me han dado el puesto de Abanderado, que es penoso, si tú quieres en campaña, pero en recompensa el abanderado tiene en su mano el honor del Cuerpo, al guardar y conducir su bandera.»

« No sé si me asustaré; pero te aseguro que cumpliré mi deber! »

Y á fé que podría dar esa seguridad, el que en su alma de temple varonil se hallaba capaz de afrontar la muerte!

Pero nos parece mas acertado, valernos del *Diario*, llevado por el mismo Francisco, desde su partida de Buenos Aires, hasta su regreso, herido, despues del heróico desembarque en Corrientes el 25 de Mayo.

Transcribimos en seguida sus apuntes:

« El 23 de Abril de 1865 me presenté en el cuartel de la «Legion Militar», cuyo Comandante me dió la bandera para que la llevase hasta el punto de embarque que era la Estacion del Retiro. Despues de montado todo el Batallon nos dirigimos al Tigre desde donde seguimos en direccion al Rosario, pero sin saber absolutamente el punto de nuestra direccion.»

• « El 25 á las 7 de la mañana llegamos al puerto arriba mencionado, continuando nuestra marcha despues de haber estado anclados dia y medio, y

habérsenos incorporado el «2 de Línea» y parte de la «Artillería». Llegamos al Paraná el 30 á las 4 y $\frac{3}{4}$ de la tarde, partiendo de ahí á las 5 $\frac{1}{2}$.»

« Después de haber cruzado, parte de las pintorescas riberas del Chaco, hicimos alto frente á la Estancia del Señor Cullen el 1.º de Mayo á la 7 de la noche, pasando despues de siete horas de marcha por el pueblo de la Paz. Desde allí nos dirigimos á la Esquina, punto á que llegamos á las 3 y 35 minutos de la tarde. Zarpamos en direccion á Goya, pero á la 12 $\frac{1}{2}$ del dia 2 de Mayo, varamos á tres leguas de esta ciudad, estando así hasta las 4 del dia 3, en que salimos en direccion á este punto, acompañados por el *Pavon*.»

« El 4 de Mayo tocamos el puerto de Bella-Vista á las 3 de la mañana, desembarcando en seguida para ir á campar frente al puerto, donde permanecemos hasta el 13, en que volvimos á embarcarnos á las 10 de la mañana fondeando á las 3 $\frac{1}{2}$ á distancia de una legua del Empedrado, en que permanecemos hasta el 15. Contramarchamos á las 6 $\frac{1}{2}$ en direccion á Bella-Vista, donde llegamos á las 7 de la tarde. Teniendo noticias, que el Ejército paraguayo estaba próximo á este punto, seguimos retrocediendo hasta el 16 que nos dirigimos al Rincon de Soto, punto situado entre Bella-Vista y Goya.»

« Seguimos la marcha en direccion á Corrientes en Goletas, remolcadas por la Escuadra Brasileira, el 20 de Mayo á las 10 de la mañana, hasta el 24 que fondeamos á tres leguas de aquella Capital con la intencion de atacar el pueblo al dia siguiente.»

« Apenas el sol del 25 se despojaba de su oscuro manto, lo saludamos con el himno de Mayo, tocando las dos bandas de música, que habia abordo. A las pocas horas de marcha y despues de haber dejado las Goletas á cierta distancia de la ciudad, nos pusimos al frente de ésta.»

« Se notaba cierta agitacion entre el pueblo y varios grupos de gente armada cruzaban á nuestra vista sin hostilizarnos. Viendo, que no habia escuadra á quien combatir, nos dirigimos aguas abajo á traer las goletas, operacion que se efectuó con bastante lentitud.»

« Eran las 2 $\frac{1}{2}$ ó 3 de la tarde cuando se dió órden de desembarcar para atacar la plaza. Bajó á tierra la 6^a Compañia de la «Legion Militar» y sostuvo por algunos momentos desplegada en guerrilla el nutrido fuego de un Batallon. Continuaron bajando dos compañías del «1° de Línea» dos del «2°», tres mas de la «Legion» y todo el Batallon «3°»—Se generalizó el combate, y nuestros soldados siempre avanzando hacian perder

terreno al enemigo, que desvandado hacia fuego de todas partes, parapetado en los ranchos, naranjos y otros objetos, que pudieran servirle de salvaguardia.»

« Despues de algunos momentos de lucha principi6 la Escuadra Brasileira á bombardear el Cuartel de la Bateria haciendo algunos estragos.»

« Desalojado el enemigo del Cuartel fué arrollado hasta el puente donde hubo numerosa mortandad de una y otra parte. Entonces se mand6 á la bayoneta, y el enemigo se puso en fuga vergonzosamente.»

« En este combate fuí herido, desempeñando el puesto de Abanderado de la « Legion Militar ».

« Nuestros soldados se posesionaron de la plaza y pasaron en ella la noche del 25 y el dia 26 reembarcándose en esa noche, en que nos pusimos en viaje aguas abajo hasta el Rincon de Zeballos, en donde los heridos fuimos trasbordados del *Pavon* al *Pampero* para ser conducidos á Buenos Aires.»

« El 29 el *Pampero* ponía la proa en direccion á la Capital. El tiempo, que tardamos en llegar á este puerto fué seis dias, pero seis dias metidos en la inmundicia, tomando olores insufribles—Enfin, describir el desaseo que habia abordo durante el viaje, es imposible—Llegamos á Buenos Aires,

el 3 de Junio, desembarcando el 4, en que fui conducido á casa. »

Hasta aquí la palabra sincera de Francisco.

El 25 de Mayo, el gran día de la Patria, y en el primer combate en que se procuraba lavar la honra nacional, habia de caber al generoso voluntario, su bautismo de sangre y de fuego, llevando en sus manos el pabellon azul y blanco.

Su noble sangre se derramó, y el valiente abanderado cayó envuelto en el estandarte que hacia flamear, entregándole entonces á su compañero de glorias, Julian Portela, que habia de caer poco despues.

El parte oficial de aquella sangrienta jornada, y una carta de su bravo Gefe al Doctor Paz, atestiguan con elocuencia cual fué su conducta en ese dia memorable.

Como el lector hallará todos esos documentos trascritos en otra parte, nos basta hacer á ellos referencia.

La herida que recibió Francisco fué de bala de fusil en el pié izquierdo; agujereándole el hueso de la canilla á 6 dedos mas ó menos del empeine, y saliendo por cerca del talon.

- Se ha contado en «La Tribuna» una anecdota, respecto á su herida, que autorizaremos con su propia narracion.

Escribe con fecha 22 de Julio á su hermano Márcos: «Cuando ya no tuve fuerzas para sostener la bandera, á causa de que fuí saltando en un pié cierto trecho, tuve que darla á un distinguido de la Escolta y largarme á tierra porque no podia sostenerme. Dió la casualidad que cayese al lado de un soldado nuestro que se hallaba acostado boca abajo y quejándose.»

«Preguntéle que tenia y me contestó que estaba herido. Noté cierta hipocrecia en sus palabras, pero guardé silencio. Pasado un momento me senti mas aliviado y le dije que se parase y me diese el fusil para poder caminar.»

«Abanderado, me dijo, vienen muchas balas y lo van á matar si se levanta.»

«Tomado el puente disminuyeron las balas y nos fuimos á la orilla del rio. Cerca ya de la playa llamé á otro soldado y entonces fuí con comodidad, porque cruzaron los fusiles y pude ir bien con los dos.»

«Este soldado no estaba herido; se fingió estarlo de miedo quizá de seguir adelante.»

«No quise hacerlo castigar á este infeliz, porque llevándome á la ribera, me salvó de quedar en el campo y caer talvez, en manos de los paraguayos.»

III.

¿Que resultados habia dado para las armas aliadas, la heróica y luctuosa toma de Corrientes?

Los que conozcan la gran estrategia del arte de la guerra lo diran.—La masa del pueblo no vió en ello, sino un sacrificio estéril, una combinacion descabellada, en que se perdieron vidas preciosas, que no habia de tardar mucho en ser necesarias.

El marasmo, la inaccion, en una palabra, el sistema de lentitud, que mas tarde ha merecido á sus autores el universal reproche de los que no tienen en las guerras nada que ganar y si mucho que perder, se hizo sentir despues del funesto descalabro.

Entretanto, las columnas invasoras seguian su marcha, por las costas del Uruguay y del Paraná.

El General Flores al frente de una fuerte Division del Ejército Aliado batió en el Yatay, á mediados de Agosto, la vanguardia de la columna paraguaya que espedicionaba siguiendo la margen del Uruguay.

Allí se comprendió ya, que la guerra no era, lo que con menoscabo de nuestras armas se habia

pretendido hacer creer, un juguete militar. Allí se comprendió que los paraguayos no eran soldados cobardes, ni tan poco diestros para dirigir sus tiros. Por el contrario, ese puñado de valientes se resistió apesar de la desigualdad del número, hasta quedar la mitad convertidos en cadáveres.

Un mes despues, Estigarribia, que se habia apoderado de la Uruguayana, debido á la *prudencia* del Jeneral Canavaro se rendia ante un poderoso Ejército, á cuyo frente se veia por primera vez en América del Sud, los Presidentes de dos Repúblicas, y un Emperador, sin contar el correspondiente cortejo de Príncipes, Condes, Chambelanes, etc.

No será difícil, que la Historia, en vista de las promesas del nuevo Leonidas, y del esplendor de tanto Estado Mayor, diga alguna vez: *¡Tanta grandeza fué necesaria para dobligar tanta energia!*

Entretanto, se organizaban los contingentes que habian de componer el grande Ejército, y el Presidente Lopez, que comprendió lo difícil de su posición en terreno enemigo al mismo tiempo que fusilaba uno de los Gefes de su mayor confianza, ordenó repasára el Paraná la columna, que se habia internado á la Provincia de Corrientes, llegando hasta el rio *Vatel*.

Apesar de la gravedad de esta gran tragedia,

que se llama *Campaña del Paraguay*, no ha dejado de presentar algunas escenas cómicas!

Parecíanos asistir á un sainete, sino hubiéramos tenido ante nuestra presencia el desgarrador espectáculo de la muerte.

El Ejército Paraguayo, con todos sus bagajes y artillería, pudo atravesar tranquilamente el Paraná é ir á plantar su campamento en la montuosa costa de su territorio!

¡Entanto una formidable Escuadra vencedora poco há en el *Riachuelo*, dominaba el magestuoso río y enarbolaba en alto sus orgullosos gallardetes!

Durante todo el tiempo transcurrido desde la Uruguayana, hasta el combate del Pehuajo, nada vino á perturbar la tranquilidad de los campamentos, ni á detener la marcha de los belijerantes.

Francisco Paz en ese entonces se hallaba en Buenos Aires, como todos sus demas compañeros que cayeron en el mismo campo de batalla.

La herida que recibió Francisco, si bien no era grave, era por su situación demasiado delicada. Los médicos predijeron que tendria que estar dos ó tres meses en cama.

Su desconsuelo era grande; porque ya creia ver á sus camaradas en medio de nuevos peligros, y conquistando nuevas glorias, y él se veia privado de compartirlos con ellos.

Entonces escribía á su digno Gefe el depodado Comandante Charlone: « Tengo el gran sentimiento de no poderme reunir á Vds. con la prontitud, que deseara, porque mi herida requiere tres meses de cama, segun los médicos aseguran, á causa de que el hueso ha sido agujereado.»

« Crea, sin embargo, Señor, que al instante en que pueda caminar, correré á formar en las filas, que Vd. lleva á la gloria con el valor y serenidad que le caracterizan. »

Mucho mas fué el tiempo que se vió imposibilitado de satisfacer su noble deseo. Siete meses duró la penosa enfermedad, durante los cuales recibió marcadas pruebas de simpatia de sus relaciones.

Su digna madre estuvo constantemente á su lado y sus cariños tiernos como sus desvelos, suavizaron en mucho sus acerbos dolores.

Sus condiscípulos y amigos, le acompañaron de dia, y velaron muchas noches su intranquilo sueño al lado de su lecho con el solícito cuidado que inspira la amistad.

Muchas señoras trabajaron cuidadosamente las hilas con que habia de curarse sus heridas.

Pero, esta atmósfera no embriagaba al jóven soldado, que sentia á lo lejos el murmullo del vivac

del campamento, y exclamaba hablando con su hermano Márcos en sus ratos de expansion: «Cuando nuestro pabellon fué insultado, yo como todo ciudadano me propuse sériamente (y dí mi palabra á mi gefe) seguir al pabellon argentino en sus glorias y sozobras. Esta promesa la cumplí hasta el 25 de Mayo, dia en que tuve la desgracia de no servir para nada desde el instante en que cai. »

Hablando con entusiasmo del valor de su Gefe, agrega: «En fin, hermano, pocos (y no me importa su nacionalidad, hago justicia al mérito) pocos, digo, se igualarán á este hombre. Yo, por mi parte no abandonaré sus filas, y ademas, siento cierto júbilo al oír el silvido de las balas y el ruido atronador de la metralla. »

¡Qué temple de alma!

¡Qué bien hubiera sentado sobre su pecho la medalla acordada por el Congreso Argentino á los que lucharon en Corrientes el 25 de Mayo!

Postrado en el lecho del dolor, las horas de descanso, que su dolencia se lo permitia, las empleaba en el estudio.

Su amigo Nicanor Albarellos lo acompañaba en esa noble tarea, y es junto con él que con indecible anhelo, tendia á perfeccionarse en el idioma francés, que ya conocia.

Entonces, vertia al castellano un « *Ensayo sobre el Duelo,* » obra de Don Teodoro A. Mendez. « *La vida de un Marinero,* » original de Don Fermin Cooper; y otros notables trabajos literarios é históricos, que se conservan entre sus prolijos papeles.

El 11 de Julio de 1865 recibió del Gobierno Nacional los despachos en que se le conferia el empleo de Sub-teniente de Línea, en la « Legion Militar ».

Pobre recompensa, sin duda, para el que habia salpicado con su sangre generosa la bandera de su batallon.

En sus manifestaciones íntimas á su hermano, esclama: « Ayer he recibido los despachos de Alférez, y los he recibido con gusto, porque tengo la conviccion de haber cumplido con mi deber en el combate de Corrientes, siendo por consiguiente bautizado en una fuerte refriega, — que ha aumentado una página mas de gloria, al dia en que se juró nuestra Independencia. »

Hemos hecho referencia anteriormente, á las ideas, que respecto á milicia abrigaba, ofreciendo hacérselas conocer al lector.

Escúchesele. Habla tambien con su hermano Márcos.

« Me preguntabas en una de tus anteriores si pensaba seguir la carrera militar. »

«Verdaderamente, que en estas circunstancias no puedo contestarte, pero, creo que si despues de la guerra, la carrera de las armas es mas respetada é ingresan á ella algunos jóvenes de quienes se pueda tener esperanzas halagüeñas, y que se reforme en algo, puede ser que continúe. De otro modo no es posible.»

« Los que representan esta carrera tan noble como ingrata en la República Argentina, son por desgracia muy poca cosa. Sus aspiraciones no pasan mas allá de la rutina del servicio. Sus costumbres son en la generalidad, reprobadas.»

« Todo esto, sin perjuicio de que encontremos muchos oficiales dignos de llevar el uniforme. Pero estos son en nuestra milicia muy raros.»

«Si se quiere poner la carrera de las armas á la altura que le corresponde, es necesario que todos se propongan guardar y respetar sus códigos; de otro modo es una locura el creer, que unos pocos pueden llegar á este noble fin. »

« Aquellos que se opusiesen al torrente de la corrupcion, serian volteados por su impulso, y quizá envueltos en sus redes para aumentar el número infinito de estos, cuya corriente siguen todos, con pocas excepciones. »

«Oigamos á un célebre moralista, que habla de los militares sin instruccion. Se espresa de este modo. En pocos renglones se ven retratados la mayor parte de los militares de nuestra época:»

«Seguir sin reflexion la rutina del servicio; pelear ciegamente cuando los Gefes lo mandan; vegetar en la ociosidad de una guarnicion; consumirse en un fastidio eterno, que solo varía y alterna con el desórden y la disolucion, tal es la vida maquina y molesta en que de ordinario se corrompe el militar hasta llegar á una vejez, que lejos de grangearle respeto y consideracion le hace al estremo despreciable por el descuido de no haber adquirido en la juventud los conocimientos que el estudio suministra.»

«En toda institucion buena, se encuentran miembros que la deshonoran.»

«No tenemos un general en la República, que realmente pueda llevar este nombre, á causa de que sus conocimientos son escasos, y cuando no le es imposible disertar sobre otra arma de la que ha escogido.»

«No son generales, ni posee casi ninguno las tres armas; y sin embargo, hay generales.»

«Pero dejemos continuar al autor citado:»

«El militar, por lo comun falto de instruccion
« y de buenas costumbres, no trae á la sociedad
« otra moral, que la que ha sacado de las guarni-
« ciones, de los campamentos y de los Ejércitos;
« esta moral, poco delicada funda el mérito en la
« *ferocidad puntillosa*, y en la rudeza habitual,
« que es casi general á los militares.»

«Si el Ejército, como dicen algunos, es una so-
« ciedad aparte, ó si el campamento es un pueblo
« completamente independiente de los demas, no
« es posible, que los militares lleven buenas cos-
« tumbres á la sociedad.»

«Pero como esto en mucha parte es una qui-
« mera, venimos á caer en lo que he citado. »

«Asi pues, un militar sin instruccion y criado
« en los campamentos, es natural, que sus costum-
« bres esten opuestas en mucho á las de la socie-
« dad, y nada de estraño, que no dé un paso ni
« pretenda igualarlas desde que le falta una pa-
« lanca tan poderosa como la ilustracion.»

• «Oigamosle aun:»

«¿ Hay nada mas funesto al Estado ni criminal,
« que la presuncion de aquellos generales, que
« faltos de luces y de esperiencia, tienen la auda-
« cia de ponerse al frente de los Ejércitos, cuyas
« operaciones decidirán, quizá para siempre, de
« la suerte y felicidad de un pueblo?»

«Me inclino mas bien á no continuar la carrera, pero tú sabes, que uno muchas veces dice cosas que no puede cumplir. Mi único sueño es irme á Europa á estudiar, si otro obstáculo no encuentro en mi camino. Si esto no se puede conseguir, por mi edad, (sin embargo, que nunca es uno viejo, cuando se trata de instruirse) ó por falta de dinero; entonces iré allí donde la libertad quiera ser ultrajada; allí donde los derechos de los pueblos sean mancillados; allí, en fin, donde truene el cañon de la civilizacion, pero jamás seré militar en la República, si como hasta hoy la carrera es mirada con el mas alto desprecio.»

«Sin embargo, es una carrera de sacrificios, de desinteres, de abnegacion y de todos los mas nobles sentimientos, que encierra el corazon humano.»

«Una vida de abnegacion, dice el Mariscal Marmont, compone su existencia; los sufrimientos, las fatigas, los peligros son su única perspectiva, los mas nobles sentimientos animan su corazon. Sin embargo, en pago de su sangre derramada, de sus miembros, dejados en el campo de batalla, no reciben mas que la miseria, y la necesidad de pedir una limosna!»

«Las familias que entregan un jóven robusto

« para el servicio de la patria, reciben en cambio
« muchas veces un hombre mutilado. »

« Aún á las mismas clases de Gefes y Oficiales,
« ¿ qué porvenir les espera? Compárese los tra-
« bajos, las fatigas, los peligros, la vida de un
« Oficial con la de cualquier otro ciudadano en
« otra carrera, véanse, si comparativamente son
« iguales las ventajas y el porvenir de ambos. »

.....

« Asi pues, si concluida la guerra no presenta
la carrera el carácter á que me he referido, pro-
curaré buscar un fiel compañero, y me dirigiré á
Méjico, ó á cualquier otro país en que la libertad
sea sofocada por la tirania.

« Estos son mis pensamientos acerca del por-
venir. Serán pobres, querido, pero se alimentan
y se alimentarán por la fuerza de la conviccion,
á pesar de los tiempos y de los peligros.

« No me alucinan ni los galones, ni el colgar
una espada al cinto.

« No alimento la ferocidad puntillosa de que
habla el novelista. Solamente al tomar la es-
pada, me propuse servir á una causa justa.

« Siendo militar nunca serviria á la tirania, si
llegara á levantarse en el seno de la Patria.

« Procuraré alejarme de las guerras civiles
en que se encontraba esta. Obrando así no haré

mas que seguir la norma de conducta, que observó un grande hombre, el General San Martín!

«En fin, querido, el horizonte, que se presenta á mis ojos es muy vasto, y quien sabe si mis buenos propósitos pueden cumplirse.

«Haré lo posible por sostenerlos, si no son un sueño de la juventud.»

¡Y el corazón que así pensaba no fué respetado por la metralla!

¡El alma que tanto porvenir ofrecía fué arrebatada á otras regiones!

¡Esa vida, tan llena de nobles esperanzas, fué apagada por el soplo frío de la muerte!

¡Destino impío!

VI.

Ocho largos meses habia sido detenido en el hogar nuestro ardiente voluntario, por el estado de su gloriosa herida.

Las lágrimas de su madre, los ruegos de sus amigos, las comodidades de vida contrastando visiblemente con las penurias y peligros del soldado; nada habria sido bastante para hacerle vacilar un instante.

Si la fuerza física faltaba á su cuerpo, esa mis-

ma contrariedad retemplaba la energía de su voluntad.

Y ánte todos los halagos que se le brindaban se levantaba pura, severa y silenciosa la idea del deber que le llamaba á compartir con sus compatriotas los azares de la lucha.

Y cuando se trataba del cumplimiento del deber, Francisco era austero hasta la exageración.

Por eso lo hemos de ver destacar por su conducta en su Batallón, pues si bien es estricto para la disciplina y el respeto á las prescripciones de la Ordenanza, la natural bondad de su carácter sabe endulzar para con sus subalternos las duras exigencias del servicio.

Y esa energía de su carácter le hacia ser citado como modelo por sus superiores.

Poseía intuitivamente el secreto del soldado—sabía hacerse amar de los que le estaban subordinados, y hacerse respetar de aquellos á quienes obedecía.

En los primeros días de Enero de 1866, le vimos presentarse lleno de júbilo en el campamento—su pié herido, pues aun no estaba bien cicatrizado, le impedía caminar con firmeza—Mas, qué importa, nos decía, si puedo andar á caballo—Serviré de Ayudante.

El 31 de Enero, el entonces Coronel Conesa se

batía en la costa del Paraná, con los cuerpos de su mando, que formaban la «2.ª Division Buenos Aires.»

Todo el Ejército se puso en movimiento, y á la 1.ª Division del 1^{er} Cuerpo, en que formaba la «Legion Militar» le cupo marchar como reserva.

Fué el estreno de Francisco, recién llegado hacía dos horas al campamento y convaleciente.

Al dia siguiente conversabamos alegremente en su carpa: Julian Portela, Timoteo Caliba, él y quien escribe estas líneas.

—Ayer me he convencido, nos decia, que no sirvo para nada á pié, y por mucho tiempo mas seré inútil—Voy á servir como Ayudante—Cuando esté fuerte volveré á mi Compañía.

Proseguimos nuestra conversacion, y no escasearon por cierto las halagadoras esperanzas para el porvenir.

Por una de aquellas combinaciones fatales del destino, de los cuatro que formabamos aquel alegre grupo á la orilla de una mansa laguna en las Encenaditas, solo nosotros debiamos sobrevivir!.....

El 13 de Abril amaneció por fin, y el Ejército Aliado, que tan fatigado estaba de la vida monótona del campamento, debia lanzarse al territorio paraguayo.

Bien pronto debían enseñorearse de un pedazo del suelo enemigo, las banderas que iban á revindicar su honor mancillado por el despotismo.

Terrible era la perspectiva que se ofrecía á nuestra vista.

El magestuoso Paraná meciéndose intranquilo y amenazador en su lecho; la costa paraguaya oculta por un espesísimo monte, en que gigantescos árboles entrelazaban su ramaje con frondosas enredaderas, presentando el aspecto de una muralla impenetrable; destacándose de todo esto la formidable batería de Ytapirù, que con sus cañones de á 68 había detenido por muchos días, á la numerosa y tremenda armada imperial, con sus monitores y encorazados; todo esto unido al conocimiento, que habíamos ya adquirido de la calidad del enemigo con quien teníamos que combatir, hacíanos presumir que muy en breve, nuestra sangre derramada á raudales, iría á enrojecer las cristalinas aguas, que parecía apresurarse á hacernos el saludo de despedida.

Sin embargo, el espíritu viril de nuestros soldados, animaba sus rostros harto tostados ya por el ardiente sol de Corrientes, y con el entusiasmo en el corazón y la sonrisa en los labios, cada cual aprestaba sus armas, y enviando un recuerdo á los seres queridos, pensaba tan solo en

la gloria de la patria, confiada al valor de sus hijos.

Francisco se regocijaba de que fuera llegado el momento de ir á buscar al tirano en su guarida.

¡No presentia, que si en medio de aquellos esteros y de aquellos bosques iba á conquistar una aureola de gloria para su frente, en medio de ellos iba tambien á encontrar la muerte!

El pasage tuvo lugar, y contra las previsiones de todos, hasta de los mas expertos en la guerra, su resultado fué el que todos conocen, y que basta para formar la reputacion de un General.

Desde ese dia principi6 esa serie de combates, en que el valor ha rayado en heroismo, y la constancia y abnegacion han sido las virtudes habituales de los combatientes.

Al dia siguiente de pisar el suelo paraguayo, el Ejército Brasileiro emprende el ataque á la fortaleza de Ytapirú—un sangriento y encarnizado combate es el preludio de la gran lucha, y en breve las columnas vencedoras atraviesan el antiguo Campamento del adversario, y pasando sobre un terreno sembrado de cadáveres, van á plantear sus reales en las orillas del Estero Bellaco; llamado á ser teatro de una gran parte de los acontecimientos de esta lucha titánica.

Es desde entonces, que principia lo mas crudo de la campaña.

Pisando un suelo ingrato, que solo nos brinda humedad por sus innumerables Esteros y bañados; bajo un ardiente sol como el de los trópicos; escasos de todo género de recursos, pues solo contabamos con los que se trasportaba desde la orilla opuesta del Paraná; solo quien conozca de cerca lo que es una campaña militar del género de la que aun no ha terminado despues de cuatro años, puede formarse una idea exacta.

Francisco con esa resignacion heróica, que ha conquistado renombre á los soldados argentinos, que no se han arredrado ante la desnudez ni el hambre, soportaba todas las fatigas, con esa fuerza de voluntad, que solo es capaz de dar el patriotismo mas puro, ardiendo en un corazon entusiasta.

¡Jamás una queja!

¡Jamás escapó de sus lábios una palabra de desaliento!

Ayudante de un Gefe, que se distinguió siempre como valiente y como soldado; muchas noches de vigilia pasó sobre su caballo, con la vigilancia consiguiente al que se halla en una guardia avanzada, sobre el enemigo.

El 2 de Mayo de 1866, el Ejército Aliado ocupa-

ba un campamento, al otro lado del pequeño pueblo de Ytapirú, frente al Estero Bellaco.

Aun cuando nuestras líneas estaban situadas á pocas cuadras del campo enemigo, era tal la confianza que nos animaba, que nadie esperaba la menor hostilidad de parte de los paraguayos.

Eran las doce del dia, y nuestros soldados se hallaban ocupados en gran número en las faenas necesarias para la carneada, y conducian otros viveres desde el puerto, bastante distante de nuestro campo.

De pronto el estampido del cañon, seguido de un fuego récio de fusileria, nos anunció la presencia del enemigo, que por otra parte, con su griteria, parecia querer acallar aquel éco.

El centro y el costado izquierdo de nuestra línea, ocupado el primero por el Ejército Oriental, y por el Brasileiro el segundo, recibieron el formidable ataque del enemigo, á la vez que las lanzas del bravo Regimiento 1.º de Línea argentino, detenia y arrollaba victoriosamente una columna de Caballeria á nuestro frente.

Poco mas de dos horas duró el sangriento combate, despues de las cuales el Ejército aliado ocupando el campo de batalla pudo pasar revista á los trofeos de su victoria.

Cuatro cañones, tres banderas y un estandarte

de caballería, arrancado por el brazo robusto de un Sargento del 1º de Línea, innumerables armas, mas de ochocientos cadáveres, y un gran número de prisioneros heridos, eran el testimonio elocuente, que acreditarán los resultados de esa jornada.

La « Legion Militar » cuerpo á que pertenecía Paz como Ayudante, tuvo su participacion honrosa en este dia, quemando todas sus municiones, y teniendo heridos dos de sus Oficiales, Sebastian Casares y Julio Muzzio, y algunos soldados.

Pocos dias despues el 8 del mismo mes tenia lugar el siguiente episodio, cuya narracion tomamos de una carta de Francisco:

« Por la noche el Comandante recorriendo las guardias avanzadas me llevó consigo.

« El oficial de la guerrilla avisó, que se habia oido una voz, que decia:

—« Vengan á buscarme—Soy paraguayo pasado. »

« Entonces se adelantó el Comandante y estuvimos como á una cuadra de la guerrilla, un rato esperando, y ya nos retirabamos, cuando oimos hablar nuevamente—Llevamos entonces un soldado paraguayo, Ortiz de la 3.ª Compañía, y le hicimos decir que viniese.

« Poco despues llegó un paraguayo desnudo trayendo sus pantalones de lienzo en la mano izquierda, y en la derecha un sable, que nos entregó.

« Lo monté en la grupa de mi caballo y lo conduje á la guerrilla. »

Este como todos los pasados en esta guerra declaró el hambre espantosa que devoraba á él y sus compañeros, los rigores de Lopez y la desmoralizacion en sus filas.

Francisco, generoso como siempre, en el acto procuró se le diera qué comer y algo para cubrir sus carnes.

Trascurrieron doce dias tranquilos hasta el 20 de Mayo, que se emprendió una marcha para pasar el Estero Bellaco, punto en que se esperaba hiciera el enemigo una fuerte resistencia.

No sucedió así; el paso no nos fué disputado, y despues de unos pocos tiros de cañon, y algunas guerrillas, pasamos sin pérdida alguna á ocupar el campo de Tuyuty, dejando á nuestra espalda el famoso Estero.

Por poco tiempo mas habian estos campos de ostentar su verdor.

La batalla, que se ha apellidado la mas grande de la América del Sud, debia tener por teatro este hasta entonces oscuro y silencioso rincon del Paraguay.

Llegó el 24 de Mayo, y los primeros rayos de su sol hallaron al gran ejército, de pié y empuñando sus armas.

Así trascurrieron las primeras horas de la mañana, en la mas tranquila é imponente expectativa, sin que acontecimiento alguno, presagiára lo que debia tener lugar, pocas horas mas tarde.

A las doce del dia un nutrido fuego de cañon, anunciónos que el audaz enemigo se habia lanzado sobre nuestras líneas.

La lucha se empeño con denuedo y bravura por ambas partes; y cada palmo de terreno, que alternativamente se perdia ó reconquistaba, centenares de cadáveres lo cubrian.

Horrible fué el fuego; pero mas lo fué aún la carniceria!

Cuánta vida preciosa perdió en ese dia la patria!

Cerca de oracion, las bandas de música de nuestros batallones entonando alegres dianas sobre el enrojecido campo del combate, anunciaban, que una nueva y espléndida victoria orlaba sus banderas.

Cada cuerpo marchó á ocupar su puesto de descanso.

En este instante cruzaron la 1.^a Division del 1.^{er} cuerpo del Ejército á que perteneciã Francisco, y

la 3.^a del 2.^o Cuerpo de que formaba parte el que estas líneas escribe.—Vernos y darnos un fuerte abrazo, fué tan rápido como el impulso del corazón que nos llevaba.

—¡ Portela ha caído herido !

—¡ Caliba tiene un balazo mortal !

Tales fueron las primeras palabras que escaparon de nuestros labios.

En efecto, el bravo Julian Portela, que formaba en las filas de la intrépida « Legion Militar, » había caído como un valiente al frente de sus soldados !

El noble Timoteo Caliba, que por una fatal coincidencia, se cumplía en ese mismo día un año, que había vestido el uniforme militar, derramaba su sangre, según su feliz expresión en ese supremo instante, *como bautismo de la bandera de su batallón*, que era la bandera de su patria !

Séanos permitido consignar aquí un melancólico recuerdo á la memoria de otro bravo y distinguido oficial, el Capitan Mariano Ibañez, que al levantar á su denodado compañero, recogió de sus labios tan nobles palabras, que pueden apellidarse, *el testamento del patriotismo !*

Mariano Ibañez halló su tumba dos años mas tarde, en la última batalla en las *Lomas de Cumbarity !*

Allí el «Rejimiento Córdoba» cuyo bautismo fué la generosa sangre de su Teniente Caliba, cubrió nuevamente su nombre de gloria, y á la bayoneta y al trote, *fué el primero*, oigase bien, acompañado del «Batallon Santa fé,» que hizo flamear las banderas de la patria sobre el alcázar del despotismo, como dos años atras *habia tambien sido el primero* en hacerla flamear sobre los muros de su formidable Boqueron.

Á su frente llevaba al jóven de corazon bien templado, al Coronel Agustin A. Olmedo, digno sucesor del veterano General Dominguez !

¡ El claro dejado por la muerte de este héroe solo podia llenarlo otro héroe.

Julian Portela y Timoteo Caliba tienen su lugar en otras páginas de este fúnebre libro; á ellas remitimos al lector.

No nos ha sido posible pasar por el lado de sus nobles sombras, sin que al inclinarnos reverentes, escaparan de nuestros lábios y consignara nuestra pluma, esas pobres palabras á ellos referentes.

La comportacion de Francisco en este hecho de armas, fué la del soldado pundonoroso, que en medio de la lucha solo tiene un pensamiento : el honor de su bandera.

Por cuatro veces la renombrada « Legion » vió

avanzar sobre su línea á esa denodada Caballería, que para honra de sus adversarios, mostró saber luchar como un león cada uno de sus soldados.

Y decimos que para honra de sus adversarios, porque hay gloria y grande cuando se lucha y se vence adversarios como los valientes paraguayos.

Pero, los soldados, que tenían á su cabeza un bravo como el invicto Charloné, no cedian un palmo de su suelo, y el ímpetu de los enemigos se detenía ante el relumbrante muro de sus bayonetas.

Momentos despues de llegar del campo de batalla, Francisco escribía de prisa á su padre estas cortas palabras, que revelan al soldado bajo la influencia aún del vértigo de la victoria:

«Llego del campo de batalla con la mayor felicidad. Hemos tenido seis oficiales fuera de combate, entre estos uno muerto. Portela está herido, algo grave.

«El Coronel Rivero, el Comandante Pagola, el Mayor Basabilvaso y muchos otros muertos.»

«La caballería enemiga nos hizo formar á nosotros cuatro veces cuadro, pero «La Legion» se portó bien, como siempre.»

«No tengo mas tiempo. Adios»

«*Francisco M. Paz.*»

Hemos llegado á una época de la guerra en que los combates se suceden con las semanas.

Es una serie, casi no interrumpida un solo día, en que la « Legion » se bate en las avanzadas, en las descubiertas, ó en ataques sangrientos como el 11 de Junio.

Francisco, que no se separó ni un solo instante de su puesto se halló siempre al lado del Coronel Juan B. Charlone, á quien servia de Ayudante como hemos dicho, hasta que restablecido ya de su herida, pudo marchar á pié con fijeza.

Entonces pidió ocupar su puesto en una de las compañías del cuerpo.

¡ Quería estar en contacto inmediato con los bravos, cuyos entusiasmo debia despertar con su palabra, y cuyo heroismo estimular con su ejemplo!

El teniente Paz se sentia mas orgulloso en dar la voz de ataque á sus soldados, que en transmitir la órden de su gefe á la columna.

A fines de Julio de 1866, fué ascendido á Teniente 1.º y por su antigüedad le correspondió el mando de la Compañía de Granaderos, la que le hacia decir esta verdad, en un estilo risueño:

— «Tenemos muy buenos Granaderos; hay mas de veinte de mas alta talla que la mia.»

Al recibir este ascenso, escribía á su Señora madre en una carta llena de ternura y cariño filial:

« He recibido un galon mas. Sin pretender sobrepasarme le aseguro, que *no me alucina; porque estoy en la firme conviccion que lo he ganado, como estos debian adquirirse;* es decir, haciendo ver á mi gefe y compañeros de armas, que soy acreedor á él.»

« Y nuestro gefe, querida mamá, *no es de aquellos que á dos tirones* conceden nota de buena comportacion, sin haberla él presenciado al frente del enemigo.»

« Me dice, que sostenga con dignidad el nombre y los galones que llevo. Pierda cuidado!

« *Ningun oficial de mi Cuerpo ha de llegar primero al reducto que se indique tomar á nuestro Batallon.*»

Y para formar un noble contraste al lado de tan bella frase estampa esta otra no ménos bella:

« Sé, querida mamá, lo que es el soldado entre nosotros. Hace año y meses que estoy en el cuerpo, y *jamás he tocado con mi espada á soldado alguno.*»

Y sin embargo de esta nobleza que pudiera tomarse en otro por debilidad de carácter, Fran-

cisco era respetado á la vez que querido entre sus soldados.

Porque la altura de su carácter, y su energía en el cumplimiento del deber, sabian conquistarle respeto y aprecio.

Por eso es que en todos los peligros á Francisco no le faltó soldados que lo ayudasen, como sucedió en el ataque á Corrientes el 25 de Mayo del año 65, y en el de Curupaity el 22 de Setiembre del 66.

Y aquí tiene su lugar la palabra austera del padre, que guia á su hijo en el camino del porvenir.

La circunstancia de llorar hoy la pérdida de uno y otro nos hace publicar, una carta, que con fha. 5 de Setiembre, escribia á Francisco, el Doctor Paz.

Esta carta no llegó á sus manos—La Providencia, como dice el General Paunero al devolverla lamentando su pérdida, habia dispuesto de otra manera.

«No basta que mandes la compañía de Granaderos. Es menester algo mas:»

«Es preciso mandarla bien, y conocer y llenar los deberes del Capitan. Ya que te veo aficionado á la milicia, es necesario que trates de serlo en regla.»

«Á mas del valor y de la honradez, se necesita la inteligencia.»

«El tiempo, que los militares viciosos pierden en calaveradas, debes emplearlo en leer, y leer sobre todo la historia.»

«En la vida de los grandes Capitanes se aprende á ser verdadero militar.»

Y á fé que el consejo era dirigido á quien como hemos visto sabia darle todo su valor.

V.

¡Llegamos á la mas luctuosa página de la campaña del Paraguay!

El 11 de Setiembre, recibió el Ejército Argentino órden de marcha.

Á la oracion de ese dia las columnas se pusieron en marcha, yendo á embarcarse en el Rio Paraguay al costado de la desembocadura de la Laguna Piris.

Á la mañana siguiente desembarcaba en el fuerte Curuzú, conquistado pocos dias antes, por el 2.º Cuerpo del Ejército Brasileiro, á las órdenes del entonces baron de Porto-Alegre.

Los dos cuerpos del Ejército Argentino fueron á ocupar el costado derecho de la línea,

formada en un angosto pedazo de tierra, teniendo á su espalda el Rio Paraguay; á la derecha un espeso monte, y un ancho estero; á su izquierda el Ejército Brasileiro, que se apoyaba en la Bateria Curuzú, y á su frente las líneas atrincheradas de Curupayty.

Asi permanecemos hasta el dia 17, sufriendo todas las penurias consiguientes á los que marchan sin mas que con lo puesto.

Viveres no habia mas, que la mala carne salada, y galleta apolillada que se repartia diariamente.

Preparados á llevar el asalto, estaban prontas las escaleras, faginas, etc.

El 17 á las nueve de la mañana se emprendió un reconocimiento, bajo una tremenda tormenta de agua y de viento.

Nuestras columnas se aproximaron hasta encontrarse bajo los fuegos de los cañones enemigos. Los paraguayos, que estaban léjos de esperarnos, se sobresaltaron y rompieron un nutrido y nada certero fuego de cañon, que revelaba la precipitación que les habia ocasionado nuestra visita.

Llenado el objeto de esa marcha, retrocedimos al Campamento, en el que permanecemos entre el agua hasta el 20, en que desapareciendo

la tormenta nos cubrió un cielo límpido y sereno.

Amaneció por fin el 22 de Setiembre; y sus primeros albores fueron saludados con el himno nacional, entonado por todas nuestras bandas de música.

La ansiedad era inmensa.

El mas pronunciado entusiasmo animaba el corazon de cada uno de nuestros soldados.

Atacar la formidable fortaleza y posesionarse de ella, era una conviccion que estaba en la conciencia de todos—Ningun obstáculo parecia bastante á detener la marcha victoriosa; y un insensato hubiera sido el que dudára del éxito esperado.

A las nueve de la mañana las columnas de ataque emprendieron su marcha, ocupando cada cuerpo el puesto que tenia designado.

El enemigo, que estaba sobre aviso, saludó la aparicion del primero de nuestros batallones, con una lluvia de proyectiles, que no debia cesar hasta las cinco de la tarde.

Llegado el instante supremo, á las doce del dia, el Corneta del General en Gefe, que tantas veces señaló el momento de poner á prueba el heroismo de los soldados del General Lavalle, hizo escuchar el toque de *¡atencion!*

Su eco metálico resonando en cada uno de los corazones, pareció dar impulso á esa inmensa ola humana, que se llama Ejército, y que en masa compacta, como un solo hombre, se lanzó con denuedo y bizzarria sobre las fortificaciones.

Las balas, bombas y metrallas llovian sobre el pecho descubierto de nuestros valientes soldados, que sin embargo seguian adelante.

Bien pronto nuestras legiones estaban diezmadas; los claros abiertos en nuestras filas era imposible ser llenados, y las formidables sanjas guarnecidas con inespugnables *abaties* cerraban de un modo inquebrantable el paso de los que hasta entonces habían ido adelante á marcha de vencedores!

Es entonces que principia lo horrible del sangriento drama.

El honor militar exige permanecer firmes mirando la muerte con ánimo sereno; y no retroceder hasta que la órden de retirada se haya recibido!

Es en este instante que se necesita valor, pero el valor heróico del mártir, para esperar morir sin esperanza de herir al adversario, que se guarece tras de sus muros!

Y es ahí donde cayó Francisco Paz, atra-

vesado por DOS BALAS; una en el pecho y en un brazo la otra.

Caído, envuelto en su propia sangre, debilitado por el cansancio y las heridas, Francisco no piensa en él; un cabo, Gregorio Rodríguez, acude en su apoyo, y blandiendo una espada, que su brazo apenas sostiene ya, el arrogante Granadero, esclama haciendo un esfuerzo supremo:

—Adelante! que el toque es de carga.

Todo esfuerzo era estéril.

El Dios de la victoria no batía sus alas sobre la frente de los soldados de la patria.

La mano de la fatalidad habia decretado el contraste que si bien debia contrariar el plan de campaña, no era bastante á empañar el lustre de nuestras armas, que entonces mas que nunca brillaron con honor.

Pudo repetirse la célebre frase: ¡Todo se ha perdido menos el honor!

La órden de retirada fué dada.

Nuestros soldados tuvieron que ceder el campo conquistado con tanto sacrificio.

Nuestras banderas retrocedieron, pero no arrolladas, sino erguidas, flameando bien alto, y provocando al enemigo á que saliera de sus murallas!

Pero este comprendió, que batiéndose á pecho descubierto, habia de serle arrancada una victoria por él obtenida á tan poca costa.

En medio de la confusion consiguiente á una retirada bajo el mortífero fuego de cincuenta piezas de artilleria, hubo una mano generosa que alzára al que momentos antes daba el ejemplo del valor, y que ahora caido, necesitaba ser levantado.

El cabo Gregorio Rodriguez escuchando la noble voz de su corazon, y respondiendo al cariño que su Teniente le inspirára, se detuvo y alzóle en hombros llevándole hasta abordo.

¡Noble compañero de fatigas y de gloria del infortunado Francisco, quede consignado tu nombre, y recibe una palabra de gratitud en premio á tu abnegacion!

Francisco, acompañado siempre de Rodriguez, fué conducido á Corrientes en cuyos Hospitales debia atendersele; pero el Doctor Orozimbo Muñoz Barreto, noble cirujano del Ejército Brasileiro, le llevó á su casa habitacion.

Este ilustre soldado de la humanidad, atendió allí con todo esmero á su huésped, y si desgraciadamente la muerte frustró sus esfuerzos y los de sus demas compañeros, no fué por falta de ciencia ni de voluntad.

¡La hora fatal estaba marcada en el cronómetro infalible del destino!

El 26 de Setiembre á la madrugada exhaló Francisco el último suspiro, en los brazos del fiel Rodriguez y de su primo hermano Francisco Bosch, que del Ejército vino á Corrientes en busca de su amigo herido.

Francisco desapareció con la sonrisa en los lábios, balbuciendo el nombre de muchos de sus soldados.

Buen hijo, no olvidó á su querida madre. Era su consuelo estrecharla entre sus brazos y recibir su postrer adios!

.....

Así se apagó esa vida, que tan bello porvenir ofrecía á su patria y á su familia.

Sus restos fueron embarcados en el vapor *Rio de la Plata*, llegando á Buenos Aires el 7 de Octubre, día en que desembarcaron á las 4 de la tarde.

Francisco era generalmente querido por todos los que le conocían—¡Era tan bueno! ¡Tenía un corazón tan generoso y tan leal!

Los estudiantes de la Universidad y particularmente los del Colegio Nacional acordaron tributar el homenaje que el héroe merecía.

Al efecto se nombró una comisión, que ar-

reglára todo lo necesario para llevar á cabo la idea, haciéndola comun para Francisco Paz, y Domingo Sarmiento, su compañero de infortunio.

Describir lo que tuvo lugar, seria repetir las detalladas descripciones que se publicaron en la prensa; tanto mas cuanto que el que escribe estas líneas no lo presenció.

El lector la hallará transcripto al final de este libro.

VI.

Hemos bosquejado la fisonomía moral, del niño mártir, que jamás abrigó en su corazón un sentimiento que no fuera generoso, ni sintió bullir en su mente algo que no fuera una noble idea.

La patria, al recojer el último aliento de su vida, rendida en sus aras, ha colocado sobre su sien la corona de la inmortalidad.

Los amigos han erjido en su pecho un altar en que se hallará perenne su melancólico recuerdo.

La madre desolada aun llora al hijo perdido, cuyo vacío no se llenará jamás en el hogar.

La generacion, que se levanta, recordará con entusiasmo el patriotismo de su compañero de infancia,—y en los dias de prueba que le aguarden, su sombra querida sabrá retemplar el espíritu, señalando el camino del deber, en que irradiará la aureola de gloria, que ciñe la sien del *generoso mártir, Francisco M. Paz!*

BONIFACIO LASTRA.

Abril de 1869.

BAUTISMO DE SANGRE

DE

PORTELA Y PAZ.



ASALTO EN CORRIENTES EL 25 DE MAYO DE 1865.

PAZ Y PORTELA

Heridos.

La circunstancia de haber salido juntos á campaña Julian Portela y Francisco Paz, y la de haber sido heridos en el primer combate en que se hallaron, nos obliga á presentarlos unidos en este lugar.

Despuës tendremos que separarlos;—la muerte así lo quizo, arrebatando al desgraciado Julian del lado de su compañero de carpa, del no menos infortunado Francisco.

Por creerlo innecesario no reproducimos en este libro algunas leyes dictadas por el Congreso, acordando honrosos premios á las tropas argentinas que tan heroicamente se batieron en el Paraguay.

Nos basta referirnos á ellas, para dejar constado como en sus disposiciones se hallan comprendidos los compañeros de quienes nos venimos ocupando.

A nuestro amigo Julian Portela le corresponde, segun esas leyes,—1.º la *Medalla de plata* del 25 de Mayo de 1865,—«ataque á Corrientes,» por ley de 19 de Agosto de ese mismo año;—2.º la *Medalla de plata* destinada á los que terminaren la guerra, por ley de 28 de Setiembre de 1866; y 3.º el *Cordon de plata* de la batalla del 24 de Mayo de 1866, «en Tuyuty» por ley de 5 de Octubre de 1872.

Nuestro hermano Francisco es acreedor, no solo á las *dos Medallas*, y *al Cordon* que le corresponden á Portela, sino tambien al *Escudo de plata*, acordado, por ley de 5 de Octubre de 1872, á los que tomaron parte en el asalto á «Curupayty» el 22 de Setiembre de 1866.

Nuestro amigo Timoteo Caliba solo tiene el *Cordon* de la batalla del 24 de Mayo, y la *Medalla* por la terminacion de la guerra.

La publicacion que hacemos en esta seccion de algunas cartas inéditas, tiene el mismo objeto que nos propusimos al arreglar estas páginas;—pues ellas honran altamente á nuestro hermano, por los términos en que están concebidas, y por haber sido escritas por el bravo Coronel Juan B. Charlotne, que fué su gefe y su maestro en los campos de batalla, su compañero y amigo en las victorias y en la muerte.

P.

Patriotismo.

Don Francisco Paz, jóven de 19 años (hijo del Vice-Presidente), estaba próximo á pasar á Londres á seguir sus estudios de Injeniero, pero habiendo juzgado poco decoroso el hacer este viaje en momentos en que la Patria ha recibido un alevoso insulto de parte del estúpido paraguayo Lopez, y queriendo incorporarse al Ejército, se ha ofrecido voluntario para marchar á campaña.

El Presidente de la República apreciando debidamente tan jeneroso patriotismo ha destinado al jóven Paz á la «Lejion Militar.»

(Nacion Argentina.)

Carta de un valiente.

Nuestros jóvenes voluntarios nos traen á la memoria épocas de gloria.

Parece que se batan con la sonrisa en los labios, y el fuego en el alma.

Uno de ellos, que en medio de la lucha cayó herido llevando la bandera de iá «Lejion Militar», el bravo jóven Francisco Paz, escribe á su señor padre, el Dr. Don Márcos Paz, la siguiente carta:

«Querido tata:»

«Hoy desembarcamos en Corrientes, y hemos batido al enemigo.»

«Estoy herido, pero levemente;—la parte maltratada está un poco mas abajo de la canilla.»

«Julian Portela, le dará detalles sobre esta accion, que tambien vá herido.»

«Estoy muy pobre.»

«Su hijo»

«Francisco M. Paz.»

Aprendan los paraguayos, como se espresan nuestros voluntarios, que aun pueden llamarse niños.

Con jóvenes de este temple, podemos ir muy lejos.

Cartas.

Publicamos con gusto á continuacion las dos cartas que se han recibido del Comandante Charlone, haciendo justicia á la noble y heroica conducta del Teniente Portela, y del Abanderado Paz.

Abordo del Pavon, 27 de Mayo de 1865.

Al Sr. Vice-Presidente de la República Coronel D. Márcos Paz.

Muy Sr. mio:

Me apresuro á participar á vd. con sumo sentimiento, que el jóven D. Francisco Paz, hijo de vd., tuvo que sufrir de una herida en una pierna el dia 25 del corriente, lo cual me obliga á remitirlo á esa en el vapor «Pampero.»

Respecto de la conducta observada por ese jóven en el campo de batalla, debo decirle, que ha sido ejemplar; ha peleado con arrojo, y defendido el Estandarte que le he confiado con el máximo valor, hasta que las fuerzas no le permitieron seguir mas.

Con este motivo me permito saludar á vd. muy affmo.

JUAN B. CHARLONE.

Abordo del Pavon, Mayo 26 de 1865.

*Sr. Ministro de Guerra y Marina, General
D. Juan A. Gelly y Obes.*

Estimado General :

Aunque he escrito á V. E. con esta misma fecha, necesito llenar un deber de justicia y así me permito escribirle de nuevo.

El Teniente Portela se ha conducido en el combate que hemos tenido de una manera heroica: al ver herido al abanderado del batallon tomó la bandera, y aunque herido él á su turno; permaneció siempre á mi lado hasta entrar á la Plaza.

JUAN B. CHARLONE.

(La Tribuna.)

Un episodio de la jornada del 25.

En lo mas reñido del combate y cuando nuestros soldados peleaban cuerpo á cuerpo, se hallaba el Teniente Julian Portela con ocho hombres de la « Lejion Militar » próximo á un zanjon, á cuyo lado opuesto se encontraban como sesenta paraguayos.

Un Capitan hizo señas al Teniente Portela para que se retirára, pero éste creyó que era para cargar á los enemigos, y acto continuo

se fué sobre ellos espada en mano, y allí fué derribado de un balazo y un bayonetazo.

Los soldados que no lo habian seguido, dejándolo solo en tan terrible lance, así que le vieron caer atropellaron á los paraguayos y los pusieron en vergonzosa derrota en los momentos en que el Teniente Portela iba á ser ultimado.

Dos de los soldados de Portela murieron como unos héroes.

Así se salvó el Teniente Portela de una muerte segura.

(El Pueblo)

Parte del Comandante Charlone.

Comandancia de la « Lejion Militar. »

Campamento en San Lorenzo

Mayo 29 1865.

*Al Sr. Coronel Gefe de la Infanteria de la
1^a Division D. Ignacio Rivas.*

En cumplimiento de la órden general que así lo dispone, doy á V. S. el parte detallado del combate del 25 del corriente, en la parte que en él tomó el cuerpo de mi mando.

A las tres de la tarde del día 25 de Mayo, recibí orden de poner en tierra al batallón de mi mando en el lugar denominado Plazuela de la Bateria, en la ciudad de Corrientes; y cuando tenía desembarcada la 6.^a compañía, ví que el enemigo con dos batallones pasaba un puente que separaba los suburbios de la población del cuartel denominado Bateria; desplegué, pues, dicha compañía en guerrilla y mandándola personalmente, me ví al frente de dos batallones que rompieron un fuego vivo y mortífero sobre mi guerrilla; en este estado crítico, mandé cargar, para impedir el paso del puente al 3.^{er}. batallón enemigo que empezaba á pasarlo, y conseguí llegar hasta el cuartel mismo, arrojando á los batallones enemigos y obligándolos á desalojar el puesto que ocupaban y arrojarse al puente ó al arroyo, haciendo sin embargo ellos un mortífero fuego en retirada.

Llegado al cuartel, el choque se hizo casi personal á punto que yo mismo recibí un hachazo en la cabeza, dado por un Oficial paraguayo, siendo entónces defendido por el Sargento 2.^o de la 1.^a compañía Mariano Torres, que recibió un balazo en un brazo; por el Sargento 2.^o de la sexta, que recibió tres balazos, Antonio Guido; por el cabo de la 5.^a

compañía, Esteban Borsini, que recibió once ballonetazos; por el soldado del batallón 1.º de línea Miguel Torres, herido con cinco ballonetazos; por el Sargento 1.º de la 3.ª Luis Boisnard; y por mi tambor y trompa de órdenes, Carcano é Irigoyen, que no me abandonaron un solo momento.

Me hallaba sufriendo el fuego mortífero de tres batallones que guarecidos en los cercos, en el puente y aun en el arroyo, con el agua á la cintura, no cesaban de tirar y se disputaban á palmo el terreno, haciendo estragos tambien en mi reserva, compuesta de dos Compañías al mando del Mayor Sagary, cuando el Sr. Coronel Rivas, acudió con el batallón 3.º en mi proteccion, y habiendo cargado al puente, hizose general el combate hasta el completo desalojo de su posicion por el enemigo y su total retirada.

A mas de las clases de tropa que dejo recomendadas, es mi deber, citar muy en particular, al bravo capitan de la 6.ª Compañía Don Agustin Valerga, que peleó como un héroe, aun despues de recibir una peligrosa herida de bala; *á mi Ayudante el Teniente Portela, herido en ámbos brazos sin abandonar la bandera del Batallón, que tomó despues de*

ser herido el abanderado Don Francisco Paz, que habia combatido con un valor poco comun, haciendo ambos flamear la bandera del Batallon, allí donde era mas duro el fuego.

Réstame solo manifestar á V. S., que en general, todos los Oficiales de mi mando han llenado dignamente su deber en el peligro.

Dios guarde á V. S:

JUAN B. CHARLONE.

(La Tribuna.)

Correspondencia.

Campamento, Julio 3 de 1865.

Sr. Don Francisco M. Paz.

Apreciado Abanderado:

Me es lisonjero esperar que vd. al recibir la presente, se hallará sinó del todo restablecido de su honrosa herida, al menos muy aliviado. Así es que deseo recibir lo mas pronto sus importantes noticias, que me dejen esperar de poderlo ver incorporado á su cuerpo, ocupando el honorífico cargo que está á Vd. designado, y que supo defender en el ataque á Corrientes.

Debe, pues, hacer lo posible de volver pronto al Batallon: — en esta esperanza saludo á Vd.

Muy affmo.

JUAN B. CHARLONE.

Campamento en marcha, Julio 8 de 1865.

Sr. Don Francisco M. Paz.

Estimado amigo:

Contesto á su apreciable y fina carta del 25 del pasado.

Me ha sido muy sensible saber que su herida le hace aun sufrir y que tardará su curacion, tanto por el interés que por Vd. me tomo, como porque un jóven como Vd. es siempre útil en un cuerpo en los dias de conflicto.

Cuento y he contado siempre en que estaremos juntos en la lucha, y lo espero con impaciencia.

Yo estoy completamente sano de mi herida, que como Vd. sabe fué leve.

Sin mas, ordene á su servidor y amigo

JUAN B. CHARLONE.

Ensenaditas, Enero 15 de 1866.

Sr. Don Francisco M. Paz.

Querido y estimado amigo;

Tengo á la vista su apreciable carta.

.....

Por lo que respecta á su incorporacion, yo no tengo inconveniente en permitirle me sirva de Ayudante, y que por consiguiente, pueda Vd. usar del caballo. Sin embargo, yo le aconsejo como amigo, que procure consultar antes de todo sus comodidades, pues si Vd. no se hallare completamente restablecido, podria ésto perjudicar muy seriamente su salud.

Esto, como anteriormente he dicho, le aconsejo como amigo, que por lo demás, Vd. no dudará tendré infinito placer que me acompañe en el primer encuentro que tengamos con el enemigo.

Me repito de Vd. su Affmo. y S. S.

JUAN B. CHARLONE.

FALLECIMIENTO
DE
CALIBA, PORTELA Y PAZ.

LA PRENSA TRIBUTA UN HONROSO HOMENAJE Á SU MEMORIA.

TIMOTEO CALIBA.

El «Correo del Domingo» trae hoy en sus páginas una sombra querida, que rodeada del prestigio de la virtud y la inteligencia, remontó hace tiempo el vuelo á las rejiones serenas del infinito, orlada su frente con la gloriosa aureola del martirio.

El 25 de Mayo de 1866, el sol que alumbró la faz radiante de los primeros libres del Plata, derramaba su luz sobre el ensangrentado campo de una batalla. Los hijos del pueblo heroico, habian sentido sobre su mejilla inmaculada, la mano ruda de un déspota y prodigaban sin medida su sangre jenerosa para lavar la afrenta, ofreciendo el holocausto de preciosas vidas en las aras de redencion de sus hermanos.

Los écos de la victoria apenas apagaban los ayes del herido, y el sol de nuestras glorias siempre fiel, resplandecía sobre la frente de los héroes que respetó la muerte. Bajo su luz brillante, descendian á la tumba, entre los pliegues de la bandera azul y blanca, los restos de un amigo, que fueron el santuario de una alma noble, de una inteligencia privilegiada, de un corazon templado en la abnegacion y el sacrificio. Timoteo Caliba habia caido, como otros muchos mártires, herido de muerte por el plomo traidor.

Muy breve es en verdad la historia del hombre cuando solo contiene en sus modestas páginas un nombre honrado por la virtud y el talento, pasado ennoblecido por el trabajo, un porvenir colmado de esperanzas, y el sacrificio de la vida en aras de su fé. Pero ella encierra ciertamente, el mas elocuente ejemplo. De cuanto respeto no debemos rodear la memoria de un ser que apenas se presenta á la vida para inscribir su nombre con sangre, en la lista de los heróicos mártires de la Patria!

Timoteo Caliba, pertenecia á esa juventud entusiasta y viril que se levanta en las aulas á la altura de las mas brillantes inteligencias, que vivaquea en los campamentos republicanos

con la espada en una mano y la pluma en la otra, y que ha de llenar mas tarde con los ecos de su voz independiente, con la fama de sus hechos esclarecidos todos los ámbitos de la República.

En la escuela de los Clubs y de la política, aprendió á amar á su pátria mas que á sí mismo. Estudiante de Jurisprudencia en la Universidad de Córdoba cuando estalló la guerra con el déspota del Paraguay, cambió, como tantos otros, sus libros por la espada, y acudió de los primeros al llamado de la Pátria.

Corazon lleno de nobleza, solo daba cabida á grandes pasiones; con igual fuerza latía á impulsos del patriotismo y de la amistad.

Fué buen ciudadano, aventajado estudiante, amigo leal, militar valiente y pundonoroso.

Tan nobles prendas, tan caras esperanzas no respetó la muerte! Timoteo Caliba yace en la tierra inhospitalaria que regó con su sangre jenerosa. Pero su memoria vive en el corazon de sus amigos, y ocupa un lugar preferente en el aprecio de sus conciudadanos!

JORGE DIEZ GOMEZ.

(Correo del Domingo.)

Timoteo Caliba.

La nueva generacion vá sellando con su sangre, la noble obra de sus padres.

Ayer Boneo, Diaz, Ferré, y tantos otros jóvenes todos, que marcharon voluntarios, al primer llamado de la pátria, caian como héroes envueltos en la bandera de Mayo.

Hoy con el dolor, que causa la pérdida de un amigo querido, debemos consignar en el catálogo de los mártires de la Pátria el nombre de Timoteo Caliba.

Jóven intelijente y patriota, al iniciarse la guerra abandonó las aulas de la Universidad de Córdoba, (donde seguia su curso de Derecho) para ceñir una espada y marchar hácia donde su corazon entusiasta y ardiente lo arrastraba.

Hijo de Catamarca vino desde sus primeros años á Buenos Aires en donde recibió su primera educacion, mereciendo el aplauso de sus primeros profesores y condiscípulos por su contraccion é intelijencia.

Obligado á ayudar al sosten de su familia, procuró ocupar algun puesto, sin por esto descuidar sus tareas de estudiante.

Entonces sus horas de descanso las sacrificaba al estudio, y el cansancio apenas podia

doblegar su cabeza; ¡tanto era la fuerza de voluntad de esa alma noble y generosa!

Mas tarde, exigencias de familia le obligaron á abandonar una carrera que le prometia un hermoso porvenir, y volvió á la provincia de su nacimiento.

Allí desempeñó varios empleos públicos, hasta que últimamente siendo Secretario de la Legislatura, tuvo que fugar de la provincia; (como muchos Diputados y vecinos honrados) á fin de escapar de las manos del gobernador Maubecin, quien los perseguia por estar complicados, en una de las tantas revoluciones que se han forjado durante su borrascosa administracion.

Llegó entonces á Córdoba; y allí ingresó á la Universidad, en donde como hemos dicho anteriormente, se hallaba cuando el gobierno del Paraguay, infirió á la República la ofensa que la ha puesto en armas, obligada á defender su honra y su territorio.

• Como militar su conducta durante la campaña le ha granjeado el aprecio y consideracion de todos sus superiores y compañeros.

Así al dar su último suspiro, el corazon de un viejo veterano, como el Coronel Dominguez, (corazon templado al calor de los combates) ha dado expansion á su dolor, y sus

bronceadas mejillas han sido humedecidas por gruesas lágrimas, que en vano pretendia detener.

Es que no solo perdía un excelente oficial, que jamás habia merecido una reconvencion, sino que lloraba la falta de un amigo, de un hijo, de un jóven de gran corazon.

Su contraccion, exactitud en el servicio, disciplina y moralidad le merecieron obtener bien pronto el empleo de Teniente 1° de la compañía de Cazadores; y cuando cayó en el campo de batalla á la cabeza de su misma compañía, hacia ya algun tiempo que estaba propuesto para capitán de la misma.

Nuestro malogrado amigo no tuvo la satisfaccion de usar el nuevo distintivo, si bien llevó á la tumba en su conciencia la de haberlo merecido.

Con la muerte de Caliba hemos perdido un jóven de esperanzas inmensas para la patria, para su familia y para sus amigos.

Gran corazon, talento, energía, patriotismo, desinteres, contraccion; hé ahí los primeros dotes, que resaltaban en él.

La Provincia de Catamarca especialmente debe llorar la pérdida de un hijo que la hacia honor, y que en el porvenir le hubiese sido de gran utilidad.

Modesto hijo del pueblo, sus ideas y sentimientos eran siempre inspirados en los principios mas nobles de la democrácia.

Parecia estar llamado á desempeñar un gran rol en su pais; mas la fatalidad ha dispuesto lo contrario.

En el combate del 24 habia recibido un balazo en el vientre; inmediatamente fué socorrido por el distinguido Doctor D. Francisco S. Soler.

Su herida era mortal. En vano el cirujano, con un anhelo y contraccion que le honra sobremanera, pasó casi todas las horas de la noche, prodigándole los cuidados de la ciencia!

Junto con los primeros albores del sol del 25, Timoteo Caliba espiraba con la serenidad del héroe, que ha rendido su vida por la mas santa de las causas.

Su nombre será inscripto en el panteon de los nombres ilustres, y su memoria ocupará siempre un lugar en el corazon de su patria.

Por lo que toca al Gobierno, le señalaremos únicamente una familia que en estos momentos se vé doblegada por el peso de tamaña pérdida, y por la falta del apoyo único para su subsistencia.

Timoteo Caliba ha caído con honor en el campo de batalla; es de justicia, que se dé una pensión á su familia.

Mas hay aun otro deber que cumplir, y para ello nos dirijimos á los estudiantes de Buenos Aires (condiscipulos y compañeros de nuestro malogrado amigo) y á la juventud toda.

Hágase en su honra un modesto funeral costeadó por una suscripcion, que puede recojerse en pocos dias en la misma Universidad.

Los jóvenes, que tan patriotas se mostraron al iniciarse la guerra, no pueden ser indiferentes á la memoria de un noble compañero.

Eso seria renegar de las manifestaciones hechas un año há, y no esperamos esto de la generosa juventud de Buenos Aires.

En los pueblos republicanos la recompensa mas grande que puede haber la virtud, es la consideracion y las demostraciones de respeto de los que sobreviven.

Esto es lo que pedimos: una manifestacion de los estudiantes en honor del tan malogrado como valiente Teniente Caliba.

La patria jamás es injusta con sus buenos hijos.

B. LASTRA.

Campamento, Mayo de 1866.

(El Pueblo.)

Timoteo Caliba!

Los grandes triunfos alcanzados por las armas de la libertad tienen siempre su contrapeso.

Si bien contribuyen á cimentar mas y mas el reinado del órden y las instituciones, nos cuestan siempre pérdidas sensibles, que hiéren profundamente el corazon.

¡Cuanto jóven muerto, cuando recien empezaba su vida!

Diaz, Ugalde, Boneo, y otros jóvenes de grandes esperanzas, son otros tantos pedazos arrancados al dolorido corazon de la Patria.

El combate del 24 de Mayo, nos ha hecho experimentar grandes dolores.

Matias Rivero, Pagola, Basabilvaso, militares de grandes esperanzas, figuras espectables, de valor á toda prueba, caen luchando heroicamente en aras de la libertad de su Patria.

Y como si eso fuera poco, el vapor últimamente llegado del ejército, nos trae otra triste noticia, la muerte de un jóven patriota que se presentó para marchar voluntario, apenas conoció el ultraje inferido á nuestra bandera por el déspota paraguayó.

El Teniente 1° del Regimiento «Córdoba», Timoteo Caliba, murió en el combate del 24 de Mayo.

Recibió un balazo en el vientre, que lo llevó al sepulcro en la madrugada del día 25.

Caliba fué por algunos años estudiante en nuestra Universidad, y su muerte ha sido sumamente sentida por sus condiscípulos, que le conocieron, siempre asiduo y contraído á sus estudios.

Estos, apenas supieron esa triste noticia, concibieron el pensamiento de hacer un funeral á la memoria de su antiguo compañero de tareas.

Será un funeral modesto, pero él dará un testimonio del dolor que los domina.

A este efecto, están levantando una suscripción.

Caliba era la esperanza de su familia, muerto él han muerto también esas esperanzas, y el Gobierno que no debe olvidar las familias pobres de aquellos que, como Timoteo Caliba, rinden su vida por la Patria, debe hacer algo por ella.

Como antes dijimos, Caliba era voluntario, pues dejó los libros en la Universidad de Córdoba, para trocarlos por la espada del combatiente, y esto es una gran recomendación para que el Gobierno no olvide á sus deudos.

Caliba apenas contaba 23 años, era joven, de

inteligencia y patriota; inscribamos, pues, su nombre en la lista de los mártires de la libertad. C.

(La Tribuna.)

**Al Capitan graduado del 2.º Batallon de
Córdoba D. Timoteo Caliba.**

Muerto en el combate del 24 de Mayo.

¡A la lid! á la lid ha llamado
El honor de la patria ofendida
Inmolando su amor y su vida
Ha volado el patriota á la lid....
Al combate arrojándose osado
Vé dos veces su sangre vertida
Mas, gustoso contempla su herida
Que el soldado sonrie al morir.

Pronto vuelve á la lucha tremenda:
De sus bravos guiando el acero
Al combate se lanza el primero,
Todos siguen su huella triunfal.
Que su ardor no hay ardor que no encienda
¡Mas oh Dios! al vencer el guerrero
Ha caído...y su aliento postrero
En ofrenda á la patria lo dá....

¡Compañeros, amigos en llanto
Del hermano que os roba la suerte,
La victoria ensalza y la muerte
Que su vida y virtud coronó!....
No busqueis con asombro y espanto,
¿Como el pecho que ardia tan fuerte
¡Ah! tan pronto quedó frío inerte,
Cómo el héroe Caliba cayó?....

¡Espiró....ya por siempre reposa
Su grande alma entusiasta en el cielo,
Mas no aun ha cesado su anhelo
Por la patria que supo servir:
¡Sea grande, feliz, victoriosa,
Á Dios pide ardoroso su celo,
De la calma, esperanza, consueño
De los suyos al hondo gemir!

¡La ambicion de la fama ilusoria •
De su pecho no obtuvo un aliento.
Ciencia solo, virtud, sentimiento
Fué su sueño, su gloria y su amor!
Mas su nombre ha grabado la historia
De la patria en el gran movimiento,
No lleveis ¡no! á su tumba el lamento,
Sino palmas y cantos de honor!

R.

(Nacion Argentina)

El jóven Timoteo Caliba.

El ardoroso y valiente comandante de la compañía de Cazadores del Regimiento «Córdoba,» ha caído exánime en la batalla del 24 de Mayo, rindiendo su vida en holocausto de la gran causa de la redención del Paraguay.

El jóven Caliba era un aventajado estudiante que suspendió su carrera cuando el grito de la Patria resonó por toda la República, llamando á todos sus hijos para reunirlos en rededor de su bandera, ultrajada villanamente por el despota paraguayo.

. Argentino de corazon, sintióse poseido de la santa indignacion que se engendra en las almas nobles y generosas, y abandonando las tareas escolares, cuando ya estaba por terminarlas, no se acordó de su porvenir, sino del de su patria; y á las borlas del doctor, prefirió ceñirse una espada, para luchar con ella por la independencia y la gloria de su patria.

El hilo de la existencia de esa alma, grande aunque jóven, se ha cortado en la gloriosa jornada del 24, cayendo solo él en los momentos en que el Regimiento «Córdoba» detenía el empuje de los paraguayos.

Si la abnegacion y el patriotismo son títulos

suficientes para merecer bien de la patria y la gratitud nacional, Timoteo Caliba los ha conquistado, quizá como ninguno; y su memoria debe ser recordada con orgullo por todos, y especialmente por el Gobierno de la Provincia, quien debe mandar tributar los honores correspondientes, al valiente oficial que honró con su caro sacrificio los antecedentes de la gloria de la Provincia de Córdoba.

Esperamos, pues, que se cumplirá con este sagrado deber, y que no será el *indiferentismo* el que venga á helar con su tibieza el fuego que aun existe en los que como Caliba, ofrecen su vida en holocausto de la Patria.

(La Discusion.)
Provincia de Córdoba.

¡Uno menos!

El contingente con que la Provincia de Córdoba ha contribuido, para la formación del Ejército Nacional en campaña ha recibido su bautismo de sangre en la gloriosa jornada del 24 del actual.

De entre sus filas cayó para siempre, tan solo uno de sus oficiales.

Timoteo Caliba, el inteligente y modesto es-

tudiante, que un año há abandonaba las aulas para ceñir la espada en defensa de la patria agredida;

Timoteo Caliba, el jóven generoso y de corazon ardiente, que supo posponer al brillante porvenir que le esperaba, los azares de una guerra larga y sangrienta pero santa;

Timoteo Caliba, en fin, el amigo cariñoso y desinteresado cuyo corazon estaba siempre abierto para el amigo, y cuyas virtudes pudieron apreciar todos los que le conocieron, ha caido el 24 de Mayo al pié de la bandera que Córdoba entregára en manos del Batallon que lleva su nombre.

Poco hacia que acababa de llegar á esa ciudad, y si bien sus tareas eran muy distintas de las rudas fatigas del soldado, cuando sintió el bofeton que una mano aleve lanzó sobre el rostro de su patria, el rubor subió á su mejilla, y sublevándose en sus venas su generosa sangre, una fué su palabra—*marcho á campaña*.

Sin mas ideas ni sentimientos que los que inspira el puro patriotismo, pronto le vimos instruyendo los soldados, que un año despues habian de rodearlo, al bañar él con su sangre esta tierra esclavizada y árida hasta hoy á la civilizacion y á la humanidad.

Timoteo Caliba ingresó al servicio el 27 de Mayo de 1865, con el empleo de Subteniente, en cuyo grado mostró, durante toda la campaña, un celo, actividad, inteligencia, energía, moralidad y disciplina, que muy en breve llamaron la atención de sus gefes, cuyas lágrimas se han confundido con las de sus amigos, en su tumba.

A mediados de Diciembre fué ascendido al empleo de Teniente 1° conservando siempre el mando de la compañía de cazadores, á cuyo frente se encontraba desde Córdoba.

Su ascenso, lejos de enorgullecerlo, lo obligó por el contrario, y así lo vimos, cuando el ejército se preparaba para el pasaje del Paraná, enfermo gravemente, estar siempre listo para el servicio y lamentarse únicamente por la debilidad de sus miembros, en esos momentos.

Tal ha sido Timoteo Caliba como soldado; siempre el primero en el cumplimiento de sus deberes: así que recientemente habia merecido ser propuesto para capitán de la compañía, á cuyo frente cayó herido por el plomo del enemigo.

Hoy no nos queda, sino lloñarlo, y honrar su ilustre memoria, cual debe todo pueblo con sus leales y buenos servidores.

Córdoba tiene una deuda que satisfacer; y es esto lo que vamos á pedirla.

Caliba era estudiante y de las aulas salió para marchar á los campamentos: haga la juventud una demostracion en honor del compañero, que representándola (aunque hijo de otra provincia) ha caido con gloria en el campo de batalla.

Reúnase, levante una suscripcion y hágale un modesto funeral, al que deben asistir todos los estudiantes y los buenos patriotas.

El Gobierno de la Provincia tambien está en deber de ordenar se le hagan los honores fúnebres, correspondientes á su grado militar.

Inclinemos nuestras cabezas ante los altos designios de la Providencia.

¡Conservemos en el corazon el recuerdo de una de las nobles y malogradas víctimas del 24 de Mayo!

¡Honor eterno á su gloriosa memoria!

B. LASTRA.

Campamento, Mayo 28 de 1866.

(*Eco de Córdoba.*)

(Provincia de Córdoba.)

¡ Caliba !

Hace pocos dias la noticia de un espléndido triunfo de nuestras armas vino á hacer latir nuestros corazones de entusiasmo, porque veiamos lavada la mancha que un déspota imbécil pretendiera arrojar sobre la frente inmaculada de la Patria, y porque el brillante combate del 24 nos aseguraba la pronta terminacion de una guerra cruenta, aunque gloriosa.

Pero, ay! que el contento de nuestra alma debia ser detenido en su ímpetu mas generoso, al saber en esos mismos instantes que un amigo querido y un patriota sincero, habia caido exánime al pié de la bandera que antes jurára levantar ilesa!

Caliba, ese noble jóven, que al oir la algazára de la soldadesca invasora que hollaba el suelo sagrado de la Patria, abandonaba presuroso las bancas del estudiante para ceñir la espada; Caliba, tierna esperanza de su Patria, habia sucumbido tambien salpicando con su sangre generosa el suelo libertado de la esclavitud.

Desde entonces nuestro corazon opreso de dolor ha sentido el remordimiento de no haberle acompañado para compartir su gloria y su

desgracia, y este sentimiento profundo nos ha impedido antes dedicar dos palabras á la memoria de ese amigo infortunado.

Humillamos la sien ante los secretos designios de la providencia, pidiendo consuelo á nuestra alma dolorida, y alentándonos la esperanza de que su sacrificio no será estéril ni infructuoso, porque de hoy mas su nombre figurará en el catálogo de los mártires de la Patria.

« Volemos á cubrir los ralos que deje el plo-
« mo enemigo,» exclamaba con frenético entusiasmo, al anunciar un dia á sus amigos que iba á abandonarlos para acudir al llamado que nos hacian nuestros hermanos de Corrientes. ¡Quién sabe si no habia en su corazon el pensamiento del fin que le esperaba! Pero qué importaba ese sacrificio para él si iba á ser consumado en áras de su Patria ?

Alma noble, del temple de la de sus padres, no pudo soportar con frialdad el réto que se nos lanzára desde las márgenes del bello Paraná, y voló á cobijarse á la sombra de nuestra bandera.

¡Quién te diría, malogrado amigo mio, que no lucirian de nuevo para tí los puros albores del bello sol del 25 de Mayo?.... Y qué ese dia glorioso que ansiabas conmemorar con un triunfo,

habia de ser el último de tu noble existencia....!

Pudisteis ver satisfechas vuestras esperanzas, realizados vuestros propósitos para esclamar en vuestro postrer aliento: ¡viva mi Patria aunque yo perezca! como aquel otro Argentino que necesitó para su sepulcro las aguas del caudaloso Océano.

Mas ¡ay! que mas feliz que vos, sus restos inmortales descansaron donde mano sacrilega no removiera sus cenizas; mientras ¡quien sabe! si las tuyas no son profanadas mañana por única recompensa á vuestro martirio generoso.

En tierra estraña, lejos de tu Patria adorada, reposan hoy tus despojos, esperando desde allí que aquellos por quienes os sacrificasteis los coloquen, agradecidos, en el Panteon de los héroes.

Transidos de dolor, nuestra pluma se detiene para escuchar la voz de un soldado voluntario que llora tambien su irreparable pérdida.

Campamento en el Estero Bellaco, Mayo 31 de 1866.

Señor Don Márcos Paz (hijo).

Mi querido amigo: Es con el profundo pesar, que tu mismo sentirás al saberla, que tengo que darte una triste noticia.

Está visto, que las nuevas glorias de la pátria nos cuestan muy caras, y que cada una de ellas es comprada con la vida de algun ser querido para nosotros.

En el combate del 24, por ejemplo, en el que por primera vez en esta campaña, tomó una parte activa el Regimiento «Córdoba», hemos perdido un amigo querido para ambos, por sus méritos, y por su conducta apreciable siempre.

¿Adivinas ya de quien quiero hablarte? Y para recibir la noticia de la muerte de quien es que te preparo?

• ¡Hemos perdido á Timoteo Caliba!

El 24 por la mañana, conversábamos juntos en su carpa, y me decía: «Pero hombre, no «pensaré D. Bartolo festejar el 25 con algun «triunfo?»»

¡Infeliz; quien le hubiera dicho que él estaba destinado á ser una de las víctimas!

Nuestra conversacion fué interrumpida por el estampido del cañon, que nos anunciaba la aproximacion del enemigo.

Momentos despues formábamos y marchábamos hácia donde se sentia lo fuerte del fuego.

Llegamos en momentos solemnes; una pequeña fuerza de caballería nuestra habia sido rechazada; el famoso 3 de infanteria de línea, habia sido deshecho, y el 5.º de línea que habia ido en su proteccion corria peor suerte, abandonando el campo al enemigo y dándole la espalda.

En este crítico momento llegó nuestra division en columna, y el General en Gefe allí presente nos mandó desplegar inmediatamente en batalla á nuestra izquierda, protejiendo así el flanco de los otros batallones del 1^{er}. cuerpo y una batería de artillería.

En este despliegue y en medio de esta confusion, es que una bala fatal hirió en el vientre á Caliba, en momentos que mandaba alinear su compañía, y con la que tanta gloria soñaba adquirir en los combates en que se encontraría....

Inmediatamente de caer fué atendido por el Cirujano de la Division, Dr. D. Francisco Soler que venia á nuestro lado, y el que le hizo

transportar en una camilla hasta el Hospital, donde le hizo la primera curacion.

Mi deber me impedia, como tú sabes, apartarme é ir á dar un apretón de manos á nuestro amigo!

Pero, tú recordarás, que juntos leíamos, que ésta es una de las primeras pruebas del jóven oficial, que por primera vez se encuentra en un combate.

Sin embargo, poco despues que el enemigo hubo sido rechazado, y que las dianas nos anunciaron que lo habia sido en toda la línea, el Coronel profundamente conmovido y cayéndosele las lágrimas, pues, mucho lo queria á Caliba, me dijo: «vaya vea á su amigo, proporciónele cuanto necesite, y dígale que me pida lo que quiera, porque soy su Gefe y su amigo.»

En el acto me fuí al Hospital, y estuve conversando con él: le dí el placer de anunciarle que habiamos obtenido un espléndido triunfo: y placer te digo, porque se dejó ver la noble emocion al oír mi noticia!

El, si bien comenzaba á sentir las consecuencias de tan grave herida, estaba muy entero. Despues de un rato me retiré á mi puesto, hasta la noche en que nos dirijimos al campo. Entonces estuve nuevamente con él hasta el

toque de silencio; él no creía en la gravedad de su herida y no creía tampoco morir.

Yo sabía ya por el Dr., que era difícil amañeciera, pues la bala le había atravesado de parte á parte, pasando por los intestinos, lo que le daba un carácter mortal á la herida.

¡A las 5 y 1/2, junto con la diana, Caliba espiraba!

Para que todo se cumpliera, su sacrificio debía consumarse, al aparecer los primeros albores del gran día de la patria,—el 25 de Mayo—y que él pedía el día antes se conmemorara con un nuevo triunfo.

Como fuera un día de alarma y nos era prohibido salir del campo por estar sobre las armas, no me fué posible avisar á los muchos amigos de Caliba que hubieran querido acompañarlo hasta el sepulcro: sin embargo, ocho oficiales nos reunimos y en una camilla lo condujimos á brazo hasta un pequeño monte que hay en frente de nuestro campo: la compañía de cazadores toda entera, con sus armas á la funerala, cerraba el fúnebre y silencioso cortejo, y le hizo los honores.

Cabamos la sepultura, y al pié de una lúgubre palma, una modesta cruz indica la tumba

en que se encierra uno de los corazones mas nobles y desinteresados!!

A nosotros, Márcos, que le sobrevivimos y hemos podido apreciar la belleza de su alma, nos toca el honroso deber de levantar su memoria y honrarla cual él lo mereció.

.....

En fin, querido, lamentemos ambos la pérdida que hemos sufrido, y tú ordena á tu amigo, que te quiere.

B. LASTRA.

(Eco de Córdoba.

Caliba y Lastra.

I.

Una correspondencia venida del Ejército Aliado, nos hace tomar la pluma, para defender á estos dos compañeros que, desinteresados y patriotas, formaron parte del contingente con que la Provincia de Córdoba, contribuía en la guerra contra el déspota del Paraguay.

Nuestro querido Caliba, el infortunado estu-

diante que entregó su vida en holocausto de la libertad, y nuestro amigo Lastra que con el entusiasmo de un patriota pone su humilde esfuerzo para salvar el honor de la bandera de la Patria—son el blanco de los ataques de un *Corresponsal*, que olvidando su noble misión, baja al terreno de las personalidades, donde no deben pisar los que consagran su inteligencia al servicio de la prensa, destinada á enseñar é ilustrar á los pueblos.

Es muy extraño, atendiendo á la dignidad de un oficial, que el *Corresponsal* revuelva las cenizas de un patriota con el objeto de arrojar su burla sobre la frente de nuestro amigo Lastra, teniéndolo á este tan cerca; y mas extraño nos parece, que recién hoy, cuando la tierra cubre los restos de Caliba alargue la lengua con la necia pretension de negarle sus servicios y de oscurecer sus méritos que los llevó hasta el sacrificio, cayendo como digno hijo de Mayo á la cabeza de su compañía.

Pero no hablemos de esto, que no le corresponde al que arrastrado por pasiones mezquinas, ha tomado la pluma, se ha disfrazado con el ropage del *Corresponsal*, y ha dejado ver en su escrito lo que queria ocultar,—el

despecho de un corazón pequeño, la envidia que lo sofoca y ahoga!

Bastaría con esto para dejar contestadas las simplezas del *Corresponsal*, hasta que lo haga Lastra más interiorizado en estos asuntos que nosotros, que nos hallamos á tan larga distancia. Pero no, si Lastra no está aquí, Lastra tiene quien pare los golpes que le asesten los que no lo quieren; y si Caliba ha muerto para sus malquerientes, Caliba vive y vivirá siempre en la memoria de sus amigos que no han de permitir que un *nuevo táctico*, ni nadie, lo ataque después de muerto, ó lo tome como un pretexto para herir á un adversario talvez!

II.

Triste es nuestra tarea!

Jamás pensamos vernos en el caso de hacer oír nuestra débil voz, en defensa de un muerto!

Hasta ahora habíamos creído que la fúnebre mansión donde reposan los mártires de la Patria, solo inspiraba respeto á sus virtudes, veneración á su noble sacrificio!

Desconsoladora y triste es nuestra tarea, ver-

gonzosa por demas la que se ha tomado el que nos hace hablar.

Pero, oigamos al *Corresponsal*.

« En «El Pueblo» diario de Buenos Aires, « dice, ha visto la luz un artículo firmado por « B. Lastra en que se encomian sus servicios « y méritos (de Caliba), y los eleva á tal altura que si él se levantára de su fosa, le diria: « mi amigo, me mortificais con tus alabanzas, « mis méritos y servicios han sido como los « de todos los oficiales que fueron mis compañeros. »

¡Singular preámbulo del despecho!

Porque « los méritos y servicios de Caliba « hayan sido como los de todos sus compañeros, » Lastra no debe encomiarlos, ni debe enseñarlos al pueblo que lo queria á Caliba, ni hacernos saber á sus amigos, lo que fué y lo que hizo el mártir en su vida de soldado.

Caliba, con su inteligencia nada vulgar, y con su conducta intachable siempre, se grangea las simpatías de sus Gefes que en poco tiempo conocieron las bellas calidades que lo adornaban; y esto que es aplaudido por Lastra, como lo seria por cualquiera que tenga una alma noble lo encuentra criticable el *Corresponsal* que nos ocupa.

Sigamos.

« Dice el biógrafo que por *sus relevantes*
« *méritos y capacidad militar*, á los pocos
« meses fué hecho Teniente 1° de la Com-
« pañia de Cazadores. Que fué promovido á
« tal grado de Alférez es la verdad, pero que
« haya sido por sus méritos y capacidad mili-
« tar, no. »

Que los militares de fama hayan visto en Caliba una mediania! talvez pueda pasar; pero que la ignorancia mas supina, le llame incapaz por la prensa! No! eso es chocante, eso es querer caer en el ridículo y en la picota!

Nosotros conocimos el pensamiento que lo llevó á campaña á Caliba; él marchó impulsado por los sentimientos nobles que abrigaba en su jóven corazon, y podemos asegurar que jamas lo halagaron los galones, ni necesitó de ellos para ofrecer su sangre en aras de su patria.

Los galones que tenia nuestro buen amigo, los conquistó con su saber, con su abnegado patriotismo, con su valor á toda prueba, y con su capacidad militar reconocida por Gefes distinguidos como el Coronel Dominguez.

Si no supiéramos que es la envidia la que juega su principal papel en la corresponden

cia que nos ocupa, afirmariamos que *el táctico* á quien contestamos, no ha estado *del todo bueno* al escribirla; pues nos hace saber, en otra parte de su escrito, que lo han postergado á él, ó á alguno de sus amigos, «desde que lo « hacian Teniente á Caliba habiendo otros de « mas antigüedad. »

Parece que el *Corresponsal* no supiera lo que manda la dignidad de un Oficial cuando se le echa una *indirecta* de esta clase. La táctica no trae nada quizá sobre el particular, pero la delicadeza de la persona, sí. Y creemos que el postergado debió conocer á la última antes que á la primera, porque á tener delicadeza, es lo primero que aprende un *ciudadano armado*, como él se apellida.

III.

Mas adelante y dándose los aires de un táctico que sabe lo que dice, nos cita algunos artículos de las «Ordenanzas Militares.»

Pero en esto, como en todo el *Corresponsal* se muestra injusto y egoísta para con Caliba, jóven digno y estimado que se ha hecho acree-

dor á la consideracion y al respeto de sus compatriotas.

Nosotros hemos llevado alguna vez la espada, y en el tiempo que la tuvimos prendida, hemos podido ver lo que son las ordenanzas en el Ejército Argentino !

Pero qué! para asegurar que ellas no se han observado, ni se observan en la parte que se cita, no se necesita haber llevado una espada, porque todos lo saben y lo comprenden.

Vuelva á leer el *Corresponsal* esos artículos que cita, mire á su alrededor, y se convencerá de que ellos, no se han seguido ni con él, ni con la mitad del Ejército á que pertenece. ¿Porque entonces los aplica con tanta estrictez y severidad cuando se ocupa de un «compañero de armas,» á quien debió respetarlo en su tumba, ya que lo hizo en su existencia?

¿Y es éste, preguntamos ahora, el proceder del «compañero de fatiga» como le llama á Callba? No por cierto; ni es la conducta de un oficial de honor, ni tampoco la de una persona delicada y digna, por que esto de levantar torbellinos sobre la tumba de los que ya no existen, solo queda para las almas viles y cobardes!..

En cuanto á la provocacion que le hace á Lastra para que hable, nos anticipamos á de-

cirle que lo hará bien pronto. No es el *Corresponsal* quien ha de hacer callar á nuestro amigo que tiene dos lados vulnerables,—es inteligente y patriota,—causas poderosas para que la envidia bata sus ponzoñosas alas.

Basta por ahora.

M. P.

1866.

(La Discusion.)

(Córdoba.)

Respeto á una tumba.

I.

En la «Discusion» del 8 del pasado aparece una correspondencia del ejército, en que su autor inspirado por repugnantes sentimientos de envidia y ódio mal encubiertos, tiene la audacia de cavar cual hambriento cuervo, una fresca sepultura para saciar su hambre con los ilustres restos del malogrado Timoteo Caliba, muerto en la gloriosa batalla de Tuyuty.

Tenemos demasiado respeto al público, y la víctima nos inspira demasiada veneracion, para

que al ocuparnos de ella, descendamos hasta el que ha pretendido denigrar su honra, después de su muerte.

Cuando Caliba engrosaba las filas de su Batallón apenas hacia quince días que había llegado á la ciudad de Córdoba, con el designio de entregarse al estudio.

Esto hace que fuera poco conocido allí, y esto también nos hace decir dos palabras más en honor suyo.

CALIBA era uno de esos caracteres firmes, que tienen por doctrina el bien, y que jamás se doblegan ante el crimen ni la maldad; inteligencia clara y despejada, supo arrancar de la juventud de Córdoba, calorosos aplausos, el día del *meeting* de los Estudiantes á mediados de Mayo del año pasado; su discurso publicado entonces en el «Eco» y reproducido después de su muerte en las columnas de la «Discusion» revela las dotes del orador, que alguna vez habría electrizado al pueblo con su elocuencia, si la muerte no lo hubiera arrancado tan pronto.

Caliba, dotado de un corazón generoso; jamás alimentó un mezquino sentimiento, y cualquiera que á él apelara, podía ir seguro de

encontrar siempre al amigo fiel, y al jóven generoso decidido á ser útil.

Modesto hasta el extremo, esta cualidad hacia mas resaltantes sus bellas dotes.

Conocíamos á Caliba desde su infancia, y jamás tuvimos para él un reproche; siempre hallamos su corazon abierto para el amigo—Esto mismo ha sucedido á mil jóvenes mas, que con su muerte han llorado una pérdida irreparable.

Hé ahí los méritos que hemos encomiado en él, y que el envidioso y mezquino correspondal, no ha podido alcanzar, por que Caliba estaba muy alto, y él es muy pequeño para llegar á esa altura.

II.

Con la inteligencia se sirve á la pátria, cuando se responde por ella á sus verdaderos intereses.

Caliba en la prensa se habia ocupado varias veces de proclamar las ideas sántas de la República y la Libertad, ideas sobre las que jamás se habrá hablado lo bastante, pues nues-

tros pueblos recién están en el aprendizaje de su vida republicana y libre.

Caliba propalando por la prensa tan sanas ideas, servía á su país; y si los frutos nunca responden á la prédica de hoy, responderán mañana á los esfuerzos repetidos de muchos.

Tomando una parte activa en la iniciación del *meeting* de los Estudiantes, y haciendo escuchar su palabra ardiente é inspirada, Caliba servía á su patria.

Por que con ello propendía en mucho á levantar el espíritu público, abatido entonces; todo el mundo sabe por qué!

Aun no hacía dos meses el pueblo de Córdoba había sido aterrado por los más alevos é infames asesinatos, que se registren hasta hoy en los anales del crimen. A las doce del día, en media calle se habían asesinado hombres inermes en nombre de la autoridad y de la Ley!

Caliba presentándose voluntario para emprender una larga y penosa campaña, sin tener en cuenta su porvenir, pues abandonaba una carrera en que le cifraba; olvidando las necesidades de una familia cuyo único apoyo era él, y no teniendo más interés que ser útil á su patria, daba un elocuente ejemplo de despren-

dimiento y patriotismo; ejemplo, que no sabe comprender el corresponsal de la «Discusion,» por que no es dado comprender la grandeza de la virtud á las almas que no sienten sus dulces emociones.

Instruyendo á los soldados, é inoculando en ellos las mismas ideas que le conocemos, Caliba servia á su pais, per que de nuestros hombres del campo, ignorantes en su totalidad, formaba ciudadanos, que conociendo su posicion, marchaban al combate con la conciencia de su deber, conciencia que no la tiene el mismo corresponsal que hoy nos hace hablar.

El 24 de Mayo en los campos de Tuyuty, las hordas de Lopez se lanzaban sobre el Ejército, y las banderas aliadas al ponerse el sol, le saludaban victoriosas sobre el campo de batalla.

Esas banderas habian sido salpicadas con la generosa sangre de ilustres víctimas; una de ellas, la única del Regimiento Córdoba, era Timoteo Caliba que caia sirviendo á su patria.

Hé ahí los servicios, que con pálido lenguaje hemos atribuido á Caliba.

El corresponsal de la «Discusion» pidió le hiciéramos colocar cuales eran los méritos y

servicios de nuestro digno y malogrado amigo; no hemos accedido á su deseo, sino que les hacemos conocer al público, por la razón que hemos espuesto antes.

Es cuanto creemos deber contestar, despues de haber dado los pasos que un deber de honor nos imponia, por lo que respeta al *asunto personal*.

B. LASTRA.

Campamento, Agosto 9 de 1866.

(Las Provincias.)

(Córdoba.)

JULIAN PORTELA.

Un héroe menos en las filas del ejército aliado, y un mártir más en el ancho panteón de la patria argentina.

Julian Portela no existe ya!

Tenia apenas veinte años.

¿Porqué habrá sido tan breve su vida?

El inquieto pensamiento del hombre aspira siempre á escudriñar misterios que guarda la eternidad en sus insondables abismos.

El eterno misterio es la muerte.

Muchas veces al contemplar el sepulcro de un niño que del seno maternal, donde apenas ha sentido el calor de la vida, cae en el frío seno de la muerte, hemos levantado los ojos al cielo involuntariamente, como para preguntar á Dios: « Porqué le creaste? »

¿Qué falta hacia en el mundo esa fugaz vida, que no ha dejado ni la huella que deja el insecto en el polvo?

Acaso, caprichoso como el hombre, se gozaría el Eterno con dar el aliento de la vida á las criaturas, tan solo para estrellarlas contra la fría losa del sepulcro !

Nacer para llorar y morir verdadera irrisión del destino!

La flor que no ha roto su capullo, la mariposa que no ha sacudido su larva, el niño que no ha sentido la vida, ¿porqué morirán?

Si no tenían destino que cumplir en el mundo ¿porqué crearlos?

O, ¿es acaso que sobre los soles, sobre los planetas, sobre el hervidero de la vida universal, tiene abiertas sus negras fauces la muerte, y es necesario crear seres destinados solo á

calmar su hambre, para que no devore todo el universo?

Y si verdaderamente es incomprensible la muerte del niño, en cuya alma no se ha despertado el ideal de la vida, aun es menos incomprensible la muerte del jóven que tiene conciencia de su sér, que ha entrevisto su destino, que ha sentido la luz de un ideal misterioso derramarse por toda su alma, que lleva una gran idea en su frente, y cuando apenas ha comenzado á espresar esa idea, se apaga su ser y pasa como una sombra el que parecia destinado á llenar y embellecer nuestra vida, á dejar el resplandor de su alma en las páginas de la historia.

Ideas, amores, jénio, esperanzas, ambiciones, carácter, palabra, todo ha sido puesto en él tan solo para encerrarlo en un sepulcro!

Verdadera desesperacion!

Aunque golpéemos en las piedras del sepulcro, no responderá la voz de su jénio, aunque removamos las cenizas de su cadáver, no se levantará la centella de su vida.

Verdadera desesperacion!

Aunque busquemos hoy á Portela, el jóven que recién pisaba los umbrales de la vida, lleno

de ilusiones y de esperanzas, no le encontraremos á nuestro lado.

El brazo de la muerte acaba de arrebatarlo al seno de la familia, de los amigos y de la patria, que saludándolo como héroe en el campo de batalla, le llora hoy como mártir sobre la loza helada de su tumba.

Julian Portela aun no tenia veinte años, y al escuchar el éco del clarin que llamó al soldado arjentino á contener la invasion del bárbaro paraguayo, voló enardecido á formar en las filas de los que hoy ajitan á lo léjos el estandarte de la patria.

Desde el instante que ciñó una espada, Julian Portela reveló el temple de su alma heróica.

En la sangrienta jornada del 25 de Mayo, donde nuestros infantes se batieron uno contra diez, el amigo que lloramos se hizo notable por la serenidad admirable que mostró en los momentos mas supremos del peligro.

Los tiernos cuidados de su respetable madre acababan apenas de cicatrizar la herida de aquel dia, cuando el jáven corrió nuevamente al lado de sus compañeros de armas, y ¡oh fátalidad! el destino tampoco quizó respetarle, y en la última batalla del 24, Julian Portela recibió un balazo en el pecho.

Ante su gravedad, la ciencia ha sido impotente y el infortunado guerrero ha exhalado antenoche su último suspiro, conmoviendo profundamente á una sociedad que le quería y apreciaba.

(La Tribuna.)

Julian Portela.

Tenemos que deplorar otra sensible pérdida.

El viérnes á la noche falleció á consecuencia de sus heridas, el apreciable jóven Julian Portela.

Al empezar la guerra marchó de voluntario, incorporándose en uno de los mas acreditados cuerpos de línea, la “Lejion Militar,”—y fué herido en el combate de la toma de Corrientes el 25 de mayo de 1865.

Repuesto de sus heridas, volvió á su cuerpo y se halló en la batalla del 24 de Mayo de este año en el Paraguay, donde fué gravemente herido.

Tenia apenas 21 años de edad, y ya habia

mostrado en diversas ocasiones el temple de su noble corazón.

Ha caído como un valiente!

(Correo del Domingo.)¹

Julian Portela.

Hay seres en quienes parece que la fatalidad se ha cebado, para hacer imposibles las nobles aspiraciones que los animan en la carrera que han abrazado, con todo el entusiasmo que enjendra la convicción. Julian Portela era uno de ellos.

Llevado de su amor por los principios que hoy se disputan el triunfo en el territorio del Paraguay, Portela desoyó los ruegos de una tierna madre y de su apreciable familia, para formar parte del ejército argentino, en cuyas filas ocupó un puesto al lado del Comandante Charlone.

Su primer encuentro, si bien lo cubrió de gloria, tuvo el riego de su generosa sangre,

1. En este periódico apareció el retrato de nuestro amigo Portela.

cayendo postrado por dos heridas que le infirió el plomo enemigo. En ese combate, que tuvo lugar el 25 de Mayo de 1865, día de gloriosos recuerdos para los Argentinos, Julian Portela demostró una bravura que le aseguraba brillantes triunfos en la carrera militar.

Pero el destino no quizo que ese porvenir que todos le vaticinaban, llegase á hacerse efectivo.

El 24 de Mayo del corriente, al año preciso de su primer bautismo de fuego y sangre, fué nuevamente víctima de su arrojo, recibiendo una herida que acaba de concluir con su existencia.

Misteriosos arcanos de la Providencia! Julian Portela, que ha entregado su alma al Creador antes de cumplir los veinte años de su vida, parecia destinado á verter su sangre en los días memorables de la patria, como para pagar con ella la deuda de gratitud que nos ligan á nuestros heróicos padres.

Julian Portela ha bajado á la tumba!... pero su recuerdo no se borraré de la memoria de los que lo han conocido, lleno de vida, de juventud, de nobles y generosos sentimientos.

Y si algun consuelo cabe á su distinguida y tierna madre y apreciable familia, sea ese el de saber que la irreparable pérdida que han sufrido, ha despertado en todos un sentimiento de dolor por tan temprana muerte y de veneracion por las cenizas del mártir.

Julian Portela, descansa en paz.

(El Nacional.)

Julian Portela.

En nuestro número del Domingo debieron haber aparecido algunas líneas que dedicábamos á deplorar la muerte del Teniente D. Julian Portela, pero un descuido involuntario dejó esas líneas sobre nuestra mesa, confundidas entre multitud de otros papeles.

Hélas aquí:

«El Teniente D. Julian Portela, el bravo voluntario, herido en el heróico combate del 25 de Mayo del 65, en Corrientes, que apenas restablecido de su herida, corrió á pedir á sus compañeros de armas la parte de gloria que le correspondia en los combates posteriores, perseguido por la fatalidad, cayó nueva y mortalmente

herido en la grandiosa jornada de Tuyuti.

La fatalidad ó el arrojo propio de su bravura, lo llevaron al encuentro de la bala que debía taladrarle el pecho de parte á parte.

Ante esa horrorosa herida, la ciencia ha desplegado todos sus recursos, todos sus desesperados esfuerzos; pero la ciencia ha sido vencida por la muerte.

Un jóven, noble y patriótico corazon ha dejado de latir.

Otra alma noble y patriótica ha subido al seno del Criador.

Los manes de Rivero, de Basavilbaso, de Pagola, de Verduga y de tantos otros héroes que cayeron lidiando al lado de Portela, acogerán con una dulce sonrisa, al hermano, mártir como ellos del amor á la patria, y del sentimiento del deber.

El recuerdo' de esos guerreros se presenta á nuestro espíritu, bajo la forma pálida de la tristeza, y al mismo tiempo bajo la forma radiante del mas justo y noble orgullo.

La gloria de esos mártires de la patria, reverbera sobre la frente de todos los argentinos, pero la tierra que gravita sobre sus cuerpos, oprime tambien dolorosamente el corazon de sus compatriotas.

Al pensar en Portela, tan jóven, tan generoso y tan valiente, lidiando por el honor de su patria, que es la nuestra tambien, erguimos involuntariamente la cabeza; pero al considerarlo muerto, al pensar que ese jóven, ese niño, tan noble, tan simpático y valiente, ha desaparecido para siempre de entre nosotros, no podemos tampoco evitar que nuestra frente se incline y las mas hondas y mas tristes meditaciones asalten nuestra mente.

Pobre jóven!

Pero si él ha dejado de ser ya una esperanza para la patria, si él ha dejado de ser un halago y un apoyo para su familia; su nombre es hoy para ésta y para aquella, un timbre de gloria imperecedero.»

Hasta ahí las líneas que teníamos escritas.

Ahora añadiremos que el pueblo de Buenos Aires ha tributado á los restos del Teniente Portela, honores que atestiguan el alto grado de aprecio y simpatia con que contaba en nuestra Sociedad y el sentimiento general y profundo que ha causado su muerte.

En la inmensa concurrencia que asistió el Domingo á su entierro, todos se disputaban el triste placer de conducir en brazos sus restos.

Estas muestras de simpatias por el amigo

perdido, deben mitigar un tanto el justo dolor de su familia.

(Nacion Argentina)

Algo sobre la amistad.

A la memoria de Julian Portela.

El amor es una pasión, pero la *amistad*
es una virtud.

Plutarco.

I.

A la falda de un cerro elevado, y en una de las provincias argentinas, se hallaba situada una aldea pobre y despoblada.

Allí no había nada que invitase á las diversiones; atractivos ningunos que llamasen la atención, á no ser el porte magestuoso de esas gigantes cumbres que parece tocan los cielos, y que arrobando al espectador le hacen admirar las obras magnas de la naturaleza.

Pero era una noche oscura y tenebrosa!

En la aldea de que hablamos, y en una pequeña habitacion situada al centro de ella, vi-

via un jóven que hacia algun tiempo habia llegado allí.

Su ajuar era sencillo, como el ajuar del pobre, y la habitacion se hallaba alumbrada por el débil reflejo de una luz que se estingüia.

Una triste soledad y un silencio parecido al de las tumbas imperaba al derredor, siendo solo interrumpido por el grito de aves nocturnas, que es imponente en situaciones como ésta.

¡Infeliz jóven!

Tenia su rostro amaratado y triste como los ecos de un suspiro. Recostado en el lecho y afirmada su cabeza en una de sus manos, parecia que buscaba en su memoria algun lejano recuerdo.

Despues de cortos instantes consagrados sin duda, á la reflexion, empezó:

—«¡Ah!..... hasta donde llegamos los destinados al sufrimiento! Todo desaparece instantáneamente de nuestra vista, quedando únicamente los negros letreros de un pasado!

« Todo se ha desvanecido !

« Los albores gratos de mis sueños juveniles, los inocentes goces que traen consigo; los cortos momentos de dicha que me proporcionó mi primer amor, tan noble como desinteresado; todas las alegrías embriagadoras de que mi

alma se habia cubierto, concluyen por deslizarse á mi vista.

« Ante el mudo silencio de mi sombrío porvenir se presentan á mi fantasia todos los dolores y miserias que se hallan unidas á la débil barquilla de mi existencia.

« Todo ha desaparecido!

« Algunos recuerdos que me halagaban se han ido sepultando poco á poco en el olvido; los años de mi vida pasada se parecen á los relámpagos por la rapidez con que han tenido lugar.....! Ya estoy en el «invierno de la vida,» que se me presenta frio y terrible, como el fantasma de la desdicha.

« Que desgraciado soy!..... ¿Porque cuando la aurora de la felicidad principi6 á encapotarse, porque no vino la reflexion en mi amparo?

« ¿Porque cuando las apariencias iban á ser una realidad, porque se cambiaron en el mas horrible sufrimiento?

« Entonces necesitaba alguna bruma asoladora que ahogase con su manto mis ardientes emociones, que tornase en indiferencia los fuegos arrobadores, cuyos restos marchitan aun mi existencia !.....

« He soportado largo tiempo el dolor; he luchado como el náufrago contra las olas que lo

arrojan al abismo; he recapitado mi pasado procurando encontrar la causa de mis desdichas, y todas ellas vienen á concretarse en un solo ser..... ¡ en Elena !..... ¡ Oh! si, en ella que la adoro aun con delirio, que la profeso todavía la mas tierna simpatía!..... ¿Que digo, Dios mio?..... ¡No! aléjate, Elena, aléjate! único mal de mi vida, sola causa de mis pesares!..... ¡Corre! ¡corre! léjos de mi! allá, donde yo no os vea!..... ¡Nécio de mi!..... ¿Y en que rincon del mundo se ocultará que no la vea?..... ¿Que abismo impenetrable no se despejará ante mi vista cuando la mire?

«Mi alma alimenta y alimentará hasta la tumba el sincero amor que la profeso....! Si! son delirios querer olvidar á ese ser querido que se halla unido á mi existencia, como el látigo á la piel del esclavo, como la materia á la materia.

«¡ Hé aquí el término de mi vida desordenada! Todòs me arrojan de su lado, todos se separan de mi como de un hombre maldito...!

« Pero no!..... En los dias serenos de mi juventud, conocí á Eduardo que me amaba entrañablemente, y me amará todavía! Un lazo, nos unia fuertemente, y esta union sincera es-

taba asegurada por el vínculo sagrado de la amistad!

« Pero, ¿que habrá sido de Eduardo? Le habrá arrullado tambien el tormento de las desgracias? No me creerá digno ya de su amistad?..... No! imposible, lo calumnio; él no sabe mis infortunios, ciertamente!

« Ahora cinco años, él despertó mis recuerdos adormecidos en el seno de Elena; él, mi querido Eduardo, me sacó de un abismo, me señaló las profundidades de otro que tenía mas adelante, y yo en mi insensatez no le oí, vencido por una pasión fuerte que me dominaba hacía tiempos!.....
.....

II.

Alberto, que así se llamaba nuestro jóven, guardó silencio. Su fisonomía estaba roja con la fiebre que lo devoraba. Una tristeza de horror bañaba su faz. Estaba el infeliz en el último escalon de la vida. De repente exclamó:

—¿ Que me pasa? ¿Se parecerá al sueño de la muerte este tupido velo que empieza á cubrir mi vista?..... ¿Y esto no mas es la muer-

te?..... ¡Que poca cosa! ¡Vamos de una vez!..
¿Pero será posible que me vaya, sin abrazar
á mi amigo que holla aun esta tierra mal-
dita?..... ¡Eduardo! ¡Eduardo! sombra queri-
da ¿donde te hallas?

Abrióse de pronto la puerta, y apareció un
hombre que precipitándose hácia el lecho de
Alberto, dijo:

—«¡A tu lado! ¡A tu lado desgraciado! ¡cuan-
to he andado, murmuró para sí, cuanto he su-
frido para abrazar un cadáver!

—« Ven, ven querido! Invoqué tu nombre,
como en dias mas felices, y te hallo á mi la-
do!..... Aproxímate, Eduardo, y consuela á tu
amigo que un dia fatal desoyó tus consejos;
perdónale que la suerte impía le ha seguido
como la sombra al cuerpo!

Eduardo apenas respiraba de cansancio, pues
habia andado mucho en busca de su amigo,
hasta que supo por una rara casualidad, el
apartado y solitario paraje que Alberto habia
elejido para morada.

¡Pobre Eduardo! él tambien era víctima del
infortunio! El, como Alberto, amaba, pero
amaba á un amigo, y los corazones de temple
escogido cumplen siempre con los deberes es-
trictos de la amistad.

Algunos años hacía que Eduardo sufría por los malos pasos de su amigo, víctima de los requiebros de una coqueta que, como todas, estaba destinada á representar en la sociedad un modelo exacto de corrupcion.

La pasion de Alberto hácia ésta muger era inmensa: y lo habia enceguecido de tal manera que para él no habia ya obligaciones que llenar, ni deberes que cumplir. Esto despedazaba el corazon cariñoso de Eduardo que preveia el porvenir siniestro que le esperaba á su amigo, y que lo aproximaba, como él le solia decir, al fin de su existencia.

Estas conjeturas funestas que caian como gotas de fuego en el corazon de Eduardo, se realizaron cuando encontró á Alberto, al estudiante aventajado, al rico propietario, á su amigo en fin, en una miserable choza, y á las puertas del sepulcro.

Sus miradas eran tristes, como las campanadas de la muerte. Su alma generosa y dispuesta á los grandes sacrificios, moraba ya en las regiones de la intranquilidad y de la desesperacion.

Contemplando á su amigo no hablaba de emociion; solo de rato en rato se le escapaban de sus trémulos lábios, estas palabras llenas de rabia é indignacion:

—«¡Malditas sean las coquetas!

—«Eduardo!.... ¡Eduardo!.... balbuceaba Alberto sin vida ya. Abrázame fuerte, inolvidable amigo!..... ¡La muerte paraliza mis miembros!.... ¡En tus brazos quiero morir!.... ¡Adios!..... ¡Un recuerdo á Ele.....!

No pudo concluir el nombre de la mujer que lo arrastró por un camino sembrado de desventuras.

Sus brazos se soltaron del cuello de su amigo. Alberto había espirado.

Y Eduardo abrazaba un cadáver.

Esa horrible noche la pasó éste al lado de Alberto, teniendo en su presencia al único objeto de su predilección, y al que el fúnebre manto de la muerte se lo había arrebatado!

Así se acabó la vida de Alberto!

III.

Han transcurrido algunos años.

Una tarde cuando el astro del día se perdía en el ocaso arrojando aun algunos débiles reflejos, asomaba por la *calle larga* de la Reco-

leta un hombre cuya fisonomía marcaba la obra más acabada del sufrimiento y del pesar.

Encorbado, no de vejez, pues apenas contaría veinte y nueve años, caminaba triste y desencajado, buscando los parajes más solitarios, huyendo del bullicio del mundo, para entregar su espíritu en alas de lúgubres meditaciones.

La campana de la Recoleta tocaba las oraciones, cuando nuestro hombre traspasaba el umbral del ancho enrejado donde reposan los muertos. Última mansión del hombre en la tierra, sitio donde se tributa la postrer despedida á un cadáver!

El desconocido fué á reclinarse sobre la fría losa de una sepultura, cubierta siempre de frescas flores, después de haber cruzado por entre fúnebres monumentos que entristecen al visitador reviviéndole en su mente funestos recuerdos!

Solo aquí se desplegaban sus labios para dejar escapar algunas frases entrecortadas por largos quejidos; aquí, era donde conversaba con los recuerdos de días más serenos, invocando frecuentemente el nombre de un ser querido.

En la lápida del sepulcro se leían estas palabras:

« Aquí yace Alberto.» «Eduardo dedica este monumento á su memoria.»

El hombre en cuyo rostro se veían esas huellas que dejan los años pasados en una vida llena de golpes y contratiempos que hieren el alma, era Eduardo que visitaba, como de costumbre, el triste paraje donde habia depositado los restos de Alberto.

Eduardo tan bueno y generoso quizo sopor-
tar su desgracia procurando distraer su espíritu que no olvidaba.

Pero sin poder conformarse con el fin trágico de Alberto, y sin fuerzas para resistir á la impresion profunda que le causó la pérdida de su amigo, se habia transformado completamente, y solo encontraba calma y consuelo aproximándose á él; no hallaba mas recreo, mas ocupacion, ni mas placer que venir á visitar la tumba de su amigo.

Así comprendia la amistad Eduardo!

IV.

¡ Amistad ! sincero cariño de la tierra, cuantos sacrificios demandas á los que te rinden culto!

¡ Que extraordinaria constancia! ¡ Que noble resignacion la de Eduardo, para vejetar en esa vida de fidelidad hácia un cadáver! ¡ Que ejemplo mas digno de una amistad verdadera!

Vosotros, en cuyos corazones jamás tuvo cabida un sacrificio á la amistad, palpad los frutos bienhechores de este lazo divino! Vosotros, seres despojados de todo áfecto fiel, mirad á Eduardo y sabed como se corresponden los amigos!

Sabed que nada hay mas grande en el corazon humano que la amistad bien entendida,

Sabed que todo en el mundo es impotente para borrar afectos como éste, que nacen y se arraigan en nuestros corazones. Sabed por fin, que aunque los sucesos puedan enfriarlo alguna vez, no llegaran nunca á borrarlo; por que para los buenos amigos eso no es mas que una leve y fugitiva sombra, que no se atreve ni á turbar su reposo; porque para los buenos amigos eso no es mas que lo que ha dicho el poeta:

.....« Señales que graba la quilla,

« En las espumas del revuelto mar!»

y que solo sirven para fortificar mas y mas tan sagrado vínculo.

¿No lo creéis?

Pues bien; reconcentraos en vosotros mismos, mercachifles del sentimiento, dad un momento á la reflexion, y os desafiamos á que halleis en el camino de la existencia un lazo mas santo, ni mas desinteresado!.....

.....
.....
.....

Mientras tanto, permítasenos rendir á la amistad el homenaje sincero que siempre le hemos consagrado.

Permítasenos consignar en estas mal escritas líneas, nuestra gratitud hácia tan hermoso sentimiento!

¡Cuantas veces ha alegrado á nuestro corazón!

¡Cuantas ha traído el consuelo á nuestra alma, disipando las sombras de amargura que la rodeaban!.....

¡Pero hoy!..... doloroso es decirlo, solo nos ha quedado el recuerdo de lo que se acabó!

¡Francisco Paz! ¡Timoteo Caliba! ¡Julian Portela!

He aqui á nuestros amigos, que se perdieron entre el humo de sangrientos combates, como

al fin viene á perderse todo en la noche oscura de los tiempos!

Inflexible ley del que rige los destinos de la humanidad ¿cuales son tus fines?

P.

Mayo de 1867.

(“El Pueblo.”)

FRANCISCO M. PAZ.

Francisco Paz debia pasar á Europa á seguir sus estudios. Su viaje estaba ya dispuesto y partiria en uno de los primeros paquetes de la carrera, cuando de repente el pais se conmueve por el atroz ultraje hecho á la dignidad de la república por el mandon del Paraguay.

Paz sintió en su corazon ese ultraje, y fué de los primeros en pedir un puesto en las filas veteranas del ejército.

Se incorporó á la “Lejion Militar” uno de los mas acreditados batallones de línea, é hizo en ese cuerpo la campaña.

En la toma de la ciudad de Corrientes el 25 de Mayo de 1865 fué gravemente herido, y conducido á Buenos Aires á terminar su curacion en el seno de su familia. Su amorosa madre pudo entonces prodigarle los cuidados que tanto contribuyeron á su feliz restablecimiento.

Pero Paz, como su amigo y compañero de cuerpo, Julian Portela, voluntario como él, y como él herido en aquella jornada, esperaba hallarse curado para volver á ocupar su puesto de honor.

Podemos ofrecer aquí un testimonio de su resolucion. Se hallaba en San Fernando, cuando recibió una carta de su amigo Caliba, otro valiente voluntario muerto despues gloriosamente, anunciándole próximas operaciones en el ejército.

Tenemos á la vista la carta contestacion de Paz, que nos ha proporcionado un amigo de los dos, escrita en el seno de la amistad, y que élno presumió sin duda que pronto seria irrecusable prueba de sus nobles sentimientos :

San Fernando, Diciembre 29 de 1865.

« Sr. D. Timoteo Caliba.

« Querido amigo :

« He recibido tu apreciable fha. 19 del corriente.

Leyendo el último párrafo veo que dices :

« Dentro de pocos dias no será difícil que te
« anuncie el resultado de algun hecho de armas.»

« Desde que recibí tu carta he empezado á prepararme para marchar, pues sentiria mucho que tuviese lugar algun hecho de armas sin participar de él. »

« Esas líneas me han señalado mi puesto, y vive Dios que correré pronto á él, aunque mi herida no se halle del todo buena. Puedo montar á caballo y sostenerme bien; eso creo que basta para desempeñar interinamente el puesto de Ayudante. »

« No creia realmente que tan pronto se desenvolviesen las operaciones; suponía que tardasen mas tiempo. »

.....

« Quizás el 5 ó 10 de Enero me ponga en marcha para el Ejército, porque quiero estar presente como digo, en cualquier hecho de armas. »

« Hasta entonces té saluda tu amigo. »

FRANCISCO M. PAZ.

Cumplió su palabra y rindió su vida en el mas terrible de los combates en que se encontró su batallon.

Herido mortalmente delante de Curupaytí el 22 de Setiembre, falleció en Corrientes en la madrugada del 26.

Sarmiento, Paz, Portela, Solá, Caliba..... y tantos otros jóvenes esforzados que han muerto defendiendo el honor de la República, son para la patria un timbre glorioso!

(Correo del Domingo.) 1

El Teniente Paz.

A continuacion publicamos una carta del Sr. Orozimbo Muñiz Barreto, al Dr. D. Márcos Paz, dándole cuenta de tener en su casa á su hijo el Teniente D. Francisco Paz, y estarlo asistiendo con el esmero de un hermano.

Esta conducta generosa y caballerezca del Sr. Muñiz Barreto no ha tenido la recompensa que se esperaba de la Providencia.

Con el mas profundo sentimiento, hemos sabido que todos sus esfuerzos y los de los dig-

1. Salió en este periódico el retrato de nuestro hermano.

nos médicos que asistian al Teniente Paz, han sido infructuosos.

Paz ha muerto!

Reciban nuestro mas sentido pésame sus padres y sus numerosos amigos, y si es posible que los primeros den cabida á consuelo alguno, sírvales de tal el heroismo con que ha luchado su hijo y la gloria con que se ha cubierto muriendo por su patria!

Corrientes, 25 de Setiembre de 1866.

Ilmo. y Exmo. Sr. D. Márcos Paz.

Siento que teniendo que dirijirme por primera vez á V. E., sea para darle una noticia que debe mortificarle, como padre cariñoso; pero sin embargo, debe V. E. tranquilizarse un poco á este respecto.

El dia 22 de Setiembre, en frente de las baterias de Curupaytí, cayó gravemente herido el Sr. D. Francisco Paz, Teniente del batallon «Legion Militar.» Habiendo llegado á esta ciudad, lo recojé en mi casa con tres compañeros mas, y está cuidado y tratado por tres hábiles médicos brasileros, compatriotas míos: su tratamiento prosigue con toda regularidad: no tendrá por cierto, los cariños paternales, porque

no hay quien pueda suplirlos, pero aseguro á V. E. que lo cuidaré como á mi hermano.

Su señor hijo tiene DOS HERIDAS: *una que le atraviesa el pecho en el costado derecho, un poco mas abajo de la clavícula, y la otra en el brazo del mismo lado*: los médicos aun cuando lo consideran muy grave, tienen esperanza de que el Sr. D. Francisco Paz podrá contar el coraje con que se portó, y mostrar las cicatrices de sus heridas recibidas en defensa del honor de su pais.

Aseguro á V. E. que no omitiré esfuerzo alguno para que su hijo sea tratado con todo esmero y cuidado; tranquilícese V. E. porque nada le faltará.

Deme V. E. sus órdenes y permita que me suscriba con todo respeto y consideracion

De V. E. muy atento y servidor

OROZIMBO MUÑIZ BARRETO.

(Nación Argentina.)

Francisco M. Paz.

Un mes ha que Francisco exhalaba su último suspiro, y su espíritu arrancado por la muerte volaba á las regiones de la eternidad!

Su vida fué muy corta; no formaria de ella una epopeya el historiador.

Pero en su única página, que frase tan elocuente podria leerse!

Francisco Paz, niño aún derramó su noble sangre al pié de la bandera de la Patria en la toma de Corrientes, y atravesado su cuerpo por la metralla enemiga, cayó frente á los abaties de Curupaytí!

En las luchas ardientes de la democrácia, Francisco, tan noble como modesto ciudadano, puso su contingente en apoyo de las ideas que su conciencia ajena á toda ambicion mezquina, le enseñaba como venturosas para su pais.

¡Ejemplo digno de ser imitado!

No es solo en los comicios donde la patria reclama el concurso de sus hijos.

El honor nacional, ultrajado por enemigo extraño, que invade nuestro suelo, exige el sacrificio de sus hijos, para vindicar la ofensa.

Bien pues!

Ahí teneis al niño, que deja sus libros; olvida sus proyectos de estudios que debia seguir; abandona los placeres de la vida de la gran ciudad; enjuga en los párpados de su noble madre las lágrimas que asoman al despedirse de su hijo, para volar á un cuartel y con-

vertido en soldado, marchar al terreno sangriento de la lucha. .

¡Destino fatal!

¡Funesta estrella la que alumbra tan corta existencia!

¿Que nos devuelves del jóven lleno de ardor, de vida, y de fé, que con la sonrisa en los lábios y su frente erguida y serena, desafiaba el peligro?

¡Un cadáver!

Como Iparraguirre y Cadiz, Darragueira y Vega, Nicolorich y Sarmiento, él habia de humedecer con su sangre generosa el baluarte del despotismo!

Un consuelo nos resta: la sangre derramada en holocausto á una noble causa no es estéril jamas para los pueblos que tienen en su corazon un templo á la memoria de sus mártires.

¡Manes de Francisco! que en los dias de angustias para la República la evocacion de tu recuerdo sirva á fortalecer el espíritu de tu generacion.

¡Que en la página de tu vida lean siempre un noble ejemplo que imitar!.....

Paz y Darragueira.

Estamos pasando por momentos de verdadera prueba para el corazón.

A los nombres de los valientes que hemos perdido en la jornada del 22, tenemos que agregar ahora, los de otros dos jóvenes ambos, y llenos de vida y esperanza.

Son estos, el de Francisco Paz, hijo del Vice-Presidente de la República, y el de Julio Darragueira, hijo de D. Miguel Darragueira.

Ambos hacían esta campaña como voluntarios.

Ambos dejaban brillantes posiciones en la sociedad, para vestir el uniforme del soldado.

Paz fué herido en el sangriento combate del 25 de Mayo. Aun no estaba restablecido de su herida, cuando regresó á incorporarse al ejército; pero ¡ay! que aquella partida debía ser eterna....!

Los valientes de ayer, no existen ya, y en vez de recibirlos adornados con la palma de la victoria, los recibiremos hoy helados por el soplo de la muerte.

Paz en la tumba de esos héroes que han succumbido cubiertos de gloria.

(La Tribuna.)

Francisco M. Paz.

Un año se ha cumplido del fallecimiento de Francisco Paz, que cayó herido el 22 de Setiembre frente á los muros de Curupaity.

Modesto y distinguido, Francisco engrosó las filas de la invicta «Legion Militar» al primer anuncio de la invasion paraguaya.

Abandonando un viage, que en breves dias debia emprender al extranjero para perfeccionar sus estudios, ciñó una espada y llevando en su mano el pabellon de Mayo, cayó envuelto en el asalto de Corrientes.

Restablecido apenas de sus heridas, marchó nuevamente á incorporarse al ejército, para no volver al suelo de la patria, sino ya cadáver....

¡ Su destino fué fatal !

¡ Corta su vida, pero gloriosa su muerte !

Queremos recordar al pueblo de Buenos Aires, que mañana tiene lugar su cabo de año, en la iglesia de San Ignacio.

El está en el deber de elevar sus preces al Eterno por la ilústre víctima que la patria llora.

(El Pueblo.)

Francisco M. Paz.

¡ Ha pasado un año !

El ¡ ay ! lanzado por los pueblos, nos anunciaba que allí, en los cantones paraguayos, morian sus hijos mas queridos combatiendo por el honor de su bandera !..... Allí, envuelto en el polvo de la batalla, Francisco Paz caia ! ¡ Nuevo mártir que entregaba su vida en los altares de la libertad ! ¡ Nueva víctima sacrificada por las glorias de la humanidad !

Alma sublime, corazon generoso, apenas escuchó el grito de venganza que lanzaban los pueblos de su patria; apenas distinguió una mancha sobre esa bandera que habia tremolado victoriosa, desde las orillas del Plata hasta las faldas del Chimborazo, fué al campo enemigo á buscar su tumba, para regar con su sangre el árbol de la libertad !

De los primeros en el peligro, despreciando con la virilidad del héroe los proyectiles que

sembraban la muerte entre los suyos, encontró su tumba!..... Sí, pero la tumba de los que combaten por las glorias de la república, y caen envueltos en la bandera de la patria, es *la inmortalidad!*

Es allí, en la tumba de los héroes, donde van á orar los pueblos por las glorias de la patria, cuando al lado de la bandera enrojecida en las batallas donde se lucha por la libertad, aun se escucha el estruendo del combate.

Es allí, en la tumba de los mártires, donde van á orar los pueblos por las glorias de la república, cuando resuena el eco de la victoria, y la bandera de los hombres libres tremola tranquila en el seno de la patria.

Es allí, en la tumba de los héroes y de los mártires, donde se vivifican los pueblos; es por eso, que su memoria es imperecedera; es por eso que su tumba es *la inmortalidad!*

Francisco, vos sois inmortal, porque habeis sido un héroe y un mártir: sobre vuestra tumba, iran á orar los pueblos por las glorias de la patria y las glorias de la República!.....

Honor al aniversario de vuestra muerte, y la de aquellos que, como vos murieron!

J. M. G.

Lijeros Apuntes

Sobre la batalla de Tuyutí.

Dedicados á la memoria de mi compañero de armas y amigo
Francisco Paz.

I.

Era el 23 de Mayo de 1866, precisamente, dos dias antes del aniversario del asalto á Corrientes celebrado el 25 de Mayo de 1865, fecha que con un pedazo de carbon, fué escrita la noche de ese mismo dia, sobre la columna pirámide de la plaza Correntina, por el que dedica estos recuerdos á uno de los mas queridos compañeros de armas de la memorable campaña del Paraguay.

Se acercaba pues, con pasos veloces el aniversario de uno de los dias mas gloriosos para las armas arjentinas en esta guerra con el Paraguay, que ha sido tan fecunda en sacrificios para la patria, como llena de recuerdos dolorosos para nuestras madres y hermanos.

Aniversario glorioso, en que por primera vez

chocándose enemigos audaces y resueltos, dió prueba de lo que en adelante podia esperarse de los acontecimientos de la guerra, como de la terrible pujanza de nuestras bayonetas.

Batalla, victoria y derrota de tres cuartos de horas en que apenas 500 arjentinos, dejaron tendidos en tierra á treinta de sus mejores oficiales, y pusieron en vergonzosa derrota á los invasores, cuyo número ascendia á mas de 3000 hombres.

II.

Desaparecia el sol del 23 de Mayo de 1866 tras los inmensos esteros de Tuyutí, y sus rojizos reflejos, para el que los recuerda, tenían algo de lóbrego, funesto y fatal.

En efecto, era ya la víspera del hecho de armas mas notable que talvez ha ocurrido durante toda la campaña.

Notable en mas de un sentido; notable, por que ha sido la única accion en que saliendo nuestro ejército belijerante fuera de sus posiciones y dejando estas á la espalda, se habian

trabado con el enemigo que salió de las suyas, en reñido combate; y notable porque—según así mismo lo admite el corresponsal de un diario europeo, *Correo de Ultramar*, que á no dudarlo ha sido mas bien afecto á los intereses del tirano Lopez,—es la primera vez que, desde nuestra emancipacion política nos vimos batallando sobre un campo cubierto por los cadáveres de doce mil combatientes.

La aurora del 24 de Mayo asomó sonriendo, teñido el horizonte de suavísimos reflejos sonrosados, sonreía la naturaleza, cuando los hombres abrigaban tantas y tan negras pasiones! Sin duda la piadosa madre de Dios quiso enviarles á los predestinados de antemano, un dulce recuerdo en los últimos momentos que debían pasar sobre la tierra!

Mas tarde salió el sol, émulo del de Austerlitz, pero esta vez sobre el tranquilo cuadro de dos grandes ejércitos, que divididos por rios riachos é inmensos esteros de una de las comarcas mas inaccesibles del Paraguay, recién se desperezaban, mientras los soldados envueltos en sus capotes contemplaran las inmensas nubes de niebla que esparcía por todos lados las miasmas pútridas de los charcos y lagos de aguas paradas, así como la pestilen-

cia que emanaba de los muertos que caidos entre ambas líneas habian sido sacrificados sobre el altar de Marte. Así debia ser, por que en esta, como en todas las guerras, su sepultura esta siempre al cuidado de aves de mal agüero, cuya sombra y revoloteo hiere á cada paso la vista del soldado, recordándole que su turno tambien llegará.

III.

En el Ejército Aliado desde su General en Gefe hasta el último soldado se levantaron del lecho, pero lo menos en que pensaban era batallar aquel dia, así es que cada uno á su vez paseó la vista sobre el tranquilo panorama, ocupándose luego en recordar el hogar y la Patria que se encontraba tan lejos.

Los fogones por todos lados, despedian delgados espirales de humo, indicando el afan con que se apresuraban los fogoneros á preparar el mate cotidiano.

Mientras se reunian los grupos al calor del fuego, referíanse los cuentos de los percances

de la noche, y el Gefe de dia entregaba al aguerrido Coronel D. Indalecio Cheneaut, Gefe de Estado Mayor, el parte de la noche.

Alzándose el sol con una fuerza que todo lo despejaba, veíanse de nuevo brillar las moharras de las lanzas de nuestras avanzadas, y poco mas allá las armas de los soldados paraguayos.

Aun reciente en nuestra memoria el sangriento combate del 2 de Mayo, el ejército aliado como un nuevo Argos dormía siempre con su ojo vigilante; y por su parte el ejército arjentino, siempre de aviso, nunca destacaba de sus batallones para los trabajos diarios, sino muy reducido número de hombres, aunque puede decirse (como efectivamente estaba dispuesto por la órden general del dia) que todo el ejército arjentino estaba de avanzada.

Animóse sin embargo el movimiento en aquellas lejones, y así que llegaba la mañana, podían verse los pocos soldados que se desprendían á las faenas de costumbre, cubrir en todas direcciones nuestra retaguardia.

Lo que menos se pensaba, pues, en el ejército aliado, era en una batalla general.

Pero parece que este pensamiento no existía tan olvidado entre nuestros enemigos como en-

tre nosotros, y segun lo justificaron los hechos estaban dispuestos á probarlo.

A las diez del 24 de Mayo se vió el campo enemigo cubierto de grandes fogones, cosa que rara vez se avistaba, lo que probaba que se incendiaban precaviéndose de la derrota, y quizá abandono del campo, como se supo mas tarde era efectivo.

Pero este como muchos otros hechos, no atrajeron el ojo militar de nuestro General en Gefe, y el campo enemigo, no obstante nuestra victoria nunca fué tomado; su abandono por el enemigo no llegó á noticia de nuestro General en Gefe, sino una semana despues, y cuando el enemigo habia vuelto á tomar posesion de él. Cuando las grandes quemazones y humaredas atrajeron la atencion de todo el Ejército aliado, el enemigo dejaba ya sus posiciones á la espalda, desplegando sus masas de caballeria é infanteria por sus flancos y frente, y siguiendo el plan probablemente trazado la víspera. Cada division del Ejército enemigo se dirijia á los distintos pasos ó vaduras de los esteros con osadía y grandes alaridos de triunfo.

Mientras el ejército Argentino, desplegaba en buen orden con las divisiones orientales so-

bre el frente del Ejército aliado y mientras que la caballería argentina cubría con escuadrones bien escalonados la estremidad de nuestro flanco derecho, el ejército brasileiro en alguna confusión formaba lijeramente su línea, dejando con este motivo que se internase una columna paraguaya de 3,000 hombres de infantería, mas allá de sus líneas de retaguardia: la misma que mas tarde fué acuchillada.

IV.

El grueso de las fuerzas paraguayas habia dejado sus líneas fortificadas, y dejando probablemente una reserva proporcionada, se estrelló contra el ejército aliado.

Iban por consiguiente á chocarse cerca de 70 ó mas mil hombres.

El dictador Lopez parece que habia dispuesto que fuertes columnas de infantería atacasen nuestro flanco izquierdo, compuesto en su totalidad de fuerzas del Imperio del Brasil, mientras que con el empuje de sus enormes masas de caballería, creyó aniquilar todo el centro del ejército aliado, compuesto de la disminuida pe-

ro heróica division oriental, y del ejército argentino, cuya caballeria cubria nuestro flanco derecho.

El ejército de Lopez traia, pues, la siguiente disposicion, á su centro, artilleria de calibre y liviana; sobre su flanco derecho, infanteria; y sobre su flanco izquierdo, caballeria. Detenida por los fangos y esteros toda su artilleria, solamente la infanteria y caballeria pudieron entrar en combate.

La caballeria de Lopez chocó de lleno con toda la infanteria del ejército argentino, que bien formada y en completo orden le anunciaba su imponente presencia con descarga sobre descarga; y no obstante la bravura de los ginetes paraguayos no tuvieron mas suerte que caer al pié de los cuadros de la República, que impávidos los esperaba para recibirlos con desdenosa sonrisa en la punta de sus bayonetas.

Así es que, aun cuando acuchillada una que otra de nuestras baterías, y casi deshecho un batallon, y puesto en vergonzosa fuga otro por la impericia notable de sus dos gefes superiores, la caballeria enemiga derrotada completamente, no pudo llenar su mision que probablemente era la de acuchillar nuestro centro y baterías, que sostenian un vivísimo fuego so-

bre las divisiones de infanteria paraguaya. Estas de ningun modo amedrentadas levantaban serenos el rostro cada vez que la metralla barría sus filas dejando inmensos claros, y cubriéndose los amarillos pajales de millares de muertos y mutilados despojos.

El flanco del Ejército de Lopez, sin embargo, avanzaba sin inmutarse en presencia del horrible estrago que se le hacia, y al recibir orden de entrar en aquel mar de agua vadeó los esteros hundiéndose centenares en aquellos hondos barriales, pero siguiendo su marcha y avanzando fueron siempre adelante.

Mas su destino resuelto de antemano, fué completamente cumplido dos horas y media despues, con su completa derrota y destruccion, no obstante su arrojo y los inauditos esfuerzos de sus valientes Gefes y soldados.

¡Cuanto sacrificio, cuanta lucha!

V.

El sol que asomó aquel dia sin que nadie pensase en combate tan horrendo, y pelea tan tenaz, recien se escondia con sombrío aspecto

mirando por postrera vez esa inmensa hecatombe, esa gran victoria.

El ejército aliado había sido vencedor, y aunque seriamente diezmado brindaba á sus Gefes coronar la gloriosa jornada avanzando y tomando acto continuo las posiciones abandonadas por el escarmentado enemigo.

El General en Gefe poetizando tal vez, sobre aquel espectáculo sombrío ó mas precavido que sus subalternos, titubeaba aun; dudando de lo completo de la victoria, fijaba la mirada sobre el enemigo que en grupos deshechos y algunas divisiones destrozadas, querian aun disputar á los aliados el terreno gloriosamente conquistado.

Por este singular incidente, es que vimos ese dia paralizados los resultados que podian haberse alcanzado, con un poco de mas resolucion.

VI.

El Estandarte de la República hecho mil gloriosos jirones ondulaba victorioso sobre los campos de Tuyutí, y las dianas dejábanse oír

en holocausto al Dios de la victoria, y de los pueblos libres.

El ejército aliado vijilando sobre el campo de honor tan dignamente sostenido en el rudo combate que ese día había traído el enemigo, penetrando nuestras filas hasta mucho más allá de las últimas carpas de nuestra retaguardia, contaba sus pérdidas, y nuestros Gefes veteranos recorrían con la vista los cuerpos mutilados y destrozados en aquella pelea.

¡Cuántos amigos menos, cuantos recuerdos más!

Por muchas razones para nosotros ese día será glorioso, pero de tristes recuerdos.

Al consignar tan lijera y superficialmente los hechos más culminantes de ese día glorioso para la República que sin dejar de comprender que sus principales puntos quizá pueden haber pasado sin una competente apreciación por nuestra parte, diremos que nuestra posición subalterna nos colocó cerca del centro de donde hemos tenido que apreciar todos sus numerosos é interesantes detalles; sin embargo, testigo ocular de estos hechos culminantes en la historia de los pueblos Sud-Americanos no hemos podido menos, que á la par que traemos á la memoria la pérdida de muchos otros, re-

cordar al amigo á quien dedicamos estos lije-
ros apuntes. Son dos ó tres palabras, que á
la vez que comprueban la manera en que se
han desarrollado á nuestra vista los hechos en
ese día memorable, nos ligan con el recuerdo
de aquellos que moran allá donde imperan las
leyes del Justo y se desconocen sin duda los
anchos y funerarios valles, que como el de Tu-
yutí, ofrece honrosa sepultura á los héroes que
cayeron luchando por la gloria de la Repú-
blica!

A la memoria de Francisco Paz, al bravo
soldado y modesto estudiante, que dejando á
un lado sus lejitimas aspiraciones, voló con
nosotros á ceñirse la espada cuando la Patria
llamaba á sus hijos para defenderla, dedica es-
tos humildes apuntes

UN INVÁLIDO DE LA PATRIA.

(La Discusion.)

ENTIERRO

DE

PORTELA, PAZ Y CALIBA.

DISCURSOS PRONUNCIADOS SOBRE SUS TUMBAS.

ENTIERRO DE PORTELA.

El 17 de Junio á las 10 y media de la mañana fueron conducidos al cementerio los restos del estimable Julian Portela.

El ataúd iba cubierto con el pabellon argentino, y el kepi y la espada de aquel bravo, rodeado todo de multitud de coronas.

Fué conducido á pulso hasta cerca del Retiro y allí se colocó el féretro en el carro mortuario, siguiéndole un numeroso y distinguido séquito en una fila de carruajes que ocupaba

como cinco cuabras y en el que se notaban personas muy caracterizadas como el Ministro del Culto de la Nacion, el de Hacienda, el de la Provincia, el Inspector de Armas y varios Senadores y Diputados.

Al sepultarse los restos de Julian, se pronunciaron algunos brillantes discursos.

Van en seguida todos los que hemos podido obtener.

EL SR. D. SANTIAGO ESTRADA, DIJO:

Señores.

Ayer era un niño y hoy es un mártir!

La espada de los bárbaros apagó la antorcha de su vida, y unió su aurora con la noche del sepulcro!

Ayer era un niño que partió al campo de batalla, coronado con las flores humedecidas por el rocío de la primer alborada de la vida, y hoy es un mártir que ha venido á morir en los brazos de su pobre madre.

Salió al mundo, vió á sus hermanos luchando por la patria, fué á combatir al lado de los hombres viriles y ofreció á la libertad un do-

ble holocausto: su vida y las ilusiones de los veinte años!

Era un niño y es un mártir!

Por eso tu imájen se levantará radiante de esta tumba! Por eso tendrá por sudario la bandera de la patria, por cantor de tus glorias á tu generacion, y por amigo que te llorará siempre, al pueblo en que naciste!

¡ Señor de los ejércitos! concede tu cielo al niño, y tus palmas al mártir.

EL DR. D. MANUEL A. MONTES DE OCA

Señores:

El soldado que viene á dormir el sueño eterno en esta tumba que se abre para la dolorida familia del Dr. Portela, ¿por que trae en pos de si tan numeroso concurso de ciudadanos distinguidos? porque el patriotismo y el sacrificio obligan la gratitud de la República.

Si, Señores, Julian Portela, el oficial pundonoroso y decidido que consagró su brazo fuerte y su voluntad inquebrantable á la defensa de la religion política de sus padres, ha merecido esta ovacion.

Su historia es tan breve como ha sido su vida: solo comparable á esas lacónicas pero sublimes frases del Evangelio, que dicen mas que la elocuencia de todos los sábios, ella puede concretarse en pocas palabras.

Julian Portela vivió veinte años apenas. En el primer aniversario histórico de su primera herida, fué atravesado de nuevo por el plomo enemigo; y ha muerto por la patria al pié de su bandera, regando con su sangre de republicano y de demócrata el árbol de la libertad.

Consagremos á su juventud tronchada por el huracan impetuoso de la guerra, las lágrimas del amor y de la amistad,—y á su abnegacion y á su valor homérico la siempre-viva y el laurel dedicado á los héroes y á los mártires.

EL SR. DON. PEDRO CONDE.

Señores:

Permitid al compañero de armas, que interrumpa con la palabra, el silencio solemne de las tumbas; permitidme que arroje el último tributo de la amistad, á la memoria del mártir que ha pasado ante nosotros, como uno de

esos genios predestinados por la Providencia, para sellar con su sangre la redencion de los pueblos.

Yo he sido testigo del arrojo y temeridad del niño, cuya muerte lloramos; lo he visto con la serenidad del héroe, en los dias de conflicto y al mismo tiempo de gloria para la patria, humillar el peligro, despreciar la muerte, y vencer las turbas fanatizadas del déspota—Corrientes, Señores, fué testigo de su gloria, en donde por primera vez regaba con su sangre, el árbol fecundo de la libertad.

La idea de Mayo, en su mayor pureza se hallaba como aclimatada en Julian, espíritu independiente, orgullo nacional, fé ciega en el porvenir de su patria, y acciones heróicas de aquellas que salvan las nacionalidades por la abnegacion y el martirio de sus hijos, todo reflejaba á cada paso en sus hechos y en sus ideas.

Yo le deseaba nuevas glorias al compañero y amigo, que clavó el pabellon celeste en el fuerte de Corrientes, al que defendió personalmente la bandera de su patria; y en efecto ha adquirido nuevas glorias, pero rodeadas con la augusta aureola del martirio, é impugnable al polvo que levantan al pasar los siglos.

Hagamos votos al cielo para que las generacio-

nes argentinas, como los antiguos guerreros, pidan inspiraciones á las cenizas de sus héroes. Para que el mártir de la patria descanze en paz junto al mártir de la tiranía; para que la gloria vele en la tumba del Capitan de 20 años; y para que no se estinga jamás de nuestros corazones la memoria de mi desdichado compañero de armas. Adios, Julian, santo de la patria; encuentra un lugar en el cielo.

EL SR. D. JOSÉ M. CANTILLO (HIJO.)

Señores:

Si estos terribles golpes que anonadan y desesperan, no nos diesen la conviccion profunda que hay una recompensa en otra esfera, la vida seria odiosa.

No hace mucho tiempo nos dábamos el abrazo de despedida con ese que hoy es cadáver, cuando brillaba en sus pupilas la vida y el valor! Aquel estrecho abrazo fué el último que le dí!

No hace tampoco muchos dias que volvia de nuevo herido, el buen hijo, el buen ciudadano, el patriota, el leal amigo Julian Portela.

Subia las escaleras del muelle, fatigado, jadean-

te, pero con esa voluntad de hierro que nunca le abandonó, y dándole un abrazo á su desgraciada madre, cayó en el lecho, de donde no debia levantarse mas.

Cuando antenoche fuí á acercarme á ver el estado de su gloriosa herida, y encontré un cadáver, bañé de lágrimas ese rostro idolatrado que la muerte con su sombra no habia podido quitarle su belleza varonil.

Solo, esa noche cuando velaba tu cadáver, puse mis labios en tu yerta frente, y al encontrarme con tu mirada fija y velada, ví las sombras de Félix Diaz y Máximo Ugalde, que te arrebataban.

Si, Julian, ellos te esperaban, los tres juntos marcharon á defender ese caro pabellon celeste y blanco, y los tres cayeron bajo él; ellos murieron, tú fuistes á vengar entonces á tu patria y á tus amigos. Pero Dios no lo quiso, y te esperaba para daros á los tres el premio destinado á los mártires, á los que mueren en aras de la libertad.

Duerme, Julian, en paz; tus amigos no podrán borrar jamás de su memoria tu nombre y tu valor.

Ven á reunir tu cuerpo con las cenizas de tu padre el querido Doctor Portela, mientras noso-

tros tratamos de consolar en lo posible la desesperacion de esa madre doblemente desgraciada.

Adios, Julian!

—

ENTIERRO DE PAZ.

El 8 de Octubre fueron conducidos los restos de nuestro hermano á la morada de los que fueron.

Al fin de este libro vá la descripcion de lo que hubo en este dia memorable para los deudos de Francisco, y particularmente para los del Capitan Domingo F. Sarmiento.

Aquí nós reducimos á publicar aquellos discursos que han sido escritos especialmente para nuestro hermano.

Van en seguida :

EL SR. D. MIGUEL NAZAR, DIJO:

Señores:

La abnegacion y el sacrificio, es y ha sido siempre la escabrosa via que conduce al templo augusto de la inmortalidad. Francisco Paz, señores, vosotros lo sabeis, acaba de recorrer ese itinerario glorioso que solo es hollado por la planta de los héroes.

Sin peligro entónces, de profanar la pompa funeraria de este momento, permítaseme saludar á nombre de la generacion á que perteneció, al compañero y al amigo que acaba de nacer para la gloria.

No os sorprenda, Señores, la novedad de la idea.

Francisco Paz! Si su nombre y su alma generosa viven para siempre, ¿qué ha podido entonces arrebatarle la muerte?... Nada! porque precisamente el timbre de los héroes, es la inmortalidad, y con él ha burlado su omnímodo poder.

¡Salud, pues, héroe de veinte años!

A tí víctima del ardor de la primera edad, no te estrañará que tus compañeros hayamos sustituido el tributo de las lágrimas por el del entusiasmo! Tu muerte no ha sido para nosotros, mas que la transicion de la mortalidad á la gloria.

¿Porqué llorarla, entonces? Seria un egoismo, y el egoismo no puede ser aceptado por aquella alma que llevó su generosidad hasta el sacrificio.

¡Vive, pues, condiscípulo y amigo! ¡Vive para siempre! Gozad con el recuerdo de que nada has esterilizado aquí, pues hasta la tumba que nos dejás á la sombra de la bandera en que caistes envuelto, será el nuevo paladion donde tus compañeros vayan á consultar un día el modo de vencer á los tiranos, ó el camino que conduce á la inmortalidad. . . .

EL SR. D. ALFREDO SAJOUS.

Señores:

No vengo á hacer el panejírico del jóven Francisco M. Paz; esos restos que veis en ese ataud destrozados por la metralla, los que no ha mucho animados de vida obedecian temerosos á una voluntad ilustrada por la conciencia del deber, que les imponia su sacrificio por la dignidad de la humanidad y el triunfo de sus mas legítimos derechos, os ofrecen un testimonio elocuente de sus virtudes.

Vengo á levantar mi humilde voz para dar el

último adios al amigo; VENGO Á NOMBRE DE SUS CONDISCIPULOS DEL «COLEGIO NACIONAL» á rendir el tributo de admiracion y respeto que merecen las almas grandes y elevadas!

El jóven Paz permaneció algun tiempo en las aulas de este Establecimiento, donde robusteció su inteligencia adquiriendo vastos conocimientos en las ciencias exactas á cuyo estudio se habia dedicado, y por su carácter franco y generoso supo captarse las simpatias de los que le conocian.

Empeñada la República en una guerra en la que necesitaba de la cooperacion de sus hijos, Francisco abandonó sus estudios para ir á engrosar las filas de nuestro ejército que debia oponer un dique á las legiones invasoras que hollaban ya el suelo de la Patria. Poco despues lo vemos en Corrientes al lado de los bravos soldados de la «Legion Militar» conduciendo con arrogancia el estandarte de la victoria. Empero, en su marcha debia ser detenido; el fuego nutrido y certero del enemigo derriba su cuerpo inutilizándolo para seguir á sus compañeros de armas!

Paz regresa á Buenos Aires donde permanece largo tiempo en el lecho del dolor; testigo sois la mayor parte de vosotros de sus su-

frimientos y de su resignacion para sobrellevarlos. Por fin, consigue restablecer un tanto su salud, debido á los asíduos cuidados de su familia, y convaleciente aun vuelve á tentar de nuevo la empresa, arrojando todas las calamidades de una campaña larga y penosa.

Nuevos y sangrientos combates se suceden, y Paz siempre sereno é inalterable en los mas grandes peligros, parece comunicar á sus soldados ese fuego que arde en el pecho de los guerreros en medio del conflicto, ese sentimiento sublime que convierte á los hombres en héroes.

Por fin, Señores, llega el momento fatal en que Paz va á abandonarnos!

Curupaytí estaba de frente con sus formidables cañones, con sus invulnerables trincheras.

¿Quien podria detener el paso de tantos valientes? ¿Que cuadro tan destructor, pero tan glorioso para el nombre Argentino bosquejará la historia al ocuparse de esta jornada! ¿Que esos héroes que trepan las murallas de las fortificaciones enemigas, para los que ningun obstáculo es casi insuperable; aquellos que no detienen su brazo ante los espectáculos mas desgarradores, no son los dignos hijos de los que escalaban los Andes, de los veteranos de Maipú y Chacabuco?

Sí, Señores! Curupayti aunque desastroso y adverso para las armas aliadas, es en el que el ejército argentino ha adquirido con mas legitimidad el renombre de valiente.

Allí en lo mas encarnizado de la lucha, donde no se escucha mas que el fragor de las armas y el clamor de las víctimas, Francisco ve caer al denodado Charlone, los cadáveres se multiplican, todo le anuncia que vá á morir!

¡Y aun podria salvarse!

Pero no, Señores! la idea del deber habla mas alto en su interior que todos los instintos y pasiones terrenales, y en el fondo de su alma está escrito yá el decreto de su muerte!

Paz tiende una mirada al trono del altísimo, ya los colores de su bandera han desaparecido ocultados por el humo del combate!....Francisco cae como verdadero soldado al pié de las trincheras, atravesado su pecho por una bala.

¡Hay algo digno en la tierra para ofrecer en compensacion de este sacrificio á los mártires de la Patria?

Nada, Señores, buscad, todo lo que hallareis es finito, fugaz, transitorio!

¡Francisco M. Paz, ya no existe! su espíritu ha volado á recibir del Eterno el premio de sus sacrificios!

¡Manes queridos de los que os sacrificasteis por la libertad y la justicia, guerreros de la Independencia, recibid al héroe de Curupayti, llevad á vuestro lado á uno de vuestros dignos hijos!

EL SR. D. EXEQUIEL PAUNERO.

Señores:

Nos hallamos en medio de la soledad y del lúgubre silencio de las tumbas, agrupados en torno de este mártir.

Lugar verdaderamente sagrado, donde las almas con religioso recogimiento, elevan sus plegarias al eterno.

Humedezcámoslo con nuestras lágrimas!...

.....
¡Triste tributo de la amistad!

Francisco Paz es el héroe que ha sucumbido, despues del ataque á las trincheras enemigas; es el nombre de aquel que al llamado de la patria, con el corazon lleno de entusiasmo, venciendo los mayores obstáculos, ceñia á la cintura el arma del soldado, y se apoderaba del valor y de la serenidad del guerrero.

Francisco habia recibido ya una grave herida el 25 de Mayo de 1865, pero apenas restablecido volvió al ejército.

Despues de haber pasado los rigores de una larga campaña, y halládose en sangrientos combates, ha muerto con heroismo á consecuencia de las heridas que recibió en el memorable asalto de las formidables fortificaciones de Curupaity.

La patria, Señores, ha perdido en él á uno de sus mejores hijos. El vacio que queda en ella es inllenable!

Su familia llora desconsolada tan irreparable pérdida. Sus amigos todos lamentan su ausencia, porque su muerte no la pueden concebir!

¿Y como no sentirlo, Señores, cuando ayer no mas lo veíamos á nuestro lado, contento, risueño, placentero, lleno del fuego de la juventud que anima la vida, gozando de las horas serenas que huyen en el tiempo, y de las ilusiones que desaparecen con los albores del nuevo dia?

¡Francisco! ¿que te has hecho?

¡Sombras, sueño, delirio! ¿qué es lo que me priva verte y hablarte? ¿O es realidad?

Misterios!.....

Descansa en paz, querido amigo!

La aureola de gloria que te rodea, es el premio de tu sacrificio!

¿Nos veremos.....?

EL SR. D. NICANOR LARRAIN.

Señores:

Ante los venerandos restos de Francisco Paz, ante las sagradas cenizas del esforzado estudiante y del valiente soldado, ante las gloriosas reliquias del buen ciudadano y del heroico militar, siento que mi alma se halla conmovida por agitados sentimientos que disputan su dominio.

No es solo su tránsito del ser al no ser lo que turba mi razon; no es únicamente la pérdida del buen estudiante, la que me hace lamentar en él una de las frustradas esperanzas de nuestra patria; ni tampoco la falta de un héroe en las filas de nuestro ejército, la que me dá el ánimo suficiente para manifestar delante de vosotros mi amargo sentimiento y hacer público mi dolor; es la falta conjuntiva del buen amigo, del honrado y cumplido ciudada-

no, del valeroso campeón que correspondiendo dignamente á su tríplice mision, supo representar á su generacion en los campos de batalla y en las bancas del estudio.

Como condiscípulo, le ví con la mayor asiduidad luchar contra la ignorancia y arrancar sus arcáanos á la ciencia.

Como compañero de armas, le miré en pugna con los sacrificios que exige la vida de los campamentos.

Y como conciudadano le hallé siempre en el cumplimiento de los deberes que nuestra condicion de seres sociales nos demanda.

Bajo este punto de vista mi alma se conmueve, al recordar á uno de nuestros representantes bañado en la generosa sangre que solo el enemigo plomo pudo derramar; al traer á la memoria la pérdida del digno descendiente de los gigantes de Mayo, que con su grandeza de alma profesó el credo que nuestros padres formularon en San Lorenzo y sancionaron en Ayacucho; al mencionar en fin, al verdadero ser moral que concurriendo á la unidad y bien del todo, llega en su cumplimiento por el deber, hasta sacrificarse por el bien general.

Ese sentimiento generoso del alma que los buenos reclaman como un tributo pagado á la

justicia, lo debemos á aquellos que dejando un recuerdo imperecedero, pasan á formar parte del mundo de los espíritus.

Francisco M. Paz pertenece á ese número.

El desdeñó las comodidades y apartó sus miradas del risueño porvenir á que estaba llamado, abandonó el hogar doméstico, y en una palabra, dejó en sus queridos padres el *totum* de su felicidad.

¿Por que?

Porque el deber de la patria pedia á sus hijos el sacrificio; porque el nombre de argentino que él llevaba con orgullo, exijia la desaparicion de la mancha que la ignorancia y el despotismo echaron sobre nuestra bandera. Su corazon no pudiendo permanecer impassible ante tamaño ultraje hubo de protestar enérgicamente y á la manera de Régulo y con la generosidad propia solo de éste, marchó al sacrificio.

¡Triste galardón, sin duda el que tributamos al heroísmo!

¡Pobre recompensa la que hace del plomo matador el escabel para trepar á la mansión de la virtud tiene su premio!

Su nombre se halla grabado en la lista gloriosa de los primeros valientes que marcharon

á repeler las hordas invasoras de nuestro querido suelo, y el primer hecho de armas de esta penosa campaña, costó á Paz su sangre preciosa destinada á fertilizar el heroismo. Su larga postracion y su tardío restablecimiento no bajaron el temple de su alma, porque la fuerza determinatriz de sus actos no era el pasajero entusiasmo, sino el reposado patriotismo.

Cuando la « Legion Militar » su cuerpo predilecto, le contaba de nuevo en sus filas y le veiamos lleno de animacion y constancia en la prosecucion de su interrumpida obra, la muerte inexorable nos lo arrebató el 26 de Setiembre, llenando de luto nuestros corazones, y de llanto y desconsuelo á su familia.

Los sangrientos muros de Curupaytí vieron caer al pié de su bandera al joven Teniente que, aunque solo contaba cuatro lustros de existencia, habia ya envejecido en el cumplimiento de sus obligaciones.

Mirar su nombre borrado del libro de la vida puede sin duda alguna hacer brotar de mis ojos una lágrima rebelde que humedezca la tierra que le vá á cubrir, pero ¡Señores! sobre la tumba de los héroes no se llora!

Sirva de lenitivo á nuestro intenso dolor la

consideracion de que, nuestro amigo honra á la humanidad como mártir del deber; que como argentino dió lustre á su patria; y como representante de la generacion que se levanta nos deja un justo motivo de orgullo.

Permitidme, Señores, que vuelva mis miradas hácia su desolada madre y que en nombre de mis amigos y mio, la diga: Señora, enjugad vuestro llanto, porque si la desgracia que os agovia habla muy alto, la gloriosa memoria de vuestro hijo y el sentimiento que sus compatriotas manifiestan en su tumba, es una fuerza que si no neutraliza el mal, por lo menos lo modera.

¡Que la justicia humana bendiciendo sus virtudes, sea el presagio de su felicidad eterna!

EL SR. D. JOSE MANUEL GOROSTIAGA.

Señores:

Vengo á cumplir con el último y doloroso deber de un amigo, vengo á dar el último adios al bravo Teniente Paz. Y como al pié del féretro es el lugar destinado para que el esplendor de las almas nobles y grandes, apa-

rezca patente, no puedo menos que, sobrepasando la modestia del que tan dignos recuerdos ha dejado grabados en nuestro pecho, como reliquias santas del honor y la libertad, tocar algunos puntos de su corta y bella vida.

Francisco Paz, no ha sido solamente un bravo entre bravos, sino tambien un inteligente y aprovechado estudiante; y si su valor brilló en el combate, brilló tambien en las aulas su inteligencia: y si nó, que el sabio francés que en estos momentos está reunido con él, nos lo diga; él fué el que conmovido ante las dotes felices de su inteligencia no pudo dejar de estrechar la mano del que hoy yace inerte; él fué, Señores, el que dirigió en sus primeros pasos á esa inteligencia que estaba llamada á ser una de las joyas de nuestra nacion y que la implacable enemiga de la humanidad nos la ha arrebatado.

En 1863, despues de haber cursado algunos años en las aulas de la «Universidad,» pasó al «Colegio Nacional,» para entregar la direccion de su inteligencia al hombre de la ciencia, al Dr. D. Amadeo Jacquez.... ¡Hoy los dos están reunidos, el Dios de la justicia habrá colocado sus almas en el lugar de los justos, que él sea tambien el que dirija mi palabra!..... Allí

cursó las matemáticas y en el primer mes del año 65 rendia su segundo exámen.

El Dr. Jacquez, el que por un momento tuvo en su sabia mano la direccion de la juventud argentina, sintióse conmovido al ver la soltura é ingénio de su discípulo, y sus juicios anteriores en coincidencia con el de ese momento, hicieron que la admiracion llegase á su colmo, y salvando en tanto el tablado que le separaba de Francisco con voz conmovida, le dijo: «Jó-
« ven Paz, felicito en Vd. al mejor estudiante
« que he visto desde que enseñé matemáticas.»
Basta, Señores, con el juicio recto de ese sabio que ha recorrido tanto, y que ha tenido en sus manos la direccion de tanta inteligencia.

En 1865 un vapor esperaba para conducir en su seno á las aulas de una Universidad Europea, al que hoy lloramos y por quien la patria viste luto. Pero, Señores, en ese momento un grito de indignacion se hizo oír en toda la República. El bárbaro dictador del Paraguay, habia osado invadir nuestro territorio, pisotear nuestra bandera, é inmolar un sin número de víctimas á su sed insaciable de sangre. Entonces, el noble corazon de Paz no pudo resistir; las pasiones por la ciencia cedieron ante el amor de la patria; su corazon latió, no ya por

el estudio que hasta entonces había sido su norte, sino por la sed de venganza ante el baldon colocado en la frente de su patria: sed de venganza digna de premiarse en una alma grande como la suya. Abandonó la pluma para empuñar la espada, y si inteligente fué en el aula, se mostró valiente, sereno y magestuoso en el combate.

Unido á su amigo y digno compañero Julian Portela, mártir también en aras de la libertad se embarcó en Buenos Aires bajo las órdenes del bravo Coronel Charlone, para ir á desembarcar bajo la metralla enemiga en el puerto de Corrientes; allí, en esa lucha titánica que raya en lo maravilloso, desplegó la bandera que el inolvidable Charlone había depositado en sus manos, y se lanzó al combate á la par de sus dignos compañeros.

El nieto de Mayo herido por una bala enemiga cayó envuelto en los pliegues de esa bandera sublime, que un momento antes la hacía flamear en medio de la pelea, inspirado sin duda, en el recuerdo de nuestros padres que la pasearon victoriosa desde las orillas del Plata hasta la falda del Chimborazo! ¡Gloria inmortal, Señores, á los que tan dignamente derraman su sangre en los campos de la lid!.....

De allí volvió á Buenos Aires á curar su herida, para combatir nuevamente al lado de sus compañeros; pero desgraciadamente su enfermedad fué larga. Entonces se vió, Señores, el temple viril de esa alma tan jóven y tan noble; dolores horribles le atacaban y siempre sereno, sin que se conociese mas que los estragos que hacia en él la enfermedad. Por fin, llegó un día en que su pié, maltratado por la metralla enemiga, pudo resistir al peso de su cuerpo; y sin esperar el restablecimiento completo de su herida, sus sentimientos se despertaron con furor, y la idea de volver al campamento no le abandonaba.

A principios de Enero del 1866, resuelto ya á partir, fué á dar el abrazo de despédida á su tierna madre.

¡Pobre Francisco!... ¡quien habria dicho que era la última vez que la veia, que era el último abrazo que daba á su madre querida!

¡Fatalidad! Ayer no mas se le veia lleno de vigor hacer sentir el peso de su brazo sobre las cabezas enemigas, y lleno de confianza en su porvenir escribir á su madre que lo amaba: «Des-
« cuidad por vuestro hijo que las balas lo respe-
« tan. » ¡Desgraciado! no sabia que en el momento mismo en que se cubría de gloria, en el momento en que su alma mostraba su grandeza,

habia de ser arrebatada del seno de una sociedad que lo estimaba!

¡Dios de la justicia! premiad á esa alma digna que nos habeis arrebatado; premiad en él al bravo argentino, al noble hermano, al hijo sin igual! Y vosotros, sublimes corazones de Mayo; héroes que supisteis derramar vuestra sangre para darnos una Patria querida; ilustres fundadores de la República, salud al héroe, aceptad en vuestro recinto á la víctima sacrificada por sostener vuestros principios y mantener fulgorosa la preciosa herencia que le legárais.

ENTIERRO DE CALIBA.

En Junio del año 66, no bien llegó á nosotros la fúnebre noticia de la desaparicion de Caliba, nos dirijimos á la Señora Doña Jacoba Caliba, su tia, pidiéndole nos permitiera colocar esos restos queridos, en el sepulcro de nuestra familia.

La Señora tuvo la deferencia de acceder á nuestra solicitud, enviándonos al mismo tiempo, la espada que habia pertenecido al representante de una generacion en los campos de la

lid, al soldado entusiasta y decidido que caía defendiendo los derechos de un pueblo, al amigo, en fin, que había compartido con nosotros los goces de nuestra primera edad.

Nosotros, entonces, que nos hallábamos en Córdoba, escribimos á algunos amigos del Ejército, entre los que contamos á nuestro primo Francisco Bosch, á B. Lastra y á nuestro hermano Francisco, con el fin de que los remitieran á Buenos Aires, donde teníamos quien los recibiera, pues habíamos escrito también á varios estudiantes de aquí.

Pero aquellos amigos nos hicieron ver, en cartas que tenemos á la vista, las dificultades que se oponían para llenar nuestros deseos y los suyos, que no eran otros.

En la opinion de ellos, no era fácil extraer esos restos, despues de tan poco tiempo de haber sido inhumados; y además, por encontrarse al frente del enemigo, con obligaciones que les absorbían todo el tiempo.

Sin embargo, nos dieron la esperanza de que, á pesar de todo, el cuerpo del amigo se mandaría á Buenos Aires en una época mejor, que la ajitada en que se hallaban entónces los ejércitos.

Vino el fatal Curupaity, en el que cayeron

algunos de esos amigos que se habian impuesto la obligacion de cuidar un cadáver, y que morian, sin tener la satisfaccion de cumplir con el compañero perdido, remitiendo á Buenos Aires sus reliquias tan queridas.

Pero la voluntad de Dios no quiso que todo se perdiera en ese ataque que se llama Curupaity, cuyo solo nombre basta para arrancar al corazon eternas maldiciones!.....

Bonifacio Lastra era uno de los amigos que se habian salvado; y el 4 de Marzo del año 67, encontrándonos ya nosotros en Buenos Aires nos sorprendió con la noticia agradable, si es que puede serlo, de que los restos de Caliba se hallaban en la Iglesia de la Merced.

Lastra, pues, cumplia la promesa que antes nos habia hecho, de que las cenizas de nuestro amigo no quedarian en una tierra extranjera, á la que Caliba llevaba en su espada la libertad, ó el sacrificio.

P.

Digno ofrecimiento.

Publicamos á continuación las cartas cambiadas entre los Señores Victorica, Achínelly, Paz y

Lastra, con motivo del próximo entierro del Teniente Timoteo Caliba.

SS. EE. de «El Pueblo.»

Acabo de leer la invitacion que se hace para el entierro del malogrado jóven Caliba, Teniente del Regimiento «Córdoba,» muerto á consecuencia de las heridas recibidas en la batalla del 24 de Mayo de 1866; y aceptando tan digna idea, me es muy agradable ofrecer contribuir gratuitamente con un carruage fúnebre de primera, y dos de acompañamiento.

S. S. y A. S.

MIGUEL C. VICTORICA.

Marzo 8 de 1867.

Al Sr. Capitan D. B. Lastra.

Con motivo de haber visto en el diario «El Pueblo,» la suscripcion levantada para conducir al Cementerio los restos del bravo Teniente D. Timoteo Caliba, me suscribo poniendo á disposicion de Vd. lo siguiente:

Un carro fúnebre á cuatro caballos y dos coches de acompañamiento, lo que espero se servirá Vd. aceptar sirviéndose ordenar á su

S. S. Q. B. S. M.

JUAN F. AGHINELLY.

Marzo 8 de 1867.

Marzo 9 de 1867.

Sr. D. Miguel Victorica.

Muy Sr. nuestro: Por la redaccion de «El Pueblo» hemos sabido que Vd. ha tenido la deferencia de ofrecer un coche fúnebre y dos carruajes enlutados, para el acompañamiento de nuestro malogrado amigo Timoteo Caliba.

Aceptando su generoso contingente que agradecemos á nombre de su familia y amigos, oportunamente avisaremos á Vd. el dia designado para su conduccion.

Con tal motivo nos repetimos de Vd. atentos y S. S.

MÁRCOS PAZ (hijo.)

B. LASTRA.

Marzo 9 de 1867.

Sr. D. Juan F. Achinelly.

En contestacion á su apreciable de anoche, en la que se sirve suscribirse con un coche fúnebre de primera clase y dos carruajes, para conducir al Cementerio los restos de nuestro infortunado amigo Timoteo Caliba, diremos á Vd. que agradeciendo de corazon su digno ofrecimiento, no

nos es posible aceptar el coche fúnebre por haberlo hecho ya con el Señor Victorica, que lo había puesto á nuestra disposición.

En cuanto á los dos carruajes de acompañamiento los aceptamos, y oportunamente avisaremos á Vd. el día en que sean necesarios.

Con este motivo saludamos á Vd.

B. LASTRA.

MÁRCOS PAZ. (hijo)

(El Pueblo.)

Bestos de un amigo.

Hoy á las once se conducen al cementerio los restos del malogrado jóven Timoteo Caliba.

Uno menos entre los bravos defensores de la pátria.

Toda la juventud de Buenos Aires debe concurrir á acompañar á su última morada el cadáver de aquel hermano, que en las aulas y en la sociedad fué noble y bueno.

Su cuerpo va á descansar en el sepulcro de la familia de Cascallares, pedido al efecto, por el jóven Márcos Paz (hijo).

Hé aquí el aviso que nos remite, dirigido:

A LA JUVENTUD ARGENTINA.

A nombre de la familia del Teniente 1.º del Regimiento «Córdoba,» D. Timoteo Calíba, invitamos á todos sus amigos, compatriotas y estudiantes de la Universidad, concurren á la Iglesia de la Merced, el Mártes 12 del corriente á las 10 de la mañana, para conducir á su última morada, los restos de este aventajado estudiante de Jurisprudencia, muerto el 25 de Mayo de 1866, á consecuencia de las heridas recibidas en la batalla del 24 del mismo, en el Paraguay.

(La Tribuna.)

Calíba.

Ayer fueron conducidos al cementerio los restos del desgraciado Timoteo Calíba, Teniente del Regimiento «Córdoba.»

Salieron de la Iglesia de la Merced, despues que el canónigo Dr. Aneiros, celebró una misa por el eterno descanso del alma de aquel valiente.

El cortejo que acompañaba los restos de Ca-

liba era poco numeroso, pues sus condiscípulos se olvidaron de que eran sus restos los que se llevaban ayer.

Sin embargo, como el sentimiento y el dolor no los engendra el número, los amigos que allí habia condujeron aquellas reliquias queridas, á pulso hasta el Retiro.

Allí fueron puestos en un lujoso carruaje fúnebre que el Sr. Victorica facilitó generosamente, sin cobrar remuneracion alguna, al que seguian mas de treinta carruajes.

Cuando hubieron llegado al cementerio fueron depositados en el sepulcro de la familia Cascallares, despues que D. Luis V. Varela le dirijió la palabra.

Es de notarse el desprendimiento con que los Sres. Achinelly y Victorica, se han portado, contribuyendo con algunos carruajes sin querer recibir recompensa alguna.

A la invitacion que el jóven Márcos Paz (hijo) hizo al canónigo Dr. Aneiros para que cantase la misa, contestó ese señor con la siguiente carta.

Sr. D. Márcos Paz (hijo.)

Mi muy estimado Sr:

Será para mi de honor y de consuelo asistir mañana con el santo sacrificio por el finado jóven Caliba á la Iglesia de la Merced.

Con esta ocasion se suscribe de Vd.

A. y S. S.

FEDERICO ANEIROS.

Casa de Vd. Marzo de 1867.

El Sr. Cura de la Merced, merece tambien un elogio, por el modo generoso con que ha arreglado y alumbrado la Iglesia, sin querer recibir recompensa.

(La Tribuna.)

Discurso de D. Luis V. Varela.

Señores :

Si alguna vez el labio profano del hombre, tiene derecho á venir á interrumpir la majestuosa paz de los sepulcros y convocar á los muertos para que envueltos en sus sudarios, vengan á presenciar la fúnebre ceremonia que

se celebra en la morada de los que fueron; es seguramente cuando trae en sus brazos los restos queridos de un amigo, en cuyo cuerpo el plomo contrario abrió la herida, por donde entró la bala y salió la existencia.

Hoy, nosotros tenemos ese derecho, podríamos convocar á nuestros padres, á los que nos legaron con la patria la herencia de sus glorias, é invitarlos á que lloráran sobre el cadáver de un niño, á quien el valor y la dignidad han convertido en héroe.—Pero, Señores, con mas elocuencia que nosotros, con mas elocuencia que la palabra ardiente del orador inspirado, habla ese féretro mudo, que evocando las sombras del pasado y dirigiéndose al presente y al porvenir, les dice en ese lenguaje misterioso del silencio.

Timoteo Caliba, el niño que dejaba la banca del aula, para trocarla por el duro lecho del soldado en el campamento; el estudiante que abandonaba los libros del derecho, para empuñar la espada de la ley; el héroe que, muriendo envuelto en la bandera en que nuestros mayores escribieron el testamento político de la patria, nos lega un ejemplo grande de abnegacion y patriotismo, es el que guarda sin alma, sin vida y despedazado este féretro. Su

sonrisa afable no se dibujará ya en sus labios; su alegría no se mezclará ya á las nuestras; su dolor no se unirá ya al de sus amigos; pero en cambio, desde ese cielo puro, al que Belgrano arrebató la bandera azul y blanca, velará por los que como él han hecho de la virtud cívica un culto.

Y si es cierto, Señores, que para el martírio hay una palma; si es cierto que la patria guarda una lágrima para el que muere por ella; si es cierto lo que la España escribió en el mausoleo de las víctimas del 2 de Mayo, que—

« De los que mueren dándonos el ejemplo,
« no es sepulcro el sepulcro, sino templo, »

nosotros deberíamos traer á ésta tumba el laurel entretejido, ó la palma del martírio; el llanto del amigo unido á las lágrimas de la patria y de las vírgenes argentinas; y en los días grandes de la historia, deberíamos venir á este sepulcro, como al de Sarmiento, Francisco Paz, Solá, Portela y tantos otros á aprender sobre el cadáver del niño héroe el santo amor á la patria, ese amor puro que llega hasta el sacrificio!

Cartas.

Buenos Aires, Marzo 17 de 1867.

Sres. D. B. Lastra y D. Márcos Paz (hijo).

Apreciados Señores :

Si la gratitud puede alguna vez recompensar las acciones generosas y desinteresadas, sirvanse vds. aceptar mi profundo agradecimiento por todos los favores de que les soy deudora, por los honores y cuidados que han tributado á los restos de su finado y malogrado amigo el Teniente 1° Timoteo Caliba.

La divina providencia, ya que yo nada puedo hacer por mi parte; ha de premiar algun dia con largueza tanta nobleza de alma.

Por ahora, solo me resta suplicarles tengan la bondad de favorecerme con un último servicio, haciendo público mi agradecimiento hácia los Sres. Dr. D. Federico Aneiros, y D. Jacinto Balan, y en general hácia todos los Sres. Catedráticos, estudiantes de la Universidad, y demas personas que tan generosamente han contribuido con donativos para las exé-

quias y traslacion de los restos del infortunado Timoteo Caliba.

Quieran, Señores, aceptar la espresion del particular aprecio y respeto que les profesa.

S. S. S.

JACOBA CALIBA.

Buenos Aires, Marzo 19 de 1867.

Sra. Dña. Jacoba Caliba.

Señora de nuestro respeto:

Hemos tenido el gusto de recibir su atenta carta, que nos fué entregada ayer por nuestro comun amigo Jorge Diez Gomez.

Lo que hemos hecho, Señora, y haremos quizá por el amigo infortunado, no es mas que el cumplimiento de un deber sagrado para nosotros, que nos obliga á tributar un homenaje sincero al amigo que se sacrificó por su patria.

Créanos, pues, Sra., que si algo hicimos, fué impulsados por el respeto que sus méritos y capacidad nos ha inspirado siempre, y por el cariño tambien, que desde tiempo atrás le profesábamos á tan humilde y modesto amigo,

que encerraba en su pecho un corazón magnánimo, que solo latía á impulsos de sentimientos dignos y generosos.....!

Hemos pedido á nuestro amigo Diez Gomez, quiera hacer publicar en el diario que redacta la carta que contestamos, para llenar así los deseos que nos manifiesta Vd. en ella.

Quiera, Señora, aceptar la estimacion y la amistad, de los que la acompañan en su justo dolor.

De Vd. S. S. Atentos y S. S.

MÁRCOS PAZ (hijo).

B. LASTRA.

DOMINGO F. SARMIENTO

Y

FRANCISCO M. PAZ.

ENTIERRO DE LOS JÓVENES

SARMIENTO Y PAZ.

. No apareciendo hoy nuestro diario, anticipamos esta pequeña hoja de papel sin mas objeto que avisar al gran pueblo de Buenos Aires que hoy á las diez y media de la mañana, serán conducidos al cementerio, los restos queridos del Capitan Sarmiento y del Teniente Paz llegados ayer á nuestras playas.

La idea de llevar unidos á los dos mártires, no ha podido ser mas feliz, pues habiendo caido juntos al pié de su bandera, juntos deben ser conducidos á la ciudad de los muertos.

Como la familia del Teniente Paz habia invitado ayer, para hoy á las tres de la tarde, anticipamos este suplemento á fin de hacer saber que anoche han convenido *todos los estudiantes*, que ambos cuerpos sean conducidos unidos, á las diez y media de la mañana.

Los cortejos fúnebres se reunirán en la calle de la Florida, esquina á la de Corrientes.

Como los estudiantes han dirijido una invitacion parcial á sus compañeros, nosotros nos dirijimos al pueblo que tan dignamente se conduce en estos momentos, pidiéndole que concorra al entierro de estos dos jóvenes que, en la primavera de su vida, han caido lidiando en defensa del honor de su patria.

A las diez y media á casa del Dr. Paz, donde está el cadáver de su hijo!!

A las diez y media á casa del Dr. Rawson, donde está el de Sarmiento!!

**¡La memoria
de un soldado infortunado!**

Si el lector ha fijado su atención en el escrito precedente habrá visto que aparecen en él algunas palabras subrayadas, — que son significativas para los que conocen lo que en aquel tiempo ocurrió.

Creemos de nuestro deber prevenir, que transcribimos á esas líneas tal cual aparecieron en el boletín que tiraron de la^a imprenta de «La Tribuna,» como recordarán los que las hayan leído.

Hacemos esta prevención, porque no queremos que se nos vaya á atribuir semejante cosa, que á estar nosotros en Buenos Aires, no habria habido necesidad de tal proceder, que deja campo abierto á conjeturas de todo género.

Sin embargo, nuestra gratitud hácia sus autores, vivirá siempre en nuestro corazón, que conoce la sana intención que los llevaba.

En cuanto á lo demás, esperamos nos disimulen nuestros amigos, si callamos.

Estamos haciendo lo que podemos por la memoria de amigos que amamos, y seria enlodar lo poco que tenemos hecho, si diésemos aquí nuestra respuesta; porque tendríamos que atacar duramente á un individuo que pretendió sembrar la discordia entre los estudiantes en presencia de los cadáveres de Domingo Sarmiento, y de Francisco Paz,—con el objeto inno- ble de vengarse de nuestro hermano;—humilde soldado que no tuvo mas méritos que los que le concedió la benevolencia de los que lo querian!

Callamos, pues!

Así nos lo recomienda el respeto que debemos á la opinion de amigos que nos estiman!

Así nos lo aconsejan esos momentos de reflexion y recojimiento que con frecuencia se apoderan de nuestra alma!

Callamos, pues!

Y si este silencio espontáneo,—porque es la determinacion mas libre de nuestra voluntad,—dá lugar á sospechas que sean desfavorables á la dignidad y al decoro que hemos sabido conservar en todos los momentos de nuestra

vida, declaramos publicamente que estamos dispuestos á romperlo, hoy como ayer, mañana y siempre !

I.

El buho de la infamia anida entre las tumbas! De tiempo en tiempo remonta el vuelo y se detiene sobre un árbol fúnebre! Agazapado entre sus hojas, bate sus alas y deja escapar un graznido!... No trateis de averiguar la causa que le arranca ese grito fatídico! Cerca, muy cerca de él, se hallan los restos de un noble soldado, cuyo corazón generoso lo llevó á los campos de batalla á sacrificarse por su patria!..... El buho grazna otra vez, comenta la muerte del valiente, se acerca á su cadáver, y estira el brazo para arrancarle algunas hojas del laurel sagrado que ciñe sus sienes.....! Alguien se lo impide, y el buho grazna nuevamente.....! Pronunciad este nombre; — *Francisco Paz*— si quereis que el buho de la infamia, vuelva á su nido á ocultar el pico bajo su ala negra!...

Influenciados por una sana reflexion, hace unos meses escribiamos las líneas que anteceden,—sin sospechar que habia de llegar un dia en que nos viesemos forzados á hacerlas pedazos, rompiendo el silencio que nos habia impuesto un senti-

miento de respeto hácia vínculos de familia, y hácia personas que estimamos.

Estamos escribiendo para las muchas personas que conocen el asunto que nos ocupa. No es nuestra intencion hacer aquí una esposicion de la conducta que observó aquel mismo individuo, de las armas que esgrimió, ni de los medios de que echó mano; en los dias que se trataba de enterrar los cadáveres de Sarmiento y Paz, para ejercer una venganza innoble.

Sin embargo, todo lo hemos de decir, todo lo hemos de hacer, si es necesario,—y nadie, ni nada nos ha de hacer callar.

Nuestro objeto, pues, es solo contestar publicamente á repetidas ofensas públicas tambien, que se nos han inferido en la persona de Francisco Paz; — cuya tumba velamos, y de cuyos actos en la vida respondemos.

Al tomar esta actitud obedecemos á un deber imperioso, que nos obliga á hacer que se respeten las cenizas del que á mas de ser nuestro fiel amigo, fué primero nuestro digno hermano. Y al atacar ejercemos un derecho de defensa propia; — tanto mas justo, cuanto que lo produce una de esas acciones que, por su naturaleza, se hacen raras entre los individuos de la especie humana.

II.

De un artículo publicado en la sección editorial del diario «La Tribuna» de fecha 25 de Diciembre de 1868, tomamos los siguientes párrafos :

« ¿Cual era la causa de su enfriamiento, en-
« tónces?

« Algunos me la han querido explicar por la
« actitud que tomé, cuando se llevaron al cemen-
« terio los restos de su malogrado primo herma-
« no Francisco Paz—y con quien estaba mal—
« caido gloriosamente al pié de Curupaity;—pero
« yo me he resistido á creerlo, porque no he que-
« rido admitir que, á su edad, los odios puedan ir
« mas allá de la tumba. »

Y vá en seguida, en letras tan negras como apareció, la respuesta que recibió D. Hector F. Varela, — autor de aquellas líneas; — y que la tomamos tambien de la « Tribuna » de fecha 27 de Diciembre de 1868;¹ —á donde

1. En la Biblioteca Pública, sita en la calle de Moreno, n.º 59, se halla la colección de la «Tribuna» á la disposición de todo aquel que quiera leerla.

remitimos al lector para que vea la exactitud de la transcripcion que hacemos.

Dice así:

« DISGUSTO CON PERSONAS DE MI FAMILIA. »

« Garanto que me ha sorprendido que un hombre como Vd. que tiene reputacion de ilustrado, « haya incurrido en tan grave error como el de « ocuparse de ésto. »

« Ahí vá, Sr. Varela, un cartel heráldico. »

« Me enorgullezco de todo mi pasado, y de « mi presente, públicos y privados ambos. »

Como se vé, la venganza que se tomó el año 66, sobre el cadáver humeante de nuestro hermano Francisco Paz, se reproduce el 68 en un artículo de diario, ó como se le llama en un *cartel heráldico*. Y no en vano hemos dicho y repetido venganza nosotros; pues es preciso que se sepa que el año 64, Francisco Paz provocó á un duelo al autor de aquella contestacion á Varela; y el autor de aquella contestacion, lo aceptó y eludió en seguida, como saben aceptarlo y eludirlo despues, los valientes de su talla.

El reto, pues, que se nos lanzó el año 66 en la persona de Francisco Paz, estando nosotros en la provincia de Córdoba, se nos vuel-

ve á arrojar hoy por medio de un *cartel*, y con una osadia y perversidad que desconcierta el espíritu.

Esas líneas, por fin, que hemos transcripto, y que leemos gracias á la bondad de un amigo, las reputamos nosotros como una nueva provocacion que se nos lanza públicamente, sin motivo, ni causa alguna que la justifique.

Y no es otra cosa lo que se ha querido hacer!

Lejos de hallar en esas líneas una palabra siquiera de disculpa que dignificaria al mas miserable en este caso;—lejos de encontrar en ellas un pretexto para callar ó evadir una respuesta á la observacion de Varela;—vemos, por el contrario, que hay orgullo en haber profanado las cenizas de un muerto, con quien existian vínculos de parentezco;—vemos la corroboracion de un acto indigno que, mediante una cobarde impunidad, se pretendió llevar á cabo contra un soldado indefenso, esgrimiendo en conciliábulos secretos esas armas infames que se llaman intriga y calumnia....!

Lejos de hallar en esas líneas, repetimos, un proceder que enalteciera reparando un error cometido, y al que muy pocos estan espuestos;—vemos, por el contrario, una ratificacion mas

culpable que el hecho mismo, pues han sido escritas dos años despues, tiempo suficiente para que la reflexion le hubiera hecho comprender á su autor, que su tarea fué propia de buitres hambrientos que solo en las tumbas sacian sus feroces instintos....!

Pero qué....!

Los preciosos momentos del recojimiento, jamás ejercieron su influencia benéfica en el espíritu de un villano.....!

III.

Está bien, decimos nosotros, ahora!

Convencidos de que el silencio imponente de los sepulcros, no es bastante para hacer olvidar, ni para acallar siquiera las pasiones estraviadas de un individuo, que nos provoca nuevamente en la persona de nuestro hermano, que entregó su vida en servicio de su patria en peligro;—

Venciendo, como hemos vencido, y vencemos la natural resistencia de nuestro espíritu, que se opone á que recojamos el guante que

nos arroja un hombre, en cuyas venas corre nuestra misma sangre;—

Cansados de tener consideraciones con quien solo nos paga con ingratitudes y bajezas, que se revelan hasta en los instantes que ha elejido para asestarnos el golpe;—pues lo ha hecho siempre en medio de esas situaciones afligentes por que hemos pasado, y pasan todos en la vida;—

Fatigados ya de tolerar tanta rastreria en un hombre que ha traducido en miedo talvez, á la conducta noble y prudente que mil circunstancias nos han obligado á observar con él,—aceptamos el nuevo reto con todos sus resultados y consecuencias, como aceptamos la guerra con todo el entusiasmo y el fervor de nuestra alma, que retempla su energia ante el recuerdo de sus amigos, *al pié de cuyas tumbas venimos hoy á sacrificarlo todo!.....*

Dicho ésto, completemos nuestro *cartel heráldico!.....*

IV.

Repitamos con el Teniente Coronel D. Lucio V. Mansilla,—alcanzamos unos tiempos en que

es necesario ir capitalizando dia á dia las calumnias que nos lanzan, y las ofensas que nos infieren, á fin de amortizarlas en el momento oportuno, y cancelar una vez por todas con la canalla.

Esto estamos haciendo ahora; y colocados sobre la tumba de nuestros amigos, nada nos impone, nada tememos, para llevar á cabo nuestra firme determinacion.

¿Pero, ni que podrá imponernos?— ¿ni á quien podriamos temer?

¿Será, por ventura, al éco de cien trompetas que nos viene anunciando la fama de un pedante, que allá en las elucubraciones de su fatuidad, se cree una lumbrera en el templo de la ciencia;—un astro luminoso en el cielo tempestuoso de la política;—un genio, como nos decia en una carta, destinado á dirigir por buen camino á esta patria argentina?

¿Será, acaso, al pretencioso ridículo, que en época no lejana, fué el instrumento electoral de un partido, que lo remuneró con un empleo público primero, y con una dispensa escandalosa de estudios, después?

¿Será, por ventura, al villano que tuvo la *gloria* de esplotar el nombre querido del digno Sarmiento, con el fin de llevar á cabo sus propó-

sitos infames contra el cadáver de Paz,—infortunado soldado que marchó á la guerra del Paraguay, y murió allí, cual no ha de morir el miserable que nos ocupa?

¿Será, acaso, á la grita insolente y vulgar de un ambicioso degradado, que cual guaso de pulpería, se presenta á las reuniones populares, embriagado con los vapores de algun Dios mitológico que no es Minerva, por cierto?

¿Será, por ventura, al chacarero convertido hoy en saltimbanqui político, que con la sola presencia de sus padrinos, creyó influir y hacer miedo en el ánimo de un digno jóven, para arrancarle una carta semejante á la que en otro tiempo tuvo él la bajeza de firmar?

¿Será, acaso, al quijote de los duelos y parroquias electorales, que de miedo no sació su rabia *en el duelo á que lo provocó Francisco Paz*, como quizo saciarla mas tarde, cuando el soplo de la vida dejó de animar á su leal adversario?

¿Será, entónces, al vil y cobarde que, semejante á una hiena, pretendió solazarse sobre el cuerpo inerme del que lo *desafió y arrancó una satisfaccion cuando vivia*,—por medio de sus dignos representantes, el inolvidable Juan Chassaing y el estimado Manuel Argerich?

¿Será, por fin, al intrigante rastrero que hasta para vengarse de un muerto *á quien en vida le tuvo miedo*, se mostró raquíptico y despreciable como su alma negra...?

¡Miserable reptil!

¿Y es éste quien va á intimidar?

¿Y es por éste, por quien nosotros hemos de dejar de poner todo nuestro nombre al pié de estos renglones, que van ya enlodando tantas páginas de este pobre libro?.....

.....
.....

Declaramos una vez por todas, que la ley del talion no nos es desconocida, y que nosotros la aceptamos con toda la repugnancia que nos inspira.

¡Adelante, pues!—y si un doble reto, si una segunda ofensa, no basta para justificar nuestro proceder de hoy, diga la sociedad y sus miembros lo que quieran;—pero el hombre que sin miramientos de ningun género, profana dos veces el cadáver de nuestro hermano; el hombre que nos provoca de este modo, sin respetar nada, ni el dolor de una familia, ni siquiera la magestad de una tumba;—ese hombre, decimos, es para nosotros, á mas de lo que ya hemos dicho,—UN CANALLA—*tan ruin y tan*

cobarde, que lo creemos indigno de que nuestro sirviente lo escupa á la cara, ó se la cruce con su látigo.

Como á tal lo tratamos: como á tal lo trataremos.

V.

Hecho nuestro *cartel heráldico*,—con el que le hacemos el honor de azotarle el rostro á ese Fierabras moderno, á quien el servilismo vergonzoso tiene por invulnerable,—solo nos resta pedir disculpa á las personas que nos lean, y esperamos tranquilos su indulgencia, si en el transcurso de este artículo, nuestro lenguaje y estilo ha llegado á disonar en sus oídos.

Cuando el espíritu se halla bajo los impulsos de esa indignacion justa, que viene en pos de las acciones repugnantes y cobardes; y cuando caracteres, como el nuestro, no se prestan á transijir con miserias, ni á tolerar miserables, se hace imprescindible la acritud en el lenguaje, se altera el estilo, se pierde la calma.....!

MÁRCOS PAZ.

Dos días de luto.

Entierro del Coronel Charlone—Manifestacion de simpatia—Italianos y Argentinos—Llegada de los heridos—Los estudiantes y el pueblo—El General Rivas—Sarmiento y Paz—Su entierro—Espléndida manifestacion—Las damas argentinas.

Buenos Aires acaba de pasar por dos días de verdadera y profunda tristeza.

El sangriento combate de Curupaití, nos habia arrebatado pedazos queridos del corazon, y habia postrado al pié de sus trincheras centenares de heridos, que habian avanzado gallardamente sobre el baluarte de la barbarie.

Días hacia que el pueblo de Buenos Aires, esperaba los muertos, para rendirles el homenaje de su gratitud y admiracion, y á los vivos para llevar á sus heridas el bálsamo del consuelo y de la ciencia.

Los restos del valiente Coronel Juan B. Charlone llegaron el sábado, como lo anunciamos, y acompañado por un gran cortejo, fueron depositados en el templo de la Merced.

Argentinos é Italianos habian sido invitados

para conducir á la ciudad de los muertos, el cadáver de la victima generosa.

Ni unos, ni otros se hicieron esperar.

A las 12 del dia, millares de personas se agrupaban en torno del féretro de Charlone, que momentos despues llegaba á la Recoleta seguido de un gran cortejo.

Colocado al pié de la tumba en que debian descansar para siempre sus restos, el Señor General D. Benito Nazar, á nombre del Vice-Presidente de la República, Dr. D. Márcos Paz pronunció las siguientes palabras:

« *Señores :*

« Honrado por el Señor Vice-Presidente para representarlo en el triste deber de rendir este último homenaje al Coronel Juan B. Charlone, me siento conmovido en presencia de su féretro. »

« Los soldados valerosos que sacrifican la vida en aras de su patria, merecen el aprecio de la posteridad; pero son doblemente generosos los corazones cosmopolitas, que adoptando la bandera de los paises libres, pasan su vida batallando por la libertad, y mueren combatiendo por los eternos principios de la justicia. »

« El Coronel Charlone nació en ese pais her-

moso, cuyos hijos nos acompañan siempre en nuestros días amargos; llegó á estas playas en su juventud, y desde entónces, su valeroso brazo, estuvo siempre alzado allí donde habia una cadena que destrozar, ó una libertad que conquistar.»

«Estricto en el servicio, riguroso en el cumplimiento de la ordenanza, y sin embargo, cariñoso con el soldado que veia en él un amigo sincero, valiente en el combate y héroe en los momentos decisivos.»

«Este conjunto de cualidades, hacia del Coronel Charlone una potencia en el campo de batalla, pues el soldado veia la victoria en el punto que su espada señalaba; y en los momentos de prueba realizaba prodigios de coraje, por seguir á su gefe, que se estrellaba con la muerte, que despreciaba la metralla, y á quien no detenian los bastiones.»

«En nombre del Señor Vice-Presidente y en el mio, me hago un honor en rendir este último tributo al soldado valeroso, que ha muerto gloriosamente al frente de nuestras gallardas legiones, mereciendo bien de la patria, sobre los bastiones de Curupaytí.»

En el acto, el simpático Coronel Orma pronunció algunas palabras, que pueden conside-

rarse como un arranque sublime de la mas hermosa oratoria.

Pálido, apoyado en su muleta, y dominado por una emocion que casi ahogaba su palabra, pronunció algunas, que nacidas de lo mas íntimo del corazon, tuvieron el poder de conmovier á la concurrencia al extremo de hacerla derramar lágrimas.

No se las hemos pedido, porque leidas, apagarían la impresion que produjeron.

El Señor Pezzi, compatriota del mártir, pronunció en su bello idioma, un discurso que mas de una vez produjo honda sensacion en su auditorio.

La ovacion tributada al valiente Charlone, fué digna del soldado de *San Antonio*, del compañero de Garibaldi, del soldado generoso que por espacio de veinte años, se ha batido por la libertad del Rio de la Plata.

Mientras tenia lugar la triste ceremonia de depositarlo en el fondo de su tumba, otra no menos tocante, se representaba á orillas de nuestro rio.

Los vapores *Rio de la Plata* y *Sussan Bearn*, acababan de llegar al puerto, conduciendo los cadáveres de los valientes jóvenes Domingo Sarmiento, y Francisco Paz, y algunos centenares

de heridos, de los que mas felices que ellos, venian á curarse á Buenos Aires.

Entre éstos uno de los primeros que desembarcó, fué el intrépido y gallardo Coronel Rivas, que proclamado General en el campo de batalla, es hoy saludado como tal por el pueblo argentino, que en medio de sus dudas no comprende como es que las sesiones del Congreso se hayan cerrado, sin que una de sus Cámaras haya puesto los entorchados sobre la casaca de ese soldado, que hace tantísimos años milita al pié de la bandera del gran partido de la libertad.

El estado de su herida no le permitió bajar á pié.

Fué puesto en una camilla, y un gran pueblo le siguió hasta colocarle en el carruaje que debia conducirle á su casa.

Luis Maria Campos, el niño mimado del ejército, el *viejo* en todos los combates, el leon en la pelea, fué tambien recibido por su padre, en la punta del muelle.

Las manifestaciones de simpatía no le escasearon, como tampoco le habian escaseado el dia antes á su hermano Manuel, que regresaba al lado de la madre ostentando una hñnrosa herida.

Dijo alguno que la raza de los Campos era *raza de héroes*.

Harto lo están demostrando.

Lora, Victorica, Sotelo, y algunos otros oficiales, fueron igualmente recibidos por sus amigos, y acompañados por estos á sus respectivos domicilios.

El desembarque de los demas heridos, ofreció una de esas escenas tocantes que impresionan y conmueven.

Cada soldado era llevado en hombros del pueblo hasta los carruages que debian conducirlos á los hospitales.

Los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, dirijian ese hermoso movimiento de la opinion pública, en el que tomaron parte centenares de personas que sin pertenecer á esa falanje inteligente, simpatizaban con su obra y sus acciones.

En el semblante de los valientes que venian heridos, estaba reflejada la alegría interior de su alma, al verse atendidos con tanta solitud, con tanto cariño y amor.

• ¿Y qué ménos podia hacerse tampoco, en obsequio de los que han inmortalizado su nombre bajo el tremendo fuego de las inespugnables baterias de *Curupaytí*?

Conduciéndose como lo ha hecho el pueblo de Buenos Aires, cumplió su deber; pero deber de que debe hallarse orgulloso.

A las 4, bajaron los cadáveres de Sarmiento y Paz, para quienes sus jóvenes condiscípulos, habian preparado una espléndida manifestacion.

Despues de cambiar los cajones en que venian, cada cual fué acompañado á sus respectivos domicilios.

Sarmiento, fué á casa del doctor Rawson, que le queria como un segundo padre.

Paz, fué á casa de su familia.

Los compañeros de uno y otro mártir, tuvieron la feliz idea de conducirlos juntos á su última morada, y despues de haber dado forma á esa idea, mucho deben felicitarse los que la iniciaron; pues hace mucho tiempo que el pueblo de Buenos Aires no habia presenciado un espectáculo tan sublime, tan espontáneo, tan conmovedor, como el de ayer.

A las once menos cuarto, el cadáver de Francisco Paz salió de casa de sus padres, á donde no debia volver.

Poco despues se reunia al de su compañero Domingo Sarmiento que le esperaba en la esquina de la calle de Corrientes, para marchar unidos á descansar sobre la almohada de la tierra natal.

La concurrencia que seguia ámbos féretros era inmensa, y desde los Ministros de los dos

Gobiernos, hasta el último y mas pobre ciudadano, todos, todos, se disputaban el placer de acompañar sus restos queridos.

Desde las casas en que habian sido velados hasta el mismo cementerio, en dos cajones, fueron conducidos á pulso por los parientes, compañeros y amigos de las víctimas.

Llegados á la iglesia del Socorro, fueron conducidos al templo, y allí, rodeados de una concurrencia que crecia por instantes, el simpático cura San Pedro dijo una misa de cuerpo presente, pronunciando en seguida una oracion fúnebre sobre los féretros de Paz y de Sarmiento.

El cortejo se puso nuevamente en movimiento.

En su tránsito, la mano de la mujer argentina alfombraba de flores el camino que recorrian los niños cuya luz intelectual acababa de apagarse.

Los dos cajones iban envueltos en una red de flores, que perfumaban los aires.

Al llegar el inmenso cortejo al cementerio, los dos cadáveres fueron conducidos al pié del panteon de Florencio Varela, en cuyo seno debian quedar los restos de Sarmiento por haberlo ofrecido así á su Señora madre los hijos del mártir.

A las tres de la tarde se alejó del cementerio la inmensa concurrencia que salía llegando á sus puertas á cumplir el triste deber de dar sepultura á dos héroes, á dos mártires del honor y del heroísmo.

Si de alguna manifestacion puede estar orgulloso el pueblo de Buenos Aires, es de la de ayer.

Sarmiento y Paz la merecian.

(La Tribuna.)

Al Martiri del 22 Settembre

NEI NOMI DEI VALOROSI CAPITANI PAZ E SARMIENTO.

Sonetto.

Chi son que' Duo, ch'innanzi alle coorti
Incedon baldi si, che nulla vale
A intiepidir nella tenzon mortale,
Né piombo, né mitraglia?—Son Due Forti

Oh! Patria; che a lavar vanno i tuoi torti! . . .
Ma della zuffa é già dato il segnale;
Alle trincherò poggiano le scale;
Folgori i brandi son;—seminan morti!

Ma capder! . . . Ahi! ché l'invida Vittoria
Oggi del riso suo negó il contento!
Peró torne giammai potrà la Gloria,
Che fra i Martiri illustri a cento e cento
In carratteri d'or scriva la Storia
Di PAZ i cari nomi e di SARMIENTO!!!
Benedetto Priuli.

(La Tribuna.)

Paz y Sarmiento.

El lúnes á las once de la mañana se reunieron en la esquina de las calles Corrientes y Florida los dos lucidos cortejos que conducian los restos de los valientes jóvenes, muertos en el heróico combate de Curupaity.

Acto continuo se pusieron en marcha los cortejos, que conducian á pulso á aquellos preciosos restos, presentando un aspecto sorprendente.

Como dos mil personas entre las que se hallaban las mas importantes del país, y toda la juventud estudiosa de Buenos Aires, eran seguidas por 300 carruajes.

Al llegar al Socorro, ambos cuerpos fueron

depositados en un precioso túmulo, que habia preparado el Señor Cura San Pedro, y este, despues de la misa, cantó un responso por el descanso eterno de los mártires.

En seguida, los ataudes fueron cargados al hombro por los jóvenes compañeros de las víctimas y conducidos hasta el Cementerio.

Una vez allí, se pronunciaron numerosos discursos, de los que publicamos varios á continuación. ¹

El pueblo de Buenos Aires, se ha portado como debia; es decir, ha hecho una verdadera ovacion á los jóvenes heróicos, que abandonando sus estudios y comodidades, corrieron á vengar la afrenta inferida por el bárbaro invasor á la Patria Argentina.

(Nacion Argentina.)

EL SR. DR. D. JOSÈ F. LOPEZ, DIJO:

Señores:

Hé ahí dos jóvenes vástagos del árbol de la patria, tronchados por el hacha de la guerra mas

1. Solo publicamos nosotros aquellos discursos, en los que algunos caballeros han tenido la deferencia de acordarse en ellos de nuestro hermano Francisco.

sinistra y ruinoso que haya pesado sobre pueblo alguno.

Los jóvenes Domingo Sarmiento y Francisco Paz personificando el espíritu caballeresco y guerrero de la generacion que se levanta, acaban de pagar su tributo de sangre, inclinando su cabeza en las aras de la Patria, con la resignacion tranquila del niño.

Estas víctimas son tambien el tributo de sangre arrancado al corazon espartano de dos padres, cuya abnegacion y patriotismo están á la altura de su primer rango en la gerarquia oficial de la República.

Mientras su direccion pesa en los hombros de S. E. el Señor Vice-Presidente, y su representacion cerca del gabinete de Washington, en los del Ministro Argentino Coronel D. Domingo F. Sarmiento, sus hijos van impertérritos á escalar los muros del Paraguay, donde caen envueltos en su sangre y en su bandera, como un digno testimonio de sí mismos y de los nobles patriotas á quienes debian el ser.

Las heridas del primer combate solo fueron un paréntesis en la campaña del joven Paz, que volvió á ocupar su puesto de honor al frente de la metralleta enemiga.

Muchos envidiarán el lejítimo orgullo de ser

padre de tales hijos; pero todos sentirán la pérdida estéril de tan preciosas vidas, sin que hasta ahora haya surgido un rayo de luz que nos ilumine en medio de esta tempestad de sangre.

Las furias que exigen ese tributo, y el plomo enemigo que llega hasta el corazón de cuatro mil familias enlutadas, nos mandan periódicamente tristes restos con que poblar los cementerios y los hospitales.

Si esa hecatombe no ha llenado todavía la deuda del patriotismo, que consiste en la conservación y salvación de la patria, confiamos en la providencia y en la sabiduría de nuestro Gobierno para que la presente catástrofe sea la última que tengamos que llorar al pie de estas tumbas.

¿Cuántas manos no se alzarían como un himno de gracias al cielo, si este espectáculo no fuese más que un sueño, del cual despertasen las madres y las esposas para estrechar de nuevo en su seno á los seres queridos en que se apagó la última ilusión de su vida?

Ningun consuelo tenemos para esos corazones desolados, sino es la religión del deber, del sacrificio y de la expiación. Para nosotros vale más el corazón de una madre, ó de una esposa, que todas las glorias del universo.

La gloria es una palabra, cuyo eco muere en

el silencio de las tumbas. Es fría como el aliento de la muerte, en cuyo recinto estamos. Es el fuego fatuo del paganismo disipándose ante la luz sepulcral alimentada por la fé cristiana. Es la *vanidad* de las *vanidades*, como dijo Salomon, (*vanitas vanitatum*) la cual haciendo sacrificar millares de hombres por el falso brillo de una palabra que no entienden, constituye la fuente de la mayor parte de sus calamidades y desventuras, olvidando que no hay gloria superior á la de ser un *buen cristiano*.

Todos los pueblos tienen sus momentos de prueba.

La nuestra es tan suprema, como la tarea que pesa en nuestros hombros de redimir un pueblo hermano al precio de nuestra sangre. Comenzando por Jesu-Cristo, ninguna redencion se ha consumado hasta hoy sin el sacrificio del Redentor. La República Argentina, es el Cristo de la democrácia, sacrificada en el Gólgota del Estero Bellaco.

El sacrificio del hombre por el hombre; es decir, la civilizacion y redencion de un pueblo por otro, como acaba de serlo Venecia por la mano de Prusia, es el gran principio de la solidaridad cristiana, que ha reunido en un lazo de amor y familia á todos los pueblos de la

tierra, que la antigüedad pagana llamaba *bárbaros*, como sinónimo de *extrangero*.

Esa distincion que no veiste en la lengua de Homero, debe su origen al cristianismo, que hizo de la humanidad una sola familia, y acabará por persuadir á los hombres de su locura de destruirse entre sí, como si estuviesen demas en este mundo.

El nombre de Sarmiento y de Paz tan notables ya en la historia de nuestras instituciones, reciben hoy el sello venerando de estos dos jóvenes, víctimas sacrificadas en defensa de la patria.

S. E. el Vice-Presidente de la República, y el Coronel D. Domingo Faustino Sarmiento le han dado en holocausto la fecundidad de su talento, la actividad inagotable de toda su vida, y la sangre de estos hijos queridos, privándole al segundo su ausencia hasta del triste consuelo del último adios á los muertos.

Si en la amistad vive el amigo, si ella es la continuacion del mismo ser, aplaquemos los manes del hijo con el adios del padre, y de esta noble juventud de Buenos Aires, en cuyo corazon enlutado dejan estas víctimas un vacío y el recuerdo indeleble de sus virtudes y civismo.

¡La juventud cargando los despojos de la ju-

ventud hasta la region de la muerte, se despide de ellos!

Hagamos votos porque al cerrarse los bordes de estas tumbas sobre los restos queridos de lo que fué, el éco de nuestro adios viva siempre en medio de ellas!....

EL CANÓNIGO DR. D. MARTIN A. PIÑERO.

Noble juventud argentina, poesia sublime de las riberas del Plata, himno de gloria de la patria de los héroes, sentimental elegia en los dias de su luto, os saludo de una manera especial en estos tristes, pero solemnes momentos.

Aunque no tan jóven como vosotros, á quienes me dirijo, creo no tendreis á mal que la cabellera de un árbol de la patria, se incline á acariciar las flores del jardin perfumado de nuestra madre.

Yo habria querido dejar hablar tan solo á la primavera llorando en torno de dos azucenas arrancadas de su seno, mas como todas las estaciones contribuyen cada cual con su lenguaje sublime á la gloria del Criador, he creido

tambien un deber que el verano tribute así mismo su homenaje á la patria, como lo habeis hecho vos, encantadora primavera, y cual lo ha hecho el otoño y el invierno.

¡Ah! que espectáculo, juventud argentina! ¡Dos ataudes, dos féretros! ¡Dos urnas funerarias, cubiertas de luto y á la vez de flores! ¿Quienes yacen entre esas enlutadas y floridas tablas? ¡Triste recuerdo! dos coetáneos vuestros, dos compañeros, dos condiscípulos, dos amigos, dos hermanos, dos argentinos, dos capacidades arrebatadas á las ciencias, dos valientes quitados á la patria, dos jóvenes, poco ha, llenos de encantadoras ilusiones, como vosotros lo estais ahora.

¡Capitan D. Domingo Sarmiento, Teniente D. Francisco Paz, denodados jóvenes que habeis dado la vida por la libertad, dormid el sueño de los justos en el inmarcesible Eden!

¡Cruelles Parcas! ¿Por qué les habeis cortado la hebra fatal, cuando apenas hacia 21 años que la habiais principiado á hilar? ¡Oh muerte, enemiga de la humanidad! ¿Es posible que ni la belleza, ni el talento, ni el heroismo, ni los encantos de la edad florida, ni aun la inocencia misma consiga desarmarte? ¿Es posible....? Pero no!....Adoremus las disposiciones del Eterno.

La muerte es terrible, pero es la lucha irremediable para alcanzar una existencia sin fin.

La vida del tiempo no es mas que el exordio de la vida inmortal. La de estos vuestros amigos ha sido muy corta, el exordio de su ser fugaz ha sido muy breve; pero consolaos, porque en cambio el discurso infinito del misterio del porvenir, del gran misterio de la inmortalidad, ese discurso sin límites, esa oracion divina de la gloria, será para ellos mas prolongada.

Sí, consolaos; los héroes justos no mueren ni para el tiempo, ni para la eternidad. La patria los inmortaliza en su memoria; Dios en el infinito!

EL SR. D. SANTIAGO ESTRADA.

Señores:

El pueblo argentino vá dejando en la via dolorosa de la República, sangre, corazon y amigos... Ayer caian los veteranos que habian formado con sus bayonetas un muro de acero á las libertades argentinas... Ayer han caido tambien en la primera edad de la vida,

los que no podían oponer á la barbárie, sino la débil resistencia de sus pechos de niños!

Ayer el pueblo acompañó hasta aquí, el cuerpo desfallecido de uno de aquellos veteranos, y hoy venimos á confiar á la custodia del ángel de los sepulcros, las cenizas de dos niños cuya vida se apagó entre el fuego y la metralla del mas horrible combate, que registra en sus anales la historia militar de la República Argentina.

Hermanos de causa, vinculados por la amistad, los mútuos peligros y el valor comun, lo son tambien por la muerte.

Juntos cayeron, juntos han vuelto á cruzar las aguas del Plata, juntos vienen á reposar á la sombra de los sagrados laureles...!

Asi como el destino los unió en la vida, unámoslos nosotros en la despedida!

Antes que la tierra argentina, orgullosa por el depósito que se le vá á confiar, abra sus entrañas de madre para recibirlo en su seno cariñoso, permitidme saludar esos corazones en que la patria se reflejaba como los cielos en los mares, con su luz y sus nubes; é inclinarme junto al féretro de Francisco Paz, ante la cabeza de Domingo Sarmiento unjida por Dios con el bautismo del génio, y abatida por el

rayo arrojado por la mano de algun soldado oscuro!

Domingo Sarmiento, pertenecia, Señores, al número de los seres privilegiados que abren los ojos viendo, y que empiezan sus dias pensando.... El estaba colocado entre esas inteligencias que se ven crecer diariamente, como á ciertos árboles de América que no detienen su lozano desarrollo, hasta que la vejez gravita sobre sus copas, que se confunden con los celajes del firmamento.... Con vuelo de cóndor se remontó desde el hogar paterno hasta el escenario de la vida pública.... Mirada de águila era la suya, que desafía la luz, que domina desde la altura del pensamiento hombres y sucesos, y que sorprende en el punto casi imperceptible del horizonte, el jérmen de la tempestad futura ó la primera chispa de la libertad que nace!

En la meditacion serena del bufete, en la vijilia del estudiante que sueña amores, en el aula, bajo el cielo plácido de la familia, en la plática de la amistad, al lado del cañon que arroja la muerte de sus caldeadas entrañas, y entre los pliegues de la bandera despedazada de su batallon, Sarmiento se presenta tribuno, apóstol del derecho, literato por vocacion y

soldado valeroso, armado por su corazón y la fuerza de los sucesos desenvueltos á su alrededor; por que él estaba destinado á encarnar todas las aspiraciones del pueblo; á ser orador en sus revoluciones, batallador en sus guerras, argentino laureado en las lides de la inteligencia americana!

Su dramática existencia no consta sino de un acto, porqué no ha habido intermedio entre el niño y el hombre, entre su aurora y su crepúsculo...! Su cuna y su tumba, su gloria y su sacrificio, su vida y su muerte, han estado ligados como el relámpago al rayo!.....Ayer su voz conmovia el corazón de sus amigos é infundia pavor en el pecho de los enemigos de la patria....! Hoy....! hoy....! he ahí, Señores, los fragmentos del frágil vaso que encerraba el alma jenerosa y fuerte de Domingo Sarmiento..!

Su generación ha recibido en sus brazos las reliquias del compañero, y en su corazón la memoria del hermano....

¡Hasta el juicio y la gloria de los muertos, vendrá á coronar prematuramente al que no tendrá por juez á la posteridad....!

Sus amigos no verán vagar su alma triste y desolada, por los campos solitarios de la muerte y del olvido, mendigando el fallo de

la historia....En la edad de los suyos, no se hace sino amar, y el amor no ha esperado para fallar, como lo hace la inflexible y fria Musa de Plutarco!

Sarmiento! tu generacion, está contigo! está con tu madre!....Entra! entra en la patria, y pasa, no bajo los arcos del friunfo, sino por la puerta del sepulcro, en que te custodiarán tres amores: el de tus padres, el de tu pueblo, el de tu generacion!

Al regresar del altar á que se habian acercado por vez primera los niños de una escuela amada y protegida por tu padre, su corazon semejante al de los ánjeles en esos momentos, se levantó hácia el Dios con quien acababan de unirse....! Yo estaba con ellos....! Pedian al cielo tu triunfo de *ultra-tumba*....!.....

He ahí mi recuerdo!.....
.....

Francisco Paz, hombre de pensamiento tambien, debia partir de su patria á buscar en la adelantada ciencia de la Europa, el alimento de su alma y la satisfaccion de sus aspiraciones, cuando se dejó oír el alarido salvaje que lanzaban desde sus bosques los siervos de un tirano....!

Francisco Paz, de quien se puede decir, que su

vida no fué sino una gloriosa milicia, ciñó la espada y partió al campo de la muerte...!

El primer día en que la bandera argentina se encontró frente al enemigo, Paz bañó con su sangre los pliegues del glorioso estandarte, y la tierra que sus soldados arrebataron á la bayoneta al audaz usurpador....

Cuando esa sangre aun estaba fresca, el ciudadano Paz vuelve al combate y escoje las primeras filas frente al fuego del invasor...El enemigo parecia buscar aquella cabeza para derribarla! Vuelve á ser herido, pero él guia con su brazo destrozado á sus valientes soldados, que mueren, pero no retroceden...!

El bárbaro no estaba satisfecho: parece que hubiera temido el arrojó de aquel jóven animoso, pues vuelve á buscar su pecho, y le dirige la bala que debia postrarle.

El Teniente Paz cae desfallecido: su Asistente se presenta á recojerlo del campo. Entónces él se levanta y le dice; « *Sigue á tus soldados y combate con ellos.* » El fiel amigo le observa, que el clarin toca retirada: *No!* replica Paz con el acento viril del soldado: *ese toque es de carga!* Adelante!!

¡Honor al soldado que siempre tuvo en sus

lábios y en su corazon esta palabra—adelante palabra que repitió á despecho de la muerte y de la fuerza que le decian—atrás! palabra que espresa un propósito realizado, que lo hace entrar hoy en la ciudad natal coronado con los laureles del sacrificio, á recibir la ovacion del pueblo, centinela que mantendrá como la Vestal de los antiguos, siempre encendido en esta tumba, el fuego sagrado, en que se templarán espadas y corazones!

La patria ha presenciado conmovida, Capitan Sarmiento y Teniente Paz; vuestro abrazo con el sacrificio, vuestra entrada triunfal en el cielo de los mártires, y la gloria está satisfecha de vosotros! Amigos! En el tiempo de la soledad, en las horas calladas de la noche, cuando crucen por mi mente las sombras de mis muertos queridos, vuestra palabra y vuestro aliento, vuestra vida y vuestra alma, estarán presentes en mi memoria, y en el corazon y la mente de todos los que profesan el culto de las tumbas, la relijion del recuerdo, la relijion de Jesucristo! de todos vuestros amigos, que rodean conmovidos, lo único que nos queda en la tierra del pensador y del guerrero: un puñado de cenizas, que el viento de la patria esparcirá en nuestra atmósfera, para hacer brotar de esa

semilla, según la expresión del poeta, nuevos héroes y nuevos mártires!

¡Honor, Señores, á los veteranos oscuros, escalones por donde la patria asciende, y que no se ven al contemplar el templo de la gloria!
¡Honor á los valientes soldados que recojieron esa preciosa semilla del campo de batalla, perdida talvez entre los despojos del combate, sin el esfuerzo de los que mueren sin esperar otra recompensa que ser mencionados en la orden del día de su glorioso ejército!

¡Honor á estos despojos que ha traído á nuestras playas la ola de los sucesos, que arrebató á Sarmiento y á Francisco Paz del lado de su familia, y que vienen arrojados por esa misma ola, como los restos de dos náufragos, á descansar de sus nobles fatigas, en la tierra de sus amores y de sus esperanzas!



ÍNDICE.

Páginas.

Algo referente á la publicacion de este libro .

Advertencia	7
Noble propósito	8
A los amigos de Julian Portela, Timoteo Caliba y Francisco Paz	9
Acto generoso	25
Digno proceder	28

Dedicatoria y carta del Dr. Alem.

Dedicatoria.....	29
Carta del Dr. Alem.....	31

Apuntes biográficos de Caliba, Portela y Paz.

Timoteo Caliba.....	41
Julian Portela.....	65
Francisco M. Paz.....	85

Bautismo de sangre de Portela y Paz—Asalto en Corrientes el 25 de Mayo de 1865.

Paz y Portela—heridos.....	143
Patriotismo.....	145
Carta de un valiente.....	146
Cartas.....	147
Un episodio de la jornada del 25.....	148
Parte del Comandante Charlone.....	149
Correspondencia.....	152

Fallecimiento de Caliba, Portela y Paz—La prensa tributa un honroso homenaje á su memoria.

TIMOTEO CALIBA.....	157
“ “	160
“ “	165
Al Capitan graduado del 2º Batallon de Córdoba, D. Timoteo Caliba.....	167
El jóven Timoteo Caliba.....	169
Uno menos	170

Caliba.....	174
Caliba y Lastra.....	181
Respeto á una tumba.....	188
JULIAN PORTELA.....	194
" " 	198
" " 	199
" " 	201
Algo sobre la amistad.....	204
FRANCISCO M. PAZ.....	217
El Teniente Paz.....	220
Francisco M. Paz.....	222
Paz y Darragueira	225
Francisco M. Paz.....	226
" " 	227
Lijeros apuntes sobre la batalla de Tuyuty.	229

**Entierro de Portela, Paz y Caliba—Discursos
pronunciados sobre sus tumbas.**

ENTIERRO DE PORTELA.....	243
Discurso del Sr. Estrada.....	244
" " Dr. Montes de Oca.....	245
" " Sr. Conde	246
" " Sr. Cantilo.....	248
ENTIERROS DE PAZ.....	251
Discurso del Sr. Nazar.	252
" del Sr. Sajous	253
" del Sr. Paunero.....	257
" del Sr. Larrain.....	259
" del Sr. Gorostiaga	263

	Páginas.
ENTIERRO DE CALIBA.....	269
Digno ofrecimiento.....	271
Restos de un amigo.....	274
Caliba.....	275
Discurso de D. Luis V. Varela.....	277
Cartas.....	280

Domingo F. Sarmiento y Francisco M. Paz.

Entierro de los jóvenes Sarmiento y Paz..	285
La memoria de un soldado infortunado....	287
Dos dias de luto.....	300
Ai Martiri del 22 Settembre.....	308
Paz y Sarmiento.....	309
Discurso del Dr. Lopez.....	310
« del Dr. Piñero.....	315
« del Sr. Estrada.....	317

